

AUGUSTO THOMSON.



LOS  
VICIOS DE CHILE.

JUAN  
LUCERO



*Imp. y Lit. Turin*





JUANA LUCERO

9(10-13)AAE 4887

# LOS VICIOS DE CHILE

---

## JUANA LUCERO

---

POR AUGUSTO THOMSON *D'Halmar*

---

Desterrados del Ideal y de la Suerte,  
no despertéis al que sueña!



SANTIAGO DE CHILE  
IMPRENTA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN TURÍN

Rosas, 971 al 975, entre Puente y 21 de Mayo

1902

Dedicatoria

A Alfredo Melou, artista.

Fanáticos peregrinos, aun d'rodillas trepamos la montaña sagrada por eso el que va na la delantera es un enemigo, quien se arrastra rezagado puede ser un rival. aferrándose cada uno a su <sup>heredero</sup> ~~heredero~~ Sepulcro, como si desde Cain alguna elicia vica nos condenara a tener celos d' nuestro hermano, ni socorre nadie al que cae ni nadie acerca su agua a los labios sediento.

Mas feliz q' otros, cuando me siento desalentado, tu mano me sostuvos; hoy repuestas las fuerzas, permíteme escucharla:

A lo largo del camino no tengo gloria q' ofrecerte, ~~pero~~ <sup>pero</sup> en una hora t' tristez cogi p<sup>a</sup> ti este cardo sencillo y rudo.

Alfred Thomson.



(Siempre nuevo) - 1908

## PRÓLOGO

---

Llamo JUANA LUCERO á este estudio social, porque soy de opinión que el libro con pretensiones de ser la novela de una historia, necesita llevar por título el nombre de su protagonista.

Sobre la cubierta de un romance real que guarda una vida y mucho de un alma, como sobre la lápida de un nicho que guarda la muerte y los despojos humanos, basta con escribir el nombre del ser que allí se encierra.

Más allá de la existencia, debe seguir representándonos esa etiqueta que, lo mismo que la cifra á los presidiarios, ayuda á distinguírnos de las demás creaturas, en la vasta cárcel del mundo.

JUANA LUCERO resucitará, pues, á una mujer que todos hemos conocido, pero á quien nadie tuvo el capricho de estudiar. acaso porque, — máquina de placer — se la <sup>le</sup>creyó absolutamente desprovista de corazón y de sentimientos, sin nada que recordara una madre amante, una fe religiosa y una infancia buena.

Si quisiera darles otro epigrafe mas llamativo bautizase «Carne de esclava» á estas páginas, porque, aunque sobre la tierra, todos, quie-

*nes más, quienes menos pesada, arrastremos una cadena de vasallaje al amor, á la gloria, al dinero, al poder, al vicio, á los años, á las dolencias físicas ó á los sufrimientos morales, aunque todos marchamos en convoy bajo un cielo abrumador y oscuro, hay infelices, tales cual mi personaje, para quienes no asoma jamás un descanso ni un pedazo de cielo azul. Siervos nacen y su libertad la recuperan al perder la vida, porque la más justiciera redentora de almas cautivas es, sin dudar, la piadosa muerte.*

*Intentando un irónico desquite póstumo, vaya, pues, JUANA LUCERO á exitar compasiones en el mundo, ya que mientras lo tuvo por morada, sólo recibió de él frases humillantes, cínicas ó indiferentes.*

Santiago, 25 de Marzo de 1902.

## PRIMERA PARTE

### I

—¿Qué querría decir el médico al encojerse de hombros?—se preguntaba Juana, entrando en puntillitas á la pieza de la enferma.

Quitó una taza del velador, arregló el paño de crochet que se había arrollado y entre tanto observaba á su madre que parecía dormir.

—Mamá... ¡mamá!....

Como no respondiera se puso á la ventana mirando el coupé del doctor al emprender la marcha.

Mucho rato estuvo así. Anochecía ya, la lluvia había cesado. En la esquina opuesta, de un lacio trapo tricolor goteaba el agua, y mientras por la calle un hombre iba encendiendo á la carrera los faroles, en la pieza la penumbra aumentaba.

Hubo un ligero rumor y la voz débil de Catalina:

—¡Juanita! estás ahí, hijita?

—¿Has dormido?—preguntó la niña, apartando la frente de los cristales.

—Sí, un poquito; y á pesar de eso me siento muy mal... ¿Cómo me halló el doctor?

—¡No sé! Dijo que volvería mañana.... ¿Por qué habrán puesto bandera en el almacén Marsellés?...

—¿Sí? ¡Quién sabe!.... Pídele una taza de caldo á la Tránsito; tengo fatiga.

Al salir Juana, la enferma quedó sola; en la media luz del cuarto, sus ojos negros, brillantes por la fiebre, se obstinaban, fijos en los rincones donde había más noche.

—¿Y si me muero?...—pensó ella, como reanudando un pensamiento interrumpido.

Seguía con la vista inquiriendo las tinieblas; pero el silencio la distrajo, haciéndola incorporarse en la cama.

—Ha dejado de llover...—escuchó un momento para proseguir luego el hilo de sus reflexiones.

—¡Dejar sola á esa chiquilla! sola á los quince años, sin tener á quien recurrir, si no es á mi tia!... ¡y Alfredo que pudiera socorrerla!....

Un instante se detuvo su memoria en el padre de Juana, buen mozo, elegante, diputado de los mejores que tenía el partido conservador, casado con una señora muy rica.... ¡Era qué se acordase de su hija!

Peronada! La engañó á ella, y al conseguir lo que quería la dejó plantada con la chiquilla. ¡Ni una contestación á sus cartas hasta esa noche en que vino á amenazarla, «porque como se iba á

casar no podía consentir que estuviera dándole escándalos!»

Gracias á Dios no necesitó nunca de él. Costurera había sido y con su trabajo se ganaba la vida para las dos, muy desahogadamente, cuando la niña pudo ayudarla; pero ahora, esto que se la llevara la pulmonía antes que creciese Juana, era bien desgraciado!

—Y de las chiquillas desamparadas abusan siempre, pues—meditó Catalina recordando su inexperiencia y su fe amorosa, en esa edad en que era una costurerita en la casa de misía Rosario Ortíz, donde Alfredo, el hijo de la señora, la enamoró hasta que la echaron «por corrompida». Pensaba ahora que Juana se quedaría expuesta á los mismos peligros.

¡Ella, que se preparaba á cuidarla tanto, previniéndose con todas las amargas lecciones que tuvo que sufrir por su abandono!... ¡Cómo había de ser, pues! ¡Dios lo quería así!

—Dios!...—estuvo un rato mirando siempre en la oscuridad. Despues se acostó de nuevo.

—Aquí está el caldo—dijo Juana, acercándose.

—Cuidado con tropezar; enciende la vela, mejor, ya no se vé nada.

Mientras sorbia á cucharaditas la dieta, la otra se sentó en una silla baja, cerca del catre, mirándola gravemente con sus ojos celestes y su expresión candorosa, que hacian que su madre la llamase «la purisimita». En un sacudimiento de cabeza echó atrás el rizo dorado que le tapaba los ojos.

—Si supieras mamá, qué ganas tengo de que te mejores y que estés en pie.

Catalina no contestó, tenía el pensamiento en otra parte.—Sé que me voy empeorando y no debo perder tiempo—meditaba con la vista vaga.—¿Qué se pierde, pues? Si no me contesta al tiro, mando llamar á mi tia Loreto y le encargo la niña, por si me muriera. Ella es sola y tiene comodidades.

Pero esa era otra cosa: no podía haber nada más antipático que aquella solterona beata. Nunca la quiso y ahora se veía precisada á recurrir á ella para confiarle su hija!...

—Mira, Juanita—suplicó en voz alta, dejando la taza sobre el velador—pásame papel y tinta y dile á la Tránsito que coma ella y te sirva, porque voy á mandarla á dejar una carta.

Juana acercó una mesita y se fué á la cocina otra vez.

—No le rogaré—reflexionaba Catalina.—Si le queda un poco de compasión y es tan cristiano como dicen, vendrá á verme y puede ser que coloque en las monjas á su hija. A él ¡qué le cuesta!

Se puso á escribir, con mucho trabajo al principio, despues más ligero. Concluído el borrador lo releyó dos veces, deteniéndose en las frases principales:

*... «No puedo creer que usted permita que su hija quede desamparada... Hágalo, no por ella ni por mí, pues ya nada le importo, sino por caridad como pudiera hacerlo por cualquier pobrecita... Yo creo que me muero; si no cree, venga á cerciorarse .. De to-*

*dos modos, yo que nunca lo he vuelto á molestar, no le pido sino que proteja á Juana.»*

—¡Bah! ¡él no es malo! Estoy segura que me hará caso—concluyó, sacando en limpio la es-  
quela.

—Vas á ir á dejar al señor Alfredo Ortíz—ordenóle á la Tránsito que venia.—Vive en la calle de Huérfanos, casi esquina con San Antonio. Averigua no más, es diputado y lo conocen mucho todos. Se la entregas á él en persona para que te dé la contestación; si no está, te esperas ó preguntas á que hora puedes volver.

Y cuando cerraron la puerta de calle, ya más tranquila, llamó á Juana que trajinaba disponiéndose á comer.

—Ven á sentarte aquí, comes en la mesita y me hablas de cualquier cosa: quiero distraerme para que no me vuelva la fiebre.

## II

El señor Alfredo Ortiz, esa tarde, habia vuelto del Congreso más de las siete. Se trataba de ciertos cargos hechos al ministerio los cuales originaron un voto de censura, y el *leader* de los conservadores volvía rendido, despues de haber dejado caer, durante una hora, en chorros de elocuencia, las acusaciones más graves sobre el gabinete liberal. Esa caída del ministerio que voceaban los suplementeros, se debía á él más que á nada. Bien lo reconocían los

conmilitones, que le palmearon la espalda al suspenderse la borrascosa sesión:—«Ese Ortiz... es un gallo!»—se susurraba al verle salir.

...«El ministerio no tiene la sanción de la Cámara que reprueba su conducta ante la cuestión internacional, ni ha correspondido absolutamente á la confianza que en él depositó el pais»...—mientras subía fumando por la calle de Huérfanos, el diputado arrullábase con la música del discurso que acababa de pronunciar y que precipitó la crisis. En la votación nominal, la Cámara, por enorme mayoría, negó su apoyo al gabinete, el cual se vió obligado á retirarse en masa de la sala, y un cuarto de hora después, su renuncia indeclinable era aceptada por su excelencia el Presidente de la República.

—¡Buenas felicitaciones voy á recibir!—reflexionaba.—Con esto consigo de don Carlos lo que queria y si no me hacen entrar en la combinación ó no admito la cartera que me proponga el Partido, tengo de todos modos segura mi legación en Suiza.

La Tránsito aguardaba en el vestíbulo cuando sonó el timbre.

—Ahí viene don Alfredo—le previno un sirviente, corriendo á abrir la mampara.

—¿Hay algún recado para mí, Roman?—preguntó el señor Ortiz, dejando su sobretodo y su paraguas en el lujoso mueble con espejo.

Roman le entregó algunas cartas. En esto divisó á la mujer que se había puesto de pié:

—¿A quién espera?

—Le traía una carta, señor—balbuceó temblorosamente la vieja.

—Bueno, bueno, déjemela.

—Me dijeron que esperase contestación—atrevióse á observar ella.

Con un gesto impaciente rasgó el sobre, acercándose á una de las estátuas que sostenían grandes candelabros de gas.

«*Santiago, 14 de julio de 1895*»—Como la letra le era desconocida, se saltaba renglones, en busca de la firma.

Un momento estuvo medio asombrado: *Catalina Lucero?*... Catalina Lucero...— luego recuperó su severidad.

—¡Ya le he dicho á esa mujer que no deseo saber nada de ella! ¡no sé porqué se atreve á venirme con majaderías!

La mensajera retrocedía asustada.

—De todos modos, mandaré averiguar—añadió, metiéndose el papel en el bolsillo y arrojando con rabia su cigarro—ya está; dígale así no mas.

Antes de pasar al comedor, entró á su escritorio y encendiendo luz, quiso leer la carta otra vez.

Se sentía turbado en esa hora de satisfacción íntima que le proporcionaba su triunfo y esto lo había enfurecido.

—De veras! ¿qué me cuesta atender á esa creatura?—masculló entre dientes.—Mañana la mandaré buscar con la Petronila, que es mandada hacer para estas cosas.

De pronto estrañó que la súplica no señalase dirección: Catalina olvidaba advertir su domicilio.

Ortiz tuvo la idea de hacer alcanzar á la que trajo el recado; pero después arrepintióse:

—Si tiene interés, vuelve—se aseguró muy cuerdamente—si es mentira, no se atreverá á mandar más.

Incendió el papel en el mechero, pero como lo arrojara ardiendo sobre el mármol del patio, púsole el pié encima hasta que lo deshizo.

Y tranquilamente con su paso acompasado y seguro, atravesó el *hall*, para pasar al comedor.

### III

—¡Sí, te aseguro mamá que no quisiera ser grande!—repitió Juana.—Desde hace tres años, cada año que pasa me da tanta pena, tanta pena que no se cómo decírtelo, y lo más curioso es que yo no sé porqué.

—¡Qué raro!—dijo pensativa Catalina—á mí me pasaba lo contrario: quería crecer á toda costa, para ponerme vestido largo.

Habían ya agotado la conversación, y por otra parte, la muchacha cabeceaba, rendida por esas dos noches de vigilia.

—Mira, hijita, pásame la libreta de ahorros.

Hizo un esfuerzo de enerjía y la examinó escrupulosamente. Desde que había caído enferma, hacía una semana, se habían sacado

cincuenta pesos; pero todavía quedaban cerca de trescientos... ¡todas sus economías de muchos años de trabajo!... Por cierto que no sería tan pobre si hubiese seguido otro camino ó se hubiera casado con aquel chacarero que la quería á pesar de todo. Pero ella pensó, antes que nada, en la niña... creyó hacerlo mejor...

—¡Quién sabe si habría sido preferible aquello! Siempre un marido es un apoyo y aunque Lucas era muy arrebatado, no dejaba de querer á mi hija...

—Ahora que me acuerdo: don Pedro González vino á preguntar por tu salud.

Catalina sonrió. Pedro González era un vecino á quien ellas habían iniciado en el espiritismo. Esto le trajo una ocurrencia:

—¿Hagamos una cosa bien hecha? Magnetiza la mesita y le preguntas cómo saldrá el asunto de la carta.

Dócilmente, Juana, quien creía tanto como su madre en la evocación de los espíritus, despejó la mesa, imponiendo sobre ella las manos con un silencio religioso.

Los ojos de la enferma seguían los movimientos de la niña, pero en el cerebro le correteaba cierta idea como una gota de azogue, y no consiguiendo detenerla, se sentía incómoda.

—Llama el alma de mi madre—insinuó casi en secreto.

Guardaba una verdadera devoción por aquella mujer á quien no conoció, figurándose, eso sí, lo que sufriera toda su vida: en su ánimo exal-

tado por la fiebre, sabía los padecimientos porque pasó ántes de morirse... Lo mismo que ella, había dejado á su hija chica, guagua casi. ¡Pobre mujer!...

La mesa empezó á levantar una pata, golpeando después rítmicamente. Contaban los golpes que correspondían á cada letra del alfabeto y así se logró coordinar una frase:

«*No esperes nada de él.*»

Catalina, que había llegado á apoyarse sobre el codo, se recostó, murmurando desalentada:

—Dale las gracias y aguaita si viene la Tránsito. Otro día preguntaremos más.

Sólo cuando salió su hija, pudo prestarle forma á la cavilación que le molestaba.—¿Habría otra vida?... ¿Era cierto esto de los espíritus?... —Durante su existencia ella rezó siempre á ese Dios lejano; pero: —¿Existe verdaderamente? ¿Por qué se cometen, entonces, tantas injusticias? ¿Por qué permite ese ser, infinitamente bueno, según el catecismo, que yo muera y para darme algo de conformidad ni á mi pequeña le concede un amparo?...

#### IV

Catalina se había agravado mucho y á la mañana siguiente como le rogara al médico que no le ocultase su verdadero estado, supo

que aun había esperanza si alcanzaba á la semana, el período crítico de la pulmonía; pero que era mejor fuese arreglando con tiempo sus asuntos: por eso fué la Tránsito tan temprano á buscar á la tía Loreto, que tenía su casa propia en la calle Santo Domingo arriba.

Desde las ocho, la enferma preguntó tres veces si había vuelto la sirvienta; parecía angustiada por una extraña impaciencia.

—...Si no viene, lo mismo que el otro... ¿qué hago yo?

En medio de la fiebre que la volaba, entre sus pesadillas, quedaban intervalos de lucidez, barajándose la realidad con sus visiones calenturientas.

A eso de las nueve vino la Tránsito del mandado.

—Mamá—cuchicheó Juana, inclinándose sobre su oído—mi tía iba á salir á la iglesia y dijo que vendría lo que acabase la misa.

Ella no contestó, como si no hubiera escuchado. Sin embargo, conservaba muy bien sus sentidos.

\*  
\* \*

En una pieza vecina instalóse cómodamente misiá Loreto Garrido. Con su ojo avezado de comadre vieja, harto comprendió que su sobrina se moría sin remedio; al llegar ella estaba desvariando y no la conoció.

De antemano supo la solterana que lo que querían era encajarle la chiquilla; pero acudía, sin embargo, por no parecerle mal la idea. Hasta ahora había vivido con una sirvienta más vieja que ella y como la pobre arrastraba los piés, le venía de perilla la ayudita. Todo era poner algo de buena voluntad de su parte, Carritativamente aguardaría, pues, con paciencia, no llevándose la niña hasta que muriese Catalina.

Pasaba las cuentas de su inseparable rosario, cuando Juanita, que apenas la había visto una vez, dos años atrás, vino á prevenirle que Catalina preguntaba por ella.

La primera idea de la enferma al recobrar la razón fué si habrían venido á su llamado. Respiró casi alegre cuando le dijeron que en la otra pieza estaba Doña Loreto.

—El Señor sea contigo—saludó ésta, desde el umbral.

—Dios se lo pague, tía, por haber venido.

Siguióse un largo silencio. La devota se repanchigó en un sillón de mimbre y desde ahí clavaba sus ojillos maliciosos en aquel rostro que demacrara la dolencia.

—¿Sabes que estás más para la otra vida que para esta?—profirió á manera de consuelo.

Catalina hizo un gesto doloroso, conteniendo trabajosamente las lágrimas.

—Por eso, por eso la mandé llamar—suspiró después.

Ya sabía que á pesar de lo ingrata que

te has portado conmigo, tendrías alguna vez que acordarte de mí.

Abundaba complacencia en la realización de su idea. La pobre intentó justificarse.

—Si no, tía; es que temí que le molestara tener relación con nosotras, porque se avergonzaba de mí,

—Ya eso pasó—dijo severamente la anciana, irritada al sólo recuerdo del pecado deshonesto en que cayó su sobrina, hacía quince años. Jamás su conciencia de rígida fanática pudo excusar aquella falta.

—Quien mal vive mal acaba—añadió con aire sentencioso, levantando el índice como una sibila implacable.—Ahora, sino fuera por mí, te morías sola, peor que un perro, y tu hija quedaba sin más amparo que el de Dios.

La enferma hundía la cabeza, herida en sus fibras más sensibles. Se estremeció avergonzada al oír la pregunta de doña Loreto:

—¿Has llamado confesor ya?

—No, no creí que estuviese tan grave y...

—... Y esperabas el último momento ¿no es eso? ¿Cómo me mandaste buscar, entonces?

—Quería ver si usted se hará cargo de Juanita—prorrumpió sollozando.—Ella es pobre y no tiene más parientes. Unos trescientos pesos que me quedan en la *Caja de Ahorros* se los dejaré para que pague el médico con los demás gastos, ayudándose para mantener á la niña. Usted es tan buena, tan piadosa que hará esta caridad para que me muera tranquila.

Misiá Loreto se quedó muda y como si hubiese tomado una brusca resolución, que por cierto llevaba ya bien pensada, levantóse precipitadamente.

—Bueno, todo está bien, pero hay que avisarle al señor cura. Debe hacer tiempesito que no te reconcilias con Dios!...

\*  
\* \* \*

Media hora permaneció el párroco en la pieza de la moribunda. Por la puerta junta se escapaba un ligero cuchicheo, resaltando la voz dominante del clérigo, y Juana que comprendía, por fin, la gravedad de su madre, sintióse tan emocionada que al verle salir, besó llorando sus manos finas y pálidas.

—Resignación, hija mía,—dijo con tristeza el sacerdote, y las impuso suavemente sobre la rubia cabecilla, estremecida por los sollozos,—Mañana le traeré el Santísimo á tu mamasita, eso la tranquilizará mucho. Hay que pensar que los felices son los que se van; la pena es para los que nos quedamos.

Cuando penetró Juana al dormitorio, halló que Catalina estaba en verdad más serena.

La religión puede ser una mentira, según aseguran algunos filósofos; pero es de todos modos una mentira consoladora.

Tomó gravemente la cabeza de la niña, imprimiéndole un beso largo, casi religioso; des-

pués quedóse mirándola mientras oprimía con delicadeza sus manos.

—¡Pensar que ahora estamos tan cerca y que mañana ¡quién sabe! estaremos tan separadas, tan lejos!—murmuró hablando consigo misma. Y se advertía en sus palabras y en su tono, la falta de la resignación que no había conseguido inculcarle el confesor; porque ella no quisiera irse y recién se convencía que aquella partida era inevitable.

—Que no sea mala mi Purisimita, que obedezca siempre á su tía; y sobre todo, consérvate honrada, ¡No sabes cuantos daños acarrea la pérdida de la inocencia!

De su cabecera descolgó un medallón guardapelo y se lo puso al cuello.

—Es un Daguerreotipo de cuando yo tenía cinco años. Mientras él te acompañe yo estaré contigo.

Volvió á estrecharla entre sus brazos; pero se fatigaba demasiado. Asesando, rechazó dulcemente á la niña y cerró los ojos.

## V

Frente á la cama, en una mesita, estaba puesto el crucifijo entre dos velas. Cuando Catalina entreabría los ojos era para fijar su mirada atónita en todo aquel aparato ténébre.

Un silbido bronco y constante como el ronquido de un gato se escapaba de su pecho y sobre las vueltas de la sábana, sus manos enflaquecidas, sufrían nerviosidades extravagantes, aferrándose á veces como contraídas por una rebelión desesperada.

Misá Loreto había agotado en aquella traspuesada todo su repertorio de oraciones para agonizantes, concluyendo por quedarse traspuesta, muy arrellenada en su asiento. Tránsito, que no se había acostado tampoco, dormía cerca del brasero, Sólo Juana velaba aún, atenta al menor movimiento de la moribunda,

De tiempo en tiempo iba á la otra pieza y veía la hora..... Las dos..... un cuarto para las cuatro... las cinco y media... ¡Qué noche más larga, por Dios! ¿que no se acabaría nunca?

Después se acercaba otra vez á la cama de su madre y quedábase mirando mucho rato, cual si quisiera incrustar en su memoria el recuerdo de esa mujer que fué su infancia y que se iría para siempre, llena de angustia por la separación, dejándola sola con extraños: ¡quién lo hubiese creído ocho días antes!

No pensaba en que hiciera mal al no llevarla, nó; sabiendo vagamente que luego empezaría para ella otra vida muy distinta, con toda la amenaza de lo desconocido, vagamente también tenía la idea de que así debe ser la existencia: unos se quedan á medio camino y los otros siguen andando solos por tierras extrañas,

mientras les llega el turno. Los que nacen más tarde, vienen destinados á ver morir á los que madrugaron más.

Desde un rato, escuchábase ruido en la calle. Había amanecido ya una dorada mañana luminosa; palidecían las llamitas amarillas de las velas, y en la pieza no quedaban sino retazos de obscuridad.

\*  
\* \*

Fué en una de esas vueltas que la vió incorporada en el lecho con los ojos bien abiertos, la frente sudorosa, la boca torcida; mascullaba frases atropelladamente y las palabras rotas, pronunciadas á medias, salían como un borbollón de su boca, con la falta de claridad de una persona que habla dormida:

—...Allá... ¿pues que me vaya?... Allá... allá... ¿pues que me vaya?... allá... que me vaya, que me vaya, que me vaya...

—¡Mamá!—gritó Juana asustada.

Y la agonizante, con los ojos siempre fijos en un punto indeciso:

—...Allá... ¡allaverem!... Allá... allá... ¡allaverem!... Allá... allá... allá...

—¡Tía Loreto!—llamó la voz angustiada de Juana.

—...Mamita... allá!... ¡Tía... allá... allá!... ¡Tránsito... allá... allá... allá!...

Tránsito acudió sobresaltada y la tía Loreto aproximóse también con un libro abierto.

—«*Jesús, señor de bondad, cuando mis ojos amortecidos fijen en Vos sus miradas, Jesús misericordioso, tened piedad de mí.*»

«*Cuando mi cara pálida cause lástima y terror, Jesús misericordioso, tened piedad de mí.*»

Juana repetía maquinalmente:

—Tened piedad de mí. Tened piedad de mí.

—...Alfredo... allá... allá!... ¡Jita... allá...

—volvió á murmurar mientras revolvía los ojos, haciendo con la cabeza movimientos hacia atrás. Y aquella solemne evocación á muertos y vivos, á todos los seres que ella amó en el mundo, era una cita ó un emplazamiento.

—Pasa el crucifijo y una vela, dijo secamente la vieja.

Juana obedeció sin saber lo que hacía.

Loreto sostuvo la vela en una mano y puso la cruz entre los dedos lacios de la espirante, los que se agarrotaron con un estrujamiento convulsivo.

«*Cuando mis cabellos estén bañados por el sudor de la agonía, Jesús misericordioso, tened piedad de mí.*»

—Jesús misericordioso, tened piedad de mí —hacía eco la voz temblorosa de la chiquilla.

—¡Quítese de los pies del catre!—dijo la beata á Tránsito, interrumpiendo su letanía.

La moribunda se había acostado otra vez con la cruz contra el pecho y seguía repitiendo su estribillo.

—...Allá... allá... Allá... allá...

—«*Cuando mi corazón esté sobrecogido al pavor de la muerte, Jesús misericordioso, tened piedad de mí.*»

El sol entraba por la ventana haciendo descender hasta el suelo un puente irisado donde bailaban microscópicos átomos multicolores.

—«*Jesús mío, señor de misericordia, ¡tened piedad de los moribundos!*

Aún silabeó por dos veces:

—...Allá... allá...

—«*Cristo clemente, ¡ayúdame en este trance doloroso!*

Tránsito dió un grito y rompió á llorar sin consuelo.

La frente de Catalina, pocos momentos antes abrasada por la fiebre, quedaba serenamente pálida, y su boca plegada por un gesto de rebeldía á la muerte, se desarrugó en un segundo.

—«*Jesús piadoso, Señor de bondad, Dios de misericordia.*

Loreto bajó un espejo para acercarlo á la cara de su sobrina. Sin darse cuenta de lo que pasaba, rechazando con un movimiento el mechón que se le venía á la frente, Juana inclinóse también, viendo el rostro tranquilo en el fondo bruñido del cristal. Los ojos habían permanecido abiertos, fijando en nada su mirar frío y opaco, lo mismo que si las dilatadas pupilas se hubiesen congelado.

Observó la anciana la luna límpida, sin que

un aliento la empañase. Entonces juntó los párpados del cadáver, agachándose para entregarle el cirio á la sirvienta.

—Cuide á la niña. Voy al curato á pedir blandones y avisar que no traigan ya á Nuestro Amo.

Juana, los ojos enjutos, con un gesto de supremo cansancio, tomó la cruz de la mano crispada de la muerta.

## VI

Muy por la mañana, á las siete, vino el carro fúnebre. El día estaba lluvioso. Julio es tornado, y despues de unas horas de sol, el invierno se acuerda que es época de su reinado, y descarga sus brumas y sus lluvias.

Entre Pedro González (el vecino espiritista), el conductor del carro y dos cocheros, sacaron el ataúd. Juana salió tras él vestida de negro, pálida, con ese color que dan los sufrimientos y las noches de vela en los dormitorios cerrados de los enfermos.

Hasta entonces no había derramado una sola lágrima, mirando con curiosidad los últimos preparativos: el platillo de cloruro bajo el catafalco, el agua bendita esparcida con una rama de romero, los cirios despabilados á cada rato. Le llamó la atención cuando vistieron al cadáver, metiéndole á la fuerza los zapatos en los piés hinchados; cortóle un cadejito de pelo, porque así se lo recomendó la Tránsito, lo puso en el medallón, pero nada más.

En un coche subió el vecino, y en el otro, ella con la tía Loreto. Tránsito, que se había puesto su manto, se disponía también á ir al cementerio.

—Nó,—dijo misiá Loreto;—quédese usted guardando los cachivaches; ya sabe que luego vendrá la golondrina para llevarse los muebles á mi casa.

Apenas el carro mortuario se puso en marcha, formándole escolta los dos coches, extrajo doña Loreto del bolsillo su rosario y empezó á rezar á media voz. Juana miraba por la ventanilla las casas, las mujeres que salían á la puerta para ver pasar el acompañamiento, los chiquillos mirones con la boca abierta llamándose unos á otros y los hombres que se sacaban el sombrero; todo esto recordábale una vez, que, yendo con su madre, había desfilado ante ellas un cortejo y Catalina le hizo que rezara el Padre Nuestro por el difunto.

Después, adormilada á los sacudimientos del coche, descansó la cabeza sobre el acolchado de hule, cerrando los ojos. Figurábase que aquel viaje por la gran ciudad, entrevista á través de la neblina, no se acabaría nunca.

La recordó un ruido sonoro que producían las herraduras de los caballos. Volviendo á mirar hacía afuera, vió que cruzaban el puente. Abajo corría el Mapocho, negro, mugidor, acrecentado por los continuos aguaceros de ese mes riguroso.

—Oiga, tía, ¿qué iglesia es ésta?

—La Recoleta Francisca. De aquí era fray Andresito.

Mas allá se detuvieron los coches. Se había atascado en la línea un carretón lleno de maderas y hubo que esperar que lo quitasen. Entonces pasó en dirección contraria un tranvía. Tras de los vidrios empañados por un rocío brillante, en el cual algunos dedos habían marcado su huella, se adivinaban las cabezas de los pasajeros y la mancha blanca de los periódicos que leían.

Por una acera marchaba una señora con una niñita muy elegante. Juana examinó con mucho interés el vestido y hasta dió vuelta la cabeza para mirar otra vez por el cristal ovalado de la trasera.

\*  
\* \*

Mientras seguían detrás del carrito de mano que llevaba el féretro hacía el lado de los nichos, iba leyendo al paso las inscripciones de lápidas; *Ramon Osorio † á los 51 años. Sus hijos dedican este recuerdo á su memoria..... Familia Montt y Gallo ..... Familia Larrain Moxó.....* En el suelo, al borde de las acequias, las hojas secas formaban una senda; con el pié las arrollaba y quedaban los montones de trecho en trecho.

Al torcer el camino vió clavado en un árbol un cartel con letras negras: «*Se prohíbe tomar flores*». En el fondo divisaron por fin la mu-

ralla acribillada de cuadrados como una colmena. De algunas planchas colgaban coronas de papel ó de flores secas y, cubierto por una especie de urna, distinguíase un coronario de avalorios, una fotografía amarillenta, y una botella con pelargonias negruscas.

Más allá esperaba abierto uno de esos boquerones y una escala afirmábase en la pared. Trabajosamente, entre cuatro hombres, mientras Pedro González sostenía la escala, subieron el cajón, introduciéndolo por el hueco.

—Cuidado con que se resbale la escalera!—gritó desde arriba uno de los cargadores.

Sintióse la caída de algo pesado y los hombres volvieron á bajar.

—Acuérdate: «368», no te olvides del número—señaló doña Loreto.

—Señora, dispénsame, pero me voy ligerito porque tengo que hacer—dijo González poniéndose el sombrero,

—El señor le recompense la caridad, caballero.

—No vale nada, señora. Adiós, pues, hijita.

—Hasta luego, don Pedro.

Cuando ya salían, Juana se paró en el pórtico y releyó los versos allí grabados, que apenas distinguiera al entrar.

*«Esta que juzgas tumba de los hombres  
Porque en ella descansan sus cenizas,  
Es la cuna sagrada en donde empieza  
A renacer el alma á mejor vida.»*

Sentada en el tranvía en que regresaban al centro, trató de recordar la estrofa, y la repetía entre dientes, con el monótono sonsonete de los colegiales:

—«Esta que juzgas tumba de los hombres  
Porque en ella reposan sus cenizas...»

\*  
\* \*

Una hora despues que volvieron del cementerio, llegó una golondrina de mudanzas que había encargado la señora, y empezaron á sacar los muebles de la finada.

—¿Cuánto se le debe, Tránsito? le preguntó doña Loreto.

—¡Cómo!—interrumpióle vivamente Juana—¿no se queda conmigo la Tránsito?

—Tú te habrás figurado que mi casa es hotel?

La niña no contestó. Mientras veía como ajustaban el salario, pensaba en que la Tránsito era desde cinco años atrás como de la casa. Siempre dijo Catalina que, á pesar de ser algo rezongona, á buena, pocas se la ganaban.

—¡La mesa de misiá Catita!—exclamó enterrecida la sirvienta, viendo que un cargador la transportaba.

—Guárdatela como recuerdo, Tránsito.

—Tú no tienes derecho para disponer de ninguna cosa—corrijó ágríamente la señora Loreto.

Ya habían mudado todos los muebles; solo quedaban la cama y el lavatorio de la Tránsito, que ella se llevaría en la primera carretela que pasase.

—Nos vamos, pues. Usted, Tránsito, le entrega la llave al dueño de casa. Ya le pagué ayer el arriendo.

—Adios, misiá Juanita, que le vaya muy bien —dijo la vieja, mirándola con sus ojos llenos de lágrimas.

—Hasta luego, Tránsito y no dejes de ir á verme.

Aún dió vuelta el rostro para ver la casa en que se encerrara su niñez. Comprendía que ya era ese un pedazo de vida vivido, del que sólo quedaban los recuerdos.

Y al lado de su tía siguió su camino, muy derecha, sin mirar una sola vez hacia atrás.



---

## SEGUNDA PARTE

### I

La casa de misiá Loreto Garrido, allá en esa parte colonial de la calle Santo Domingo, tenía algo de claustro y muy poco de alegría. Una mampara con *vitreaux* de colores muy oscuros, daba entrada al zaguan; después del patio, un corredor con gruesas pilastras donde había algunas flores en macetero, y atrás, una huerta reducida, tan triste y desolada como un Sahara en miniatura.

En ese segundo patio le señaló una pieza á su sobrina, cerca de la que ocupaba ña Socorro, la antigua cocinera.

—Esta tarde arreglarás tu pieza, y en la noche te advertiré tus obligaciones de todos los días.

Con los muebles que le consentían, se entretuvo Juana en alhajar esa gran pieza blanqueada y baja de techo, donde todo quedaba nadando, y donde los ladrillos quebrados se moldeaban á través del jergon.

Pero lo que más la entristecía era esa mu-

ralla tan blanca que daba frío, y por eso ocupó sus dos horas en cubrirla con cuanta estampa encontraba en el baúl.

Después, con cortinitas de linón, sujetas por rosas de cintas, hizo adornos para el lavatorio; puso el espejo de Catalina, empingorotado entre una oleografía de Balmaceda y el retrato de un caballero buen mozo, el cual decía su madre que fué en un tiempo amigo de ella, y ya más alegre la pieza, miró complacida su catre, la cómoda alta, la mesita en que la muerta ponía la máquina y una silla grande de mimbre, donde le gustaba sentarse á don Pedro González. No era mucho, pero no le faltaba nada. Lo que le hubiera gustado que le dejaran, era el velador de la mamacita.

—¡Buena la Socorro rara!—pensó haciendo la cama—parece una bruja. Mi tía dijo que tenía que obedecerle en todo, pero yo quisiera mejor que estuviese aquí la Tránsito.

Encontró en el baúl un libro: *Las relaciones con «El más allá»*, y sin saber por qué, lo escondió.

—¡Caramba que has agujereado la pared con esa pila de monos!—gritó desde la puerta misiá Loreto—bueno era que hubieses puesto más santos en vez de tanta bolina que sirve para confusión no más.

Juana quedó cortada, mirando consternadamente su abigarrado *panneau*.

—¿También aprendes á coqueta?—volvió á reprender en son de burla, reparando en el em-

perifollado tocador.—Quítale esas tiras, será mejor, y acaba luego, porque es mucho embromar ya.

Casi llorando, arrancó del lavatorio los lujos que le había puesto, y de buena gana quitara todos los cuadros sino fuese porque la pared iba á quedar tan fea.

Y entretanto, distrayéndose con este atareamiento, no pensaba que era el primer día que nadie la llamara *hijita*.

\*  
\* \*

—Venga á comer, mire— llamó ña Socorro, que iba á la cocina con unos platos sucios.

Juana dirigióse hácia las piezas de su tía.

—Nó, si le sirvo acá, junta conmigo. La señorita come sola.

Entraron á la cocina y en una mesa blanca puso los platos, sentándose ella en la otra punta.

La niña, muy tímida, no decía palabra, tragando á prisa, sofocada por el humo de la leña que ardía en el fogón.

—Misiá Loretito me encargó que le enseñase lo que tenía que desempeñar mañana y todos los días—gruñó la cocinera, rompiendo el silencio.

Ella levantó la cabeza con atención.

—Aquí, invierno y verano, madrugo á las seis para ir á las compras, y usted tiene que

recibir la leche y el pan. Después es muy descansado, porque la señorita se levanta para ir á la misa de nueve, y con tal que estén los patios limpios... Yo armo el almuerzo mientras asea las piezas y pone el comedor. En la tarde, puede repasar la ropa hasta la hora de onces. Comemos, y nada más.

Habian acabado de comer. Socorro recogió la mesa y la niña la miraba tranquear de un lado á otro, sin estarse quieta un momento.

—Y ahora, ¿qué puedo hacer?—insinuó tímidamente.

—Vaya lavando la loza, si quiere, antes que se enfrie el agua.

Obedeció con prontitud, y metía los platos en el balde hirviente, pensando cómo iba á hacer todas esas cosas que le habian dicho!

—Voy á ver qué quiere la señorita—dijo ña Socorro, oyendo el llamado de un timbre.

Con sus últimos rayos dorados vestía el sol la copa de un castaño que empinándose, lograba asomar sobre la tapia de la casa vecina. De repente, Juana tomó la punta del delantal para restregarse los ojos porque estaba llorando. . .

## II

Poco á poco vino la costumbre; pero, á medida que se portaba más expedita, le ponían más obligaciones, y lo curioso era que habiéndola aliviado con su ayuda, cada día le tomase distancia la Socorro.

No dejaba la vieja de tener razón para ello: Primero, encargaron á Juana que sirviese la mesa; después, misiá Loreto misma la llamó para que la vistiera y la ayudase á desnudar; cuando tocaban la campanilla salía á abrir; el arreglo de todos los chamelicos del salón también estaba á su cargo; y, como aseara los patios y las piezas, y arreglase el comedor, lavando la loza y cosiendo la ropa vieja, á ña Socorro, fuera de los mandados, no le dejó más que la cocina. De *factotum*, habían sido reducidas sus atribuciones, hasta quedar en cocinera monda y lironda.

No tenía, pues, la muchacha, más rato de sosiego que en las breves comidas, cuando sentándose con ña Socorro á la mesa de palo blanco, le conversaba, cuál de una persona querida que figurase en todos sus proyectos, del castaño vecino; *el compadrito castaño*, como ella le puso, cuyas hojas, crepitantes en el calor del mediodía, adquirían fulguraciones y resplandores durante el incendio del ocaso. Eran éstos sus únicos recreos, y así, al llegarle la hora de acostarse, á eso de las nueve y media, si había regresado de la novena doña Loreto, estaba tan rendida, que cayéndose de sueño, á veces se tendía sin desvestir sobre la cama, pensando solo en su madre cuando se persignaba para rezar un padre-nuestro por su descanso. No le quedó de ella otro retrato que el débil Daguerreotipo de la infancia; el recuerdo del rostro íbasele olvidando, y lo conservaba medio borrado, nada

más que con esa expresión de los ojos que tenía tan patente.

Solía despertar á las altas horas. La luna, entrometiéndose por los postigos de la puerta, inundaba el suelo lo mismo que si hubieran derramado un balde de plata fundida; desnudábase tiritando y junto con meterse dentro de la ropa, volvía á dormirse hasta las seis, hora en que oía ruido en la pieza de la Socorro.

Esa era la vida de siempre, sin más variación que el domingo, cuando iba á la misa de nueve con su tía.



¡Los domingos! Deseaba que llegasen nada más que por esa hora en que partían á la Catedral, á la misa mayor, y se volvían después con pasitos cortos por la calle del Puente hasta la de Santo Domingo.

La misa cantada era un buen recuerdo para los seis días de trabajo, porque durante ese tiempo seguía viendo con la memoria la iglesia vetusta, las vidrieras moradas y verdes y rojas que teñían los mantos de sus distintos reflejos; las naves de los lados interminables y oscuras, en cuyas baldosas resonaban las pisadas, ostentando misteriosos confesionarios de trecho en trecho; en el medio, la nave principal, el presbiterio todo refulgente como un ascua de oro por las arañas llenas de velas, los sillones

de los canónigos, el trono del señor arzobispo encortinado de regia púrpura y al fondo, bajo el ábside, el altar mayor sosteniendo la cruz entre los seis candelabros de plata macisa. Allí celebraban los oficiantes el santo sacrificio, revestidos de casullas magníficas y dalmáticas deslumbradoras.

Los cantores confundían desde el coro sus voces suaves y altas y sus notas profundas. Las sotanas rojas de los acólitos corrían de un lado para otro haciendo oscilar en un argentino *chac-chac* de cadenillas, los pesados incensarios, sahumando á los fieles con oleadas de perfume; y al llegar la hora de la consagración, cuando el prelado y los oficiantes, el venerable cabildo, el colegio de canónigos y los monaguillos: el turiferario, el que lleva la naveta, el que sostiene la mitra y el que cuida del báculo y los que portan los cirios y todos, humillaban hasta el polvo sus frentes; mientras el pueblo, como una sola masa, arrodillábase lleno de solemne silencio, sintiendo todos pasar sobre sus cabezas el frío soplo de la presencia divina, el sacerdote alzaba lentamente la hostia blanca entre el ruido ensordecedor de las campanillas y el tronar apocalíptico del órgano, cuyo prolongado trémolo conmovía el templo hasta sus más altas cúpulas con el rumor sordo de los terremotos. En aquel augusto momento, ante tan formidable majestad, nadie dudaba que Dios mismo descendiera desde la gloria del paraíso para llenar de su inmensa grandeza aque-

lla pequeña oblea transparente, santificando así ese acto instituido por él en una noche de humildad y de angustia.

A la vista atónita de las gentes que fraternizaban en una sola creencia, se repetía el milagro de la transustanciación. Entre los dedos con que el ministro católico sostiene la sagrada forma, tiembla la propia carne del Cristo, palpitante de tortura y de amor, y en el áureo cáliz, que elevado por sobre la frente del sacerdote y sobre el sollozo de las plegarias, resplandece como un sol, envuelto en las nubes del incienso—las nubes candidas aprisionadas en las opulentas bóvedas hasta no hallar por donde ascender hasta el invisible cielo azul—en el cáliz de oro, están contenidas algunas gotas de la sangre generosa que manó del costado del apóstol, cuando Longinos,—la humanidad ciega que sólo logra ver á su redentor al hacer un mártir de él—lo traspasó con su lanza, recobrando la vista sólo con lavar sus ojos sin luz, en aquel tibio manantial de caridad.

Pero en la memoria de Juana vibraban más bellas estas sensaciones de color y de misticismo; porque, si bien desconocía el nombre de los paramentos ó el significado de los ceremoniales litúrgicos, causando solamente sus impresiones el total de armonía, brillantez y perfume; por ello mismo, no pudo vislumbrar tampoco el oropel ni la piedra falsa. Toda la gloria de la

visión es aquel misterio con que la rodea siempre la fantasía enfermiza,

.....  
A la salida formaban calle filas de caballeros, uniformados por la corbata *dernière*, la flor á la moda, ó los puntudos zapatos de charol. Habían miradas de inteligencia con las devotas, saludos ceremoniosos, risitas contenidas mordiendo el devocionario, y seguía desbordando la iglesia Metropolitana interminables filas de damas encapuzadas de negro, con pulseras llenas de chiches, cuyo sonagereo simpático recuerda los amuletos orientales.

Atravesaban la Plaza. A la distancia, trás de los arcos del Portal, adivinábase el paseo ante las ventas de flores. Seguían andando para llegar á la esquina del Correo, donde una multitud ociosa entraba y salía alegremente, rompiendo los sobres de las cartas, deteniéndose para leer una noticia interesante entre el vocerío de los suplementeros que metían por las narices sus papeles.

—¡*Carril, La Ley, La Revista Cómica!*...

Después era la calle del Puente, aturdida por el chisgarabís de los pájaros exóticos, importados de países tropicales; con sus vitrinas de fotógrafos donde se exhibe á los políticos de actualidad. Al pasar ante el templo de los padres, como saliese la misa de diez, desbordaba las aceras el mismo gentío endomingado, los mismos saludos, y el mismo festival de campanas repicando desde lo alto de las torres.

Primera *seña*. . . . segunda *seña*. . . . ¡Otra misa empezaría pronto!

Era la mañanita del día festivo, un buen recuerdo para la semana entera.

### III

Aunque ya había pasado un año desde la muerte de Catalina, las relaciones que frecuentaban á misiá Loreto, aún tenían una palabra de admiración para su buena obra en recoger la *huachita*.

No eran muy numerosas, pero sí sumamente escogidas todas esas amistades. Juana llegó á distinguir las y casi á tomarles simpatía ó nó, solo con abrir la mampara y hacerlas entrar después al saloncito.

Llegaba muy seguido doña Pepa López de Caracuel, una señora chica, con una niña muy orgullosa, y á veces una niñita toda remilgos. Viniendo ellas, era seguro que un cuarto de hora después se aparecía Arturo Velásquez, ese jóven tan buenmozo, que siempre, al entrar, trataba de darle un abrazo á Juana. La solterona que fué amiga de la mamá de él, decía que le profesaba tanto cariño como á un hijo.

Asimismo, era concurrente asíduo el clérigo don Mardoqueo Espiñeira, medio tinterillo, suspendido de la misa hacía diez años, desde que jurara en falso, pasando ante los Tribunales como testigo ocular de un adulterio que, para divor-

ciarse, le supuso á su esposa cierto aristócrata, porque así se lo exigía su querida. Acudía, pues, á la tertulia de misiá Pepa el perjuro, quien acariciaba á Juana la barba con sus dedos hediondos á rapé; y también, muy á las perdidas, un jovencito estudiante, callado y vergonzoso, que ni sabía ella cómo se llamaba, porque la señora nunca le dijo sino «mi ahijado».

Esta fué, de todas, la visita que más le simpatizó por lo atento que era para repetirle las gracias cuando abría, y le gustaba dilatar el momento en que, prendiendo la lámpara del saloncito, dábale conversación hasta que viniera misiá Loreto.

—Andate, no te necesito.

Sin explicarse la causa, le contestó varias veces: — Bueno, *tía*— como si hubiese tenido interés de advertir al muchacho que ella no era una sirvienta.

Lo raro estāba en que, de viejas antiguas, no frecuentasen á misiá Loreto sino la Panchita, beata gorda y halaraquenta, concurrente á procesiones y prédicas, quien, se adivinaba á la legua, no venía más que para que la convidaran á comer ó á tomar el té; solterona pobre, fea de sobra, pero con pretensiones y pudores de niña, usando zapatillas de charol aunque no llevase medias; eterna allegada cuya familia es todo el mundo que la quiere alojar unos dias en su casa. . . . ¡Oh! ¡podeis estar seguros que no os comerá el pan de balde! Ella es buena para todo, maestra en confituras, obsequiosa hasta decir

basta, y capaz de sacrificarse abnegadamente por vosotros: servirá de enfermera á vuestros hijos, si sois padre de familia, ó de correveidile desinteresado y hasta secreto, si teneis amores. Ante todo, ella lleva el amén á quien quiera que sea el cantor. Unicamente tened un poco de reserva, porque es demasiado amiga de traer cuentos de Fulano, portándole chismes á Zutano, y arma el gran enredo con el mismo arte que dá tembladera á una gelatina sin necesitar recurrir al colapís.

Todos se hacian lenguas elojando la caridad de misiá Loreto, principalmente la Panchita, quien le dijo un día que tenía el cielo ganado por su buen corazón.

\*  
\* \*

Sin embargo, no era muy liviana la existencia para la «*huachita*» (Así recalca burlescamente Arturo Velázquez). No sería mucho el trabajo, mas como todo pasara por sus manos y en agradecimiento no recibía sino asperezas y reconvenciones, se enflaqueció mucho, no guardaba apetito ni ánimo; sólo le daban á ratos tantas ganas de llorar que tenía que encerrarse en su cuarto, pero con cuidado, porque cierta ocasión la pilló ña Socorro, quien fué con el cuento donde misiá Loreto. ¡Buen raspazo le echaron, «por desagradecida, que se permitía lagrimeos en vez de darle gracias al Señor de todos sus beneficios!»

Juana andaba en los dieciseis años, y en esa edad en que las muchachas necesitan de tanto cariño para no sufrir por el trastorno que se opera en ellas, al hacerlas mujeres la naturaleza, se sentía aislada, bien sin nadie que le demostrase interés, que le diese un buen consejo, ó la estimulara con una palabra suave.

Hizo algunos desarreglos y tuvo que quedarse en cama. La pubertad la había sorprendido, llenándola de disgusto. Eso que era esperado con tiempo, fué siempre muy brusco, y sin saber por qué, le trajo la pena de algo blanco y fragante, perdido irremisiblemente.

Pasó abandonada en su pieza los diez días de su encierro, no viendo á la Socorro sino á las horas de comer, sin que su tía se acercase ni una vez á preguntar por ella.

Recorría maquinalmente sus monos sobre la frialdad de esa pared blanca, que la acoquinaba cual si fuese el muro de una tumba. Al mirar hácia el patio, distinguíase el castaño de la otra casa, que era, en su soledad, á pesar de sus ramas desnudas, un buen amigo, donde aún se posaban los pájaros viajeros, vacío el buche de trinos, el plumaje erizado por el frío de la escarcha. . . Durante la noche, percibía distante la voz gangosa de don Mardoqueo ó las francas hilaridades de Arturo Velásquez. . . Y mientras, pensaba en su madre, un pensamiento que desde mucho tiempo no podía quitársele de la cabeza.

## IV

Cuando se levantó la primera vez, como no debía salir del cuarto, quiso hacer una cosa que pensó en la cama:— ¿Por qué no se había acordado del espiritismo y de las buenas sesiones de antaño, cuando, entre su madre, Pedro González y ella, interrogaban al otro mundo sobre mil secretos, y hasta recibían avisos para lo futuro, de algunas ánimas profetizas? Tuvo la paciencia de llevarse media hora con las manos en la mesita de costura, la misma que les servía de *medium* cuando evocaba Catalina, y no se desanimó porque la madera permaneciese insensible, sin la más leve vibración eléctrica.

Después de comer, casi de noche yá, Juana, que se había acostado, volvió á entretenerse en magnetizarla, consiguiendo ya que se moviera; sin embargo, fué solo al día siguiente que hizo un triángulo alfabético, cuando obtuvo respuestas coordinadas y muy sensatas.

—¿Quién está aquí?— había preguntado luego de evocar á su madre.

—*Yo, pues, hijita,*—respondió rápidamente la mesa, golpeando yá con una pata, yá con la otra.

La niña sentíase conmovida hasta llorar, y sus pregunta temblorosas, eran dichas con un acento delicadamente tierno.

—Mamá, ¿y te hallas siempre cerca de mí? ¿te acuerdas de tu *purisimita*?

—*¡Siempre! ¡siempre!*—tradujo enérgicamente la mesa.

—¿Y me quieres todavía?

—*Eres buena... Estoy contenta de ti.*

—Pero ¿cuánto durará esto?—interrogó llorando.—¿Seré feliz alguna vez?...

—*Sé constante, no acobardes.*

—Pero, ¿seré feliz?—reiteró obstinadamente, acordándose, sin saber cómo, del jovencito que venía á ver á su tía.

No hubo forma de que hablase más el espíritu. La mesa permaneció inmóvil, como si la hubieran clavado en el suelo.

—Será una indiscreción querer saber tanto, pensaba ella.

Y hallábase confortada, sostenida por un cariño que era invisible, pero que sentía ahora en todo: en el cielo azul, en los días luminosos, en las aves que trinando cruzaban el espacio, y en las hojas nuevas que la primavera importó espresamente para vestir al compadrito castaño.

Porque era la primavera la que empezaba: la que siempre trae algo hasta para los más tristes y los más cansados.

\*  
\* \*

En esos días tuvo un verdadero alegrón: tocaron la campanilla y abrió sin sospechar que era la Tránsito, más vieja, cegatona, pero con muchas ganas de ver á su patroncita.

—Entra para acá, Tránsito!—gritaba abrazándola—¡ven á conocer mi pieza! ¿Qué tal te vá, pues? ¡Cómo fué este milagro! ¡Buena la Tránsito ingrata, que en tantísimo tiempo no me habías venido á ver!

—¡Si vine dos veces cuanto há! La cosa es que no quise volver, porque ví que me la estaban negando.

Se contaban en palabras aturulladas lo que les pasara desde que no se vieron. La vieja cayó al hospital, bien mala. Después se fué aliviando y ahora servía en casa de una señorita muy buena, en la calle Las Claras.

—Pero ninguna como misiá Catita, pues, ¡ay, si era buenaza su mamá!

Juana le contó también algo de su vida, sin quejarse mucho, temiendo que la oyesen, y porque adivinaba que la Tránsito no se haría cargo de ese abandono que la apenaba.

—¡Venhaiga que está crecida y buena moza! —interrumpió, mirándola con admiración—¡cómo no estará de vieja una, pues!

—¡Juana! ¿quién está ahí?—vociferó la voz de misiá Loreto.

—Es la Tránsito, tía.

—Me voy, porque tengo que hacer, y para no dilatarla en sus cosas—dijo ella levantándose intranquila.

—No te pierdas, pues. . . Mira que me has dado un buen gusto.

—Hasta la vista, misiá Juanita.

—¡Pobre Tránsito, tan buena que es!—reflexionaba Juana.

—...Me halló más grande y que estaba buena moza...

.....  
—¡Ya voy, tía!

## V

Un Domingo en la tarde llegaba el Ahijado y Juana voló á abrirle, roja aun por una disputa que acabara de tener con ña Socorro. ¡Era mucho ya lo que la retaba! Menos que si fuese una chiquilla de la calle, hasta que le dió toda la rabia á ella y la puso en su lugar: ¿qué se habría figurado esa rota, que era su igual también? ¡Ya no le aguantaba más que viniese con atrevimientos!

—Esta mañana la divisé con mi madrina en la Plaza de Armas—dijo el joven, mirándola en los ojos.

—¿Sí? Siempre vamos á la misa de nueve de la Catedral... ¡Y cómo fué que yo no lo ví?

No alcanzó á replicarle, cuando misiá Loreto, que encontrara á la Socorro llorando y diciendo que se quería ir, entróse al salón, y casi sin saludar á la visita se fué sobre Juana, con los ojos inyectados por la ira. ¡Háse visto la china atrevida, la mocosa insolente, que vino á levantar el gallo en su casa! ¡Flojonaza, sin vergüenza no más, á quien recogieron

por misericordia y se había ensoberbecido! ¡Claro! ¡Tuvo que salir á la madre, que fué toda su vida una sinvergüenza!

—¡Insultar á la Socorro! ¿Qué te parece esta perra rabiosa?—y volvíase á su ahijado para que compartiera su indignación.

—¡Pero madrina!... —murmuró él, disgustadísimo.

¡Nunca recibiría la muchacha una impresión más terrible! Salió de la pieza con la garganta seca, estrangulada por los sollozos, y sólo cuando estuvo á los pies de su cama, pudo llorar con agonías terribles toda la vergüenza, la humillación y la rabia que sentía. ¡Por una nada, la habían puesto como el suelo, la habían tratado peor que á una limosnera, delante de un estraño, y ella tenía que tragárselo todo!

—¡Mamañita! ¡mamañita! ¿Por qué no me llevó, mejor?

Y, gota de consuelo entre sus lágrimas amargas, ella veía la mirada de piedad que sorprendiese en el joven y continuaba escuchando aquel «Pero madrina!... lleno de reconvenciones y de interés,

\*  
\* \*

Después de esto, los insultos no escamparon, sin que los atajasen la presencia de misiá Pepa y de su altanera hija, ó la de Arturo Velásquez, quien parecía aplaudir á doña Loreto con sus risitas sardónicas. La vida era un in-

fierno para Juana; á cualquier cosa le gritaban de una hasta ciento, y como esto la tuviese nerviosa y tímida, cada nueva torpeza venía á ser un motivo.—«¡Esa perra taimada todo lo hace de mala voluntad!»... «¡Merece que la echen á la calle para que aprenda!»

El fondo de ello estaba en que la Socorro vivía en cuentos, no más:—Que no ha barrido el patio... que se quedó dormida en la mañana... que se le quebraron dos tazas — ¡buena la tirría que le guardaba la cocinera!

Ocurriásele, á veces, comparar su suerte con la de *María Cenicienta*, cuyo cuento con láminas conservaba en el cajón de la cómoda, y hasta se divirtió algún tiempo en figurarse el arrepentimiento interesado de la tía Loreto y de misiá Pepa, y de su respingona hija, si supieran que luego del bando en que un príncipe promete casarse con la dueño de la diminuta chinela, ella calza el zapatito como cosa suya; pero después, aburrida de su farsa, burlóse de esas estupendas locuras y siguió su vida opaca y prosaica, oponiéndose por carácter á barnizarla con ninguna semejanza poética... ¡Quién sabe, también, si en su interior no pensaba que al venir á solicitar su mano un príncipe y un jovencito estudiante, ella preferiría al jovencito!...

Esos días fueron los peores, ya que tenía que esperar á que doña Loreto volviese del Mes de María. Sola en la casa, se pasaba muerta de

miedo, oyendo el ladrido de los perros en la calle y temblando cuando sacudía el guardián la puerta para asegurarse de su solidez.

Entonces conversaba con su madre por intermedio de la mesita, recibiendo buenos consejos y palabras de cariño:— «Sé constante»... «No acobardes»... «Estoy contenta de tí»— ello era la fuente misteriosa de donde sacara energía para resistir toda esa existencia de suplicios.

Una vez se decidió por fin á exigirle la contestación tan ansiada:— ¿La querría un poquito ese jóven, ó es compasión no más?...

—*Sí, te quiere,*— dijo la mesa.

—¿Y me lo dirá algún día?

—*Sí*— volvió á responder.

—¿Cuándo? preguntó anhelante la enamorada.

Pero, como la otra vez, el espíritu no quiso contestarle más.

¡Ya podía retarla su tía, ó hacerle la guerra la Socorro! ¡Desde la otra vida velaba por ella su madre como ángel de la guarda; y aquí, en el mundo, tenía el cariño de *él*... Su madre se lo dijo!...

## VI

Cierto Lunes que estaban de visita doña Pepa con la hija, Juana sintió que la llamaba su tía, y como era muy raro eso, fué al salón temerosa de recibir una reprimenda por quién sabe qué, delante de «La señorita Desdén».

—¿Tú entiendes de costura, niña?— preguntóle misiá Pepa en su tonito débil y sin ánimo.

—¡Claro!... ¡es lo único que sabe!— saltó doña Loreto.

—Sí, señora; ropa blanca sobre todo.

—¡Magnífico! ¿No te dije, Marta, que nos podría ayudar en la ropa interior y...

—¿Por qué no habrá venido Arturo á buscarlos?— interrumpió la señorita Marta, sin dignarse responder.

—Y, ¿cuándo es viaje, Loreto?— interrogóle misiá Pepa.

—Lo que pase el año nuevo. Si me sienta bien, pienso quedarme hasta mediados de Marzo.

Juana permanecía de pié en un rincón, sin hallar qué hacer. Se habían olvidado completamente de que estaba allí.

—¿Qué edad tiene esta chiquilla?— interpeló desganadamente Marta.

Juana guardaba silencio.

—¿No tienes boca para contestar?— exclamó la tía Loreto.

—Entré á los diecisiete, señorita.

—¿Nada más?... Por lo formada que está representa sus dieciocho cumplidos.

—Eso le había echado yo — afirmó misiá Pepa.

—¿Ustedes no salen al campo, entonces?

—Nó, pues; con esto del casamiento no vamos á poder movernos á ninguna parte. Tal-

vez Absalón y Danielito vayan por unos días á Valparaíso.

Una mano vigorosa tiraba el cordón de la campanilla que seguía sonajereando en la noche del patio.

—Ese es Arturo— expresó con profunda convicción la señorita Marta.

—Anda á ver si es él.

Juana abrió la mampara y era efectivamente el novio de la señorita.

—¿Qué tal le va, mijita?—dijo mirándola con sus ojos brillantes de libertino afortunado — ¡caramba que está simpática! Ya lo sabe, pues, el día que quiera ser una reina, no hay más que avisármelo.

Esto se lo decía en la obscuridad, con esa voz apagosa y distinta que usan los seductores de oficio, mientras trataba de atraerla á sí.

Ella dió un salto atrás.

—¡Déjese de frescuras, sino quiere que le cuente á mi tía.

—¡Bah! ¡Tanto repulgo conmigo! ¿Y cómo deja que el fraile le palmeé la cara?— zumbó sarcásticamente, atravesando el pasadizo.— Ya lo sabe: ¡cuando quiera no más. . . !

Empleaba una táctica nueva hacía poco tiempo, y en vez de llamarla «huachita», y de reirse de ella, zuzurrábale piropos, para terminar siempre con aquel ofrecimiento que Juana adivinara perverso, aunque no lo comprendiese:

—«Cuando quiera vivir como una reina, me lo avisa no más».

—¡Parece mentira que esté de novio y sea tan zafado!. . . ¡Qué diferencia con *él*— meditaba la muchacha, que el día antes, á la salida de misa, divisara al Ahijado.

Y ya se olvidó de Arturo Velásquez y de sus pesadeces, para soñar no más que con *él*.

\*  
\* \*

Atravesaban la Plaza el día de Pascua, cuando adelantóse el Ahijado á saludarlas, haciéndose el encontradizo.

—¿Cómo está, madrina? Feliz día, señorita.

La vieja miró extrañada al joven que le extendía la mano a su sobrina.

Siguieron andando en silencio. El iba al lado de afuera, y Juana, examinándolo en su traje y sus modos, persuadía-se cuán distinto era de los demás mozos, desfachatados, con grandes *bouquets* en el ojal, hablando recio, y siguiendo con insolencia á las mujeres.

—Ayer le escribí á tu mamá—dijo misiá Loreto.—Le conté cómo habías salido en los exámenes, y la previne que en la otra semana nos tendría por allá.

—¿Vá también la señorita?—y él la miraba con su espresión triste y profunda.

—¡No! ¡qué disparate! la deajo en casa de la Pepa, para que la ayude á coser la ropa de la Martita, que se casa en Abril... ¿tú no la conoces?

—En su casa creo que la ví una vez. El hermano sigue curso conmigo.

Se advertía que aquello no le interesaba. Distraídamente varió de conversación.

—Y quién se queda cuidando la casa?

—La Socorro, no más, pues.

Habían pasado ya Santo Domingo. Un elegante saludó al joven, mirándole malicioso.

—Ese es condiscípulo de leyes—explicó poniéndose colorado.

—¿A qué hora sale el expreso?

—A las ocho, madrina.

—¡Caramba! hay qué madrugar!

—¡¡Cuidado con el coche!!

Se detuvieron en la bocacalle.

En seguida reanudaron el camino.

—¿Fuiste á la Noche Buena?

—¿A la Alameda? Hay muchos desórdenes...

Yo me acosté temprano

—Me contaron que salió menos lucida que otros años; pusieron pocas ventas. ¡En el tiempo en que armaban fondas en la Cañada, sí que era bonita!

Llegaban ante la puerta de la casa y la señora lo invitó á entrar.

—Pasa un ratito y descansas.

—No, madrina, tengo que ir á almorzar cerca de la Quinta y son las diez y media ya.

Y al despedirse volvió á fijar un momento sus ojos en los ojos de Juana.

## VII

Aseando el comedor había arrancado la penúltima foja del calendario, poniendo al descubierto la fecha del 31 de Diciembre de 1896.

Na Socorro, que tenía el humor como pocas veces, mientras almorzaban, le metió conversación.

—¿Sabía que el quince se iba misiá Loreto al puerto?

—Sí.—dijo simplemente Juana, quien no pensaba en otra cosa.

—Va á tomar baños para el reuma. La mandó convidar misiá Berta, la madre de su ahijado; con él van á hacer el viaje.

—¿Y esta noche habrá gente aquí?—preguntó ella, con las mejillas encendidas, cambiando bruscamente de conversación.

—¡Si siempre la señora pasa el año nuevo donde misiá Pepita, que tienen tertulia! ¿No se acuerda ya del otro año?

—¿Es sola misiá Pepa con la hija?

—¡Beh! ¿Y dónde deja á la Mariquita, esa niña que suelen traer? Además, todavía queda don Absalón el papá, y Danielito, único hijo hombre. Aquí no vienen nunca ellos, porque misiá Loreto armó el casamiento con don Velásquez y parece que no es al gusto del patrón.

Como Juana guardara silencio, la Socorro tuvo una idea.

—¿Quiere que en cuanto salga la señorita nos vayamos á asomar al Mercado? Está abierto toda la noche, y dicen que es muy lindo.

La niña se entusiasmó.

—¿De veras, ña Socorro? ¡Qué bueno! Al tiro voy á arreglar mi chaqueta.

Y entre sí, pensaba:

—Si anduviese *él* por allá.



Pero la Socorro comió unos duraznos en la comida, y sintióse tan mal, que ella le estuvo haciendo, hasta tarde, manzanilla con menta. Cuando logró tranquilizarla, eran más de las diez. Misiá Loreto había ido á comer fuera, y Juana se fué á su pieza. Más al ir á desnudarse no lo hizo, acordándose que su madre la acostumbrara á esperar en pié esa noche y, sonando las doce, enseñábala á rezar porque Dios les diese salud y trabajo en la nueva jornada.

Sin saber en qué entretener la última hora del año que moría, se acordó de algunos libros de Catalina, que guardaba en la cómoda, y se puso á hojear *Las relaciones con «El más allá»*.

Insensiblemente fué interesándose en lo que leía. Era el capítulo que habla de *La manifestación visible de los espíritus*, ó sea de los aparecimientos en piezas obscuras, por medio de espejos, etc.

En su soledad, impresionábala áquel tema fantástico, y á cada rato levantaba la cabeza mirando con recelo los rincones oscuros, como temerosa de que algún espíritu tuviese la ocurrencia de visitarla á tan intempestiva hora.

Esto le trajo también á la memoria la ocasión en que la tía Loreto acercó á la cara de la muerta, el mismo espejo delante del cual se peinaba ahora diariamente. Era curioso que cada vez que quería figurarse á su madre, la evocara como la vió esa noche: pálida y con las pupilas dilatadas, encerrándose como un descolorido retrato en el marco ovalado de la luna.

De cabeza, seguía devorando el curioso volumen, cuando sintió un cañonazo y el estrépito de las campanas soltadas á vuelo para espantar el silencio de esa hora.

El viento fresquecito que corría trajo el eco de un prolongado fogueo, y al asomarse al patio, vió vagar en el espacio una constelación rojiza, verde, amarilla, violeta, que rodaba en lluvia de piedras preciosas, desprendiéndose del diáfano firmamento.

Solo con seguir la efímera trayectoria de aquellos astros de algún carnaval chinesco, Juana volvió á verse pequeñita, aferrada á la pollera de su madre, estrechándose ambas entre la multitud informe que henchía la interminable Alameda, donde se refugiaban las sombras de la noche, mientras arriba, sobre la extensión azul, corrían haciendo zig-zag los crespos luminosos de innumerables culebrillas de fuego.

A cada rato estallaban las granadas piro-técnicas, y al desparramarse por el cielo sus ramilletes, florecía la noche en miles de luce-citas con todos los colores del iris. Entonces semeja rumor de océano el *¡¡¡Ohaaaahhh!!!* de admiración que abre la boca de la confusa muchedumbre. Los voladores subían chirriando *¡¡¡Pshiiiiii!!!* y si chiflaba alguno, sonaban en la negrura de la tierra grandes risas, frases hirientes: —¡Bah la vieja! —¡Bah el chingado!— toda una indignación contra el pobre volador que no tuvo fuerzas para volar.

Mientras entre el estampido de las cureñas, que hacía estremecer á los niños, empezaron á encenderse las piezas de efecto, su madre la tomó en brazos, y sobre la masa del gen-tío, sus ojos maravillados ante ese espectáculo de majía, seguían con asombro las capri-chosas volteretas de la serpiente que persigue mariposillas en un prado de amatistas, topa-cios y rubíes; ó el chisporroteo ofuscante de un sol giratorio que da vueltas vertiginosas: tal si fuese la propia rueda de la fortuna que derramara pomposamente oro en polvo, llu-vias de oro, todo un escandaloso derroche de riqueza. Y Catalina tuvo fuerzas para sos-tenerla en peso hasta que se encendió, al fi-nal, la heróica alegoría patriótica:— «*Chile. 18 de Septiembre de 1810.*»—en letras de bengala, con el escudo tricolor — «*Por la Razón ó la Fuerza*» —entrevisto todo á través de una miste-

riosa apoteosis de humo fosforescente, cual si ardieran los pebeteros de la hechicería.

Al reventón de algunos cohetes aislados y de una postrera castaña japonesa, empezó el desbande general. Los niños miraban caer del esqueleto feo y tostado por la pólvora, las últimas chispas, como diamantes que se desgranaran sobre un abismo insondable; y se decidían á caminar, arrastrando los piés, con su poco de pena ante la obscuridad de las calles, después que ellos llevaban encandelillados todavía los ojos por aquella fiesta de hadas, que contemplaron medio soñando; por aquel cuento vivido de las *Mil y una noches*, cuyos cambiantes de prisma y cuya fantástica gloria de sol, deslumbraría sus sueños durante muchas noches... acaso durante una vida entera.

Volviendo á casa, de la mano de su madre, aún miró una vez más la inmensidad tranquila, donde ya sólo lucían las estrellas, luciérnagas del cielo; y al verlas pestañeando, á ella se le figuraba que no duermen porque les había espantado el sueño la zalagarda loca de tantísima primita multicolor.

Juana permaneció un rato en la puerta, soñando ella también, con los fuegos artificiales de la infancia... Sacudió la cabeza... ¡Año nuevo!... «Año nuevo, vida nueva». Era el 97 que empezaba: ¿qué misterioso destino le reservaría? ¿seguir su existencia monótona ó un cambio impensado? De todas maneras, las doce la pillaron sola, rodeada por la soledad

y á creer las supersticiones, el año entero sería para ella de tristeza y abandono.

Experimentaba el loco deseo de ver á alguien, desear á cualquiera un feliz año, y con el corazón envióle á él un voto ferviente de que la ventura lo acompañase.

Volvió á su pieza y arrodillándose, empezó una *Salve* por el alma de su madrecita.

Al pronunciar las palabras:—«*Dios te salve! á tí suspiramos, yimiendo y llorando en este valle de lágrimas*—á la débil luz de la vela, vió algo que helara la oración en sus labios. En el espejo que colgaba ante ella, junto á su cabeza rubia, casi besándole la mejilla, adivinábase vagamente un rostro pálido de mujer y unos ojos negros, muy abiertos, que la miraban con fijeza, húmedos de ternura y sentimiento.

Volvióse con rapidez, sacudida por una impresión de sorpresa, donde no había, sin embargo, terror.

Tras de ella el cuarto se alargaba, perdido en una penumbra indecisa.

Hallábase sola por completo. No obstante, en el fondo del cristal, la visión no se desvanecía, y los grandes ojos negros miraban siempre á la *purisimita*.

—«*Yo estaré contigo mientras él te acompañe*» —pensó entonces, repitiéndose la advertencia de su madre al ponerle el medallon que ella sentía sobre su pecho.

## VIII

Sin precisarse evocación alguna, como á una cita convenida, todas las noches acudió la fantasma, para acompañar sus horas más crueles. Esta era ya una protección visible, materializada casi, y ese gesto amoroso de la boca, esos ojos que la sonreían complacidos, consolábanla de sus penas.

Ansiaba concluir sus quehaceres para poder encerrarse con la sombra de la muerta, permaneciendo horas enteras ante ese lago de luz, en la contemplación extática de su madre, cuya sonrisa era perenne.

Después del largo trabajo, consultaba al espejo como á un juez bondadoso que debía perdonarle sus faltas ó aplaudir sus buenas acciones; frente á la muerta, confesábase de sus pensamientos más secretos y cuando la aparición se esfumaba, dormía tranquila, con la serena conciencia de quien ha abierto su corazón al buen Dios.

\*  
\* \*

Una de esas noches volvió á ser llamada del salón.

Estaba don Mardoqueo atascándose las narices de tabaco y sofocando la pieza con un olor de taberna marinera, al extender su gran pa-

ñuelo rojo, (una de esas sábanas en cuenta de pañuelos, que invitan al romadizo crónico); también habían llegado misiá Pepa López, la Marta y el imprescindible Velásquez.

—Prepara lo que tengas que llevarte esta noche, porque te vas á ir con la Pepita á su casa. Mañana te puede llevar la Socorro lo demás que necesites.

Aunque prevenida, Juana sintió disgusto de veras.

—Muy bien, tía.

Arturo Velásquez la miraba con un gesto malicioso, preñado de amenazas.

—Esta niñita crece por días— observó don Mardoqueo, siguiéndola con igual obstinación de miradas.

—¡Ya está güaina la niñita!— Y Arturo reía y reía.

—Allá lo pasará bien,— dijo misiá Pepa,— porque en lo único que va á servirme, es ayudándome á coser. Además, la casa es grande y tiene mucha fruta. . . ¡como si estuviera en el campo una!

Marta conversaba con su novio, tan junta á él, que se daban codo con codo, sin que por eso dejase Velásquez de echar con disimulo sus cateadas á Juana.

—Andate, no más.

Juana fué donde la Socorro y le dijo ¡adios! Después entró en su pieza formando un paquete de una camisa de dormir y algunas bagatelas.

Solo al oír la voz de su tía, vino á advertir

que se olvidaba de varias cosas indispensables, y tuvo que volverse.

Encendiendo luz, había divisado el retrato del caballero buenmozo, que era amigo de su madre, y como estuviera acostumbrada á verlo en la pared, parecióle que llevándolo se creería siempre en su casa.

Entonces recordó súbitamente el espejo, y fué á descolgarle con cariño, temblorosa por haberse hallado á punto de olvidarlo.

Al rápido resplandor del fósforo, ella vió la cara de la aparecida, con una expresión de infinita tristeza.

Tenía que apurarse, porque volvieron á llamarla; pero al salir, no olvidó despedirse del *compadrito castaño* que se quedaba solo. Su masa negra recortábase en el fondo sombrío del cielo, más sombría aun.

—¡Hasta luego! . . . ¡Hasta luego!

.....  
—¡Tanto que te has dilatado!—gruñó misiá Loreto, acompañándolos hasta el zaguán.

Y luego, con un acento más insinuante:

—Pórtate bien, ¿no? ¡Y no seas floja, para que no me dén ninguna queja de tí!

En el atareamiento de la partida, Juana no supo qué contestar; sin embargo, pensó que debiese haberle dado la mano siquiera.

## IX

—¿Nos iremos en carro?— insinuó el joven cómo de mala gana, mientras misiá Loreto despedía á todos en la puerta.

—Nó, nó, á pié— dijo apresuradamente la señorita.

Sin más que esto, rompieron la marcha los enamorados cogidos del brazo; y la pobre misiá Pepa, á quien nadie le tomara parecer, hubo de resignarse, haciendo el gesto del mártir, ó de la infeliz que piensa con terror en un camino largo, por aceras no siempre asfaltadas.

Juana se puso á su lado, sorprendida de que dejase ir tan juntos á los novios. A Velásquez, que era bien alto, lo veía inclinarse, acariciando casi con su bigote conquistador la diminuta oreja de su compañera; y en cuanto á ésta, iba, talvez sin darse cuenta por dónde, con el rostro en alto, mirándose extasiada en aquellos burlescos ojos verdes que la mantenian en estado hipnótico. Pudiera decirse que su enajenamiento amoroso, arrobábala de la tierra, colgándola de esos ojos, y si por acaso á él le ocurriera cerrarlos. . . ¡bien puede ser que Marta cayese de su peligrosa altura!

Ella los miraba, y de un modo indefnido, pensó en *él*: fué una idea muy vaga que se detuvo al borde de la memoria, sin atrever á formalizarse. . . ¿Quién sabe? . . . Algún día. . . ¿Por qué nó, pues? . . . ¡Su madre se lo había dicho! . .

—¿Y que tal la trata la Loreto?— dijo de pronto misiá Pepa, con ese afán que hay en las mujeres de oír hablar mal, aun de sus amigas más íntimas:—¿no debe pasar muy buena vida allá, no es cierto?

—Es muy buena mi tía y estoy muy tranquila en su casa,

—Yo lo decía porque tiene un genio tan arrebatado. ¿Cuánto tiempo hace que se vino con ella, ya?

—Este dieciseis de Julio, día del Cármen, van á enterarse dos años.

Misiá Pepa no habló más, acaso porque se preocupaba de sus adoloridos pies.

Entre tanto se sucedían las bocacalles, y aquella jornada sin término, era, á no dudarlo, el ideal de la pareja quien parecía fatigarse en lo más mínimo. De pronto Juana palpó ansiosamente su paquete, creyendo que había perdido la fotografía, tranquilizóse y pensaba entonces en la espresión melancólica de su madre, cuando descolgó el espejo al venirse. —Creería que no lo iba á traer—se dijo; porque era indudable que la visión solo se presentaba en el cristal que tocaron los labios de la muerta. Y le parecía haber sorprendido la causa, sin que ningun presentimiento la atemorizase.

Tornó á mirar á los novios, tratando de recordarse lo que le dijo ña Socorro sobre la familia de misiá Pepa—. . . Don Absalon, la Martita. . . . Daniel y. . . ¡no se pudo acordar el nombre de la menor, la que también solía ir á su casa.

—¿Y la señorita chica, qué está enferma?— preguntó, continuando en voz alta sus pensamientos.

—¿La María? . . . ¡Tiempo hace que está enferma la pobre!— Y como si le hubiesen rozado una herida incicatrizable, la señora suspiró varias veces:

—¡Pobrecita! ¡pobrecita!

—¿Qué tiene?

—¡Ah! ¿Qué, no sabía? Pero no se le vaya á salir nunca, porque ella lo ignora: tiene el corazón malo; una de las válvulas no funciona. Parece que fué efecto del susto que pasamos cuando la revolución; casi nos saquearon, porque, como Caracuel era empleado del Gobierno . . . Desde entonces sufre la pobrecita; el médico me ha prevenido ya. . . los que tienen esta enfermedad viven poco y se quedan de repente . . . ¡No hay que contrariarlos en nada! Por eso yo, á la María la doy gusto en lo que puedo: que se distraiga, que pasee. Su papá la lleva seguido al teatro, y ahora fueron á la Plaza de Armas . . . ¡Pobrecita! Dicen que no puede ni casarse, porque eso provocaría talvez la desgracia . . . ¡Buena cosa! ¡Si nunca faltan penas en esta vida!

Juana quedó aterrada, con una inmensa compasión hácia esa creatura que tenía la vida en un hilo y á la que, por todas partes, sigue la sombra fatal. Evocaba su figura graciosa, llena de animación y de caprichos, con gritos nerviosos y bruscas taimaduras de niña consentida.

¡A los catorce años y ya tener suspensa sobre su cabeza la sentencia inexorable!

Miró una de las calles que cruzaban y la distrajo de su grave preocupación la idea de que debieron haber andado mucho.

Sería ilusión, pero creyó sentir en ese momento el ruido de un beso; aunque pudiendo estar equivocada porque la pareja se había adelantado bastante.

—¡Arturo! ¡No se moleste más!—gritó misiá Pepa.

—No, señora, no es molestia; y todavía falta lo más solo del camino.

Efectivamente. Pasando la Avenida Cumming, la calle Santo Domingo tomaba el aspecto de una vía de Tánger. A ambos lados prolongábanse interminables murallones blancos, sin una puerta, y la luna daba un aspecto casi lúgubre á esa blancura sin límites. Al atravesar la calle Búlnes, mirando hácia la de Catedral, la blancura no se interrumpía, divisándose una quinta cuyos altos cipreses no alegraban nada. . . —¡Oh! ¡su cuarto era así!

Un nuevo rumor asaltó los oídos de Juana. . . Miró á su acompañante, temerosa de que hubiera oído.

—Este es el *Jardin de los Capuchinos*,—advirtió la otra, sin darse por entendida,— y esa tapia que no se acababa nunca, son los piés de la viña que tienen los padres. ¿No conoce la iglesia? ¡Es muy bonita! Desde aquí se vé la torre con el ángel que toca la trompeta del juicio final.

—¿Y está cerca su casa?

—Justas tres cuadras; en la Plaza de Yungay. ¡La tirada no es corta, de casa de la Loreto! Resultan más de veinte cuadras, pero siempre que hay luna, nos gusta venir á pié.

—¿La Plaza de Yungay es donde está la estatua del *Roto Chileno*? — interrumpióle Juana, tratando de acordarse que la viera una vez con Catalina.

—Sí, la misma. Es un paseo precioso y á mí me gusta más que la de Armas . . . Corre mejor aire por que los árboles son más crecidos . . .

Ya falta una cuadra no más, Arturo; muchas gracias por la compañía—agregó la futura suegra, dirigiéndose al jóven, quien galantemente, con el sombrero en la mano, apresuróse á despedir. Llegando cerca á Juana, de cierto tuvo intenciones para darle la mano, pero le faltó osadía.

—Buenas noches, señorita—saludó sencillamente antes de alejarse.

Pocos momentos después se detuvieron ante la casa . . . La Señorita Desden, quien miraba del lado de la esquina, fué la última en entrar.

—Todavía no debe haber vuelto nadie — dijo misiá Pepa, tanteando en la oscuridad del pasadizo.—¿Por qué habrá apagado el gas la Filomena?

En esto se presentó la sirvienta con una vela encendida y quiso prender la lira que estaba después de la mampara.

—No, no vale la pena; nos vamos á acostar al tiro, porque hemos andado mucho. Ya tomamos té donde la Loreto.

Y añadió dirigiéndose á Juana:

—Vaya con la Filomena á que le muestre su cuarto; si le falta algo, avísele no más.

La Filomena caminaba delante con la palmatoria y así llegaron al segundo patio.

Esta es la pieza para alojados—dijo abriendo una puerta. Y levantando la vela iluminó el techó.—Es bien ventilada y alegre. ¡No tenga miedo! La casa es segura y yo duermo al frente, más allá de la cocina.

Aunque ya cumpliera su comisión, la sirvienta, joven aún y buena moza, se quedó un rato, como si olvidara algo. Su curiosidad se hacía rastras para salir.

—¿Usted es la señorita que viene á coser?

Juana respondió que sí.

—¿Seguro que se viene por algún tiempo?

—No se. Hasta que vuelva mi tía.

—¿Quién es su tía?

—Misiá Loreto Garrido.

—¡Ah! ¿Misiá Loretito? ¡Si he ido á su casa á llevar recados! ya me acuerdo de usted también. ¿Y dónde está su tía, ahora?

—Fué á Valparaiso á veranear.

Ya había averiguado todo lo que quería y ahora no hallaba como irse.

—Que pase muy buena noche, pues—dijo al último.—La puerta no tiene llave, pero le baja el pestillo y queda bien firme.

Y se fué, dejando sobre el velador la palanoria que trajo.

Juana miró el techo limpio, el suelo entablado, el papel á flores azules, la cómoda con cubierta de mármol y el catre de perillas bronceadas, entrando en posesión de todo. El dormitorio era muy risueño. Interiormente comparóle con aquel cuarto grande, blanqueado y con ladrillos rojizos, que era el suyo en casa de la tía Loreto.

—¿Creerá que le he tomado simpatía, á pesar de lo pelado que es?—pensó cual si se dirigiese á alguien. — ¡Lo qué es la costumbre!

Y no se daba cuenta que si le tenía cariño á aquella pieza con sus ladrillos rojizos y sus paredes tan blancas que daban frío, era por que ahí abrigó sus primeros ensueños.

## X

Al costado derecho de la Plaza de Yungay, en una casa con gran fondo que hoy han dividido en dos, habitaba desde seis años la familia Caracuel López, perteneciendo, merced á su ancha posición, á lo mejorcito de aquel barrio que, por sus costumbres y su independendencia federalista, constituye un pueblo aparte en la vida de la capital. Don Absalón ocupaba un alto puesto en la Sección Extranjera del Correo,—ganga con que, el 91, recompensaban los *Opositores* la ad-

hesión de esos empleados que traicionaron á Balmaceda, husmeando su caída,—y ya una vez el Directorio de la Comuna quiso apoyarlo para que presentase su candidatura á municipal; confianza respetuosa que agradeció á sus convecinos, pero que modestamente negóse á aceptar, ya que, á despecho de su popularidad, le demandaría desembolsos, pues ni los votos se dan por patriotismo, ni los electores autónomos tendrán fuerzas para llegar hasta las urnas si no van lastreados con cerveza y *sandwichs*.

Misiá Pepa vivía de las pequeñas intrigas y comadreo que enemistan á las diversas familias del barrio. Algunas afirman sus pergaminos en que el cura las visita. Otras, (tales como las Rodríguez Verdugo), son relegadas injustamente al *medio pelo*, solo porque las niñas no tienen sino dos vestidos que lucir en las retretas del Sábado; y como son casi gemelas, se turnan, llevando una noche el traje rosado la mayor y la menor el celeste, y á la semana venidera la mayor el celeste y la menor el rosado; esto es querer mistificar á los honrados vecinos, y por esa única causa, las niñas Rodríguez Verdugo son miradas en menos y tenidas entre-ojos por la verdadera *high life* yungayina.

Martita Caracuel y López, el orgullo de la familia, á pesar de sus dengues y sus desprecios, tuvo fama de *polola* entre los elegantes de la localidad, y no fueron pocos los ramos de claveles y los pellizcos, (sistema amoroso cuya propiedad exclusiva pertenece al barrio) que

recibió de distintos adoradores en su no muy breve soltería. La niña rabiaba por casarse, y cuando pescó á Arturo Velásquez, un calavera que pasábase jugando en el «*Casino Yungay*» (porque Yungay tiene su casino como toda metrópoli, donde se vende cerveza doble, limonada al natural y dulces chilenos petrificados) no quiso soltarlo á pesar de los consejos de su papá. Apoyada por su madre, de la cual hacía cera y pabilo, encaprichóse hasta creerse enamoradísima; se dejó de frescuras, y, todos los sábados, los concurrentes á la retreta, gozaron el sabroso espectáculo de ver pasearse á la desdeñosa aristócrata, sin quitar la vista de su futuro, materialmente enganchada á sus verdes ojos.

Esas retretas presentan un aspecto provinciano para los verdaderos santiaguenses que, de puro ociosos y aburridos, suelen emigrar á esa aldea salvaje, desde la capital propiamente dicha, que ellos circunscriben en dos cuadras á la redonda de los portales y la Plaza Independencia; pero, en realidad, son encantadoras.

Cualquier extranjero al barrio, se hace notar por su desembarazo de maneras y su sencillo vestir, al lado de la afectación cursi de la *jeunesse dorée* yungayina; y en cuanto á las infelices señoras que, ignorantes de las costumbres bárbaras de aquellas gentes, tuvieran la desgracia de ir con sombrero á la Plaza, serían, sin escapatoria, objetos de irrisión y escándalo. ¿Por qué? ... Solo por que las na-

turales de allí, se pasean á cabeza descubierta, indiferentemente con «chasquilla» ó con «moño japonés», como pudieran hacerlo por la vereda de su casa.

Las colas de los vestidos que levantan densas polváredas, unidas al escaso alumbrado, dan un aspecto peculiar á esa concurrencia, quien, siguiendo sabe Dios qué misteriosa moda, llena un solo costado del paseo. El rumbo del gran mundo yungayino, es esa cuadra única: arriba y abajo, abajo y arriba. Y, mientras la charanga militar ejecuta «*En un tiempo feliz. . .*» ó bien «*Olas que al llegar. . .*» oprimiendo con sus notas quejumbrosas el romántico corazón de esas «Julietas» rurales, los otros tres costados permanecen desiertos en absoluto, propicios al amor libre de la mesocracia y sobre todo de los plebeyos.

Los *dandys* hacen calle á las damas, parados en fila; y, dándose aire en el estío con sus abaniquitos «*Murray y Lanman*» ó «*Emulsión Scott*», las dirigen un repertorio de galanterías arrebatadoras:— «Dios la guarde»— «¡Qué requetebonita!»— «¡Ninfa!»— ú otras de un orden semi-gastronómico:— «Me la comería»— «Calme mi sed de amor»— «¡Qué dulces son sus ojos!»— Ellas sonrien, los bajan ruborosas, mirándose la punta del nó muy pequeño pié, y, á la vuelta, vuelta á empezar.

Mariquita Caracuel se volvía loca por esas sabatinas. Como estudió en el luminoso ejemplo de su hermana primojénita y como sus dignos pro-

genitores la consentían, (ignorando la causa que tuviesen para ello), llegó á figurarse que lo natural era que las chiquillas ocuparan su vida pololeando; y, difícilmente, á su edad, podría encontrarse una chiquilla más *chinchosa* y más *templada*. En el Liceo Amunátegui, sucedían reyertas diarias por ella, verdaderos torneos en que muchos y esforzados amadores, trataban de asegurarse, á moquete limpio, la preferencia en el corazón de su *prenda*.

La fama de sus hermanas prestaba cierto prestigio á Daniel, quien igualmente, con su apellido, su primer año de leyes, sus veinte de edad, su prólogo de bigote, y la suerte loca que gozaba entre las sirvientes de mano, hacía suspirar en lo más íntimo á muchas señoritas solteras.

Todos los jóvenes notables del distrito, eran amigos suyos; rodeábanlo, agasajándole, para contagiarse de su buena estrella, y cuando desfilaba triunfalmente escoltado por Joaquín Rodríguez Verdugo, (*amateur* de poeta que algunos de sus compañeros consideran como la más frondosa esperanza de América); y Desiderio Botarro «A de Botar» (nuestro decadente conterráneo que parece, por su melena, hijo putativo de Becquer, y á quien dedicó Rodríguez en «*Pñolas y Cuartillas*», periódico doméstico, un soneto, llamándole «Intelectual Poeta») semejaría á poco fantasear, un príncipe florentino, rodeado por su corte de vates. Hasta la Cruz, dueño de la cantina, aventurose más de una

vez, al extremo de abrirle cuentas por dos pesos máximo, crédito que sólo obtenían los mayoraños de familias muy relacionadas.

Esto y aquello y lo de más allá, le dieron á nuestro héroe, un aplomo y un atrevimiento, singulares á sus años.

\*  
\* \*

El Domingo sí es alegre en Yungay, con un sano regocijo de villorrio en descanso.

A la puerta de las casas se vé á los chiquitines, vestidos del concho del baul; los grandes lazos de sus corbatas, tornasolan á la luz, semejando alas de picaflor, y sus bastoncitos golpean impacientes, apurando á las mamás que despues de haberlos trajeado, se arrelingan y emperifollan de carrera.

Una procesion de mujeres, vestidas de luto, cubiertas por el «velo de monja», no tarda en invadir las calles. Parecen así, vistas por conjunto, órdenes de religiosas caminando á sus oficios; todas llevan grandes rosarios que golpean al andar, como las cadenillas ciliciarias.

En la parroquia, despues que repicaron la tercera *seña*, empiezan á *dejar*.

San Saturnino con sus muros de ladrillo al descubierto y su gradería de marmol blanco, semeja un antiguo castillo; y la idea se completa ya que pudiera ser su parque esa plaza, tan naturaleza, tan fresca, tan verde, ¡tan encantadora... á pesar de su ridículo tabladillo, de su

grotesco pedestal al «Roto», de su *boj* despa-rejo, de sus árboles á la buena de Dios... ó talvez por ello mismo!

La gente llena los sofás: hombres graves y muchachos festivos, revisando diarios con el cigarro en la boca, establecen allí su salón de lectura y su *fumoir*, en tanto que los vendedores de periódicos apuestan carreras. Cubriendo el acantilado de la iglesia están los santeros con sus imágenes y escapularios. Frente, en el medio de la calle, los rifadores de barquillos y sus cambuchos cilíndricos pintados de rojo; los dulceros con sus delantales blancos, sus manteles blancos, y sus plumeritos papel-volantín: ahí, á sus pocillos de loza, convertidos en cajas de fondos, van á parar los ahorros que reúne en una semana el colegial; y, con un fúnebre sonido de despedida, caen los *quintos* dados por el abuelito como un premio á la contracción en la escuela, á la buena conducta en la casa.

Pronto se entra al templo, claro y alegre en la esbelta elegancia de su estilo gótico; iluminado radiosamente por altas ventanas ojivales con vidrieras policromas que durante la noche, al fulgor taciturno de los lampadarios, tan pronto se incendian rojizamente sobre las calles oscuras, como apáganse en vaguedades de violeta cual si encerrasen el misterio de una leyenda medioeval. Allí sobre los cristales emplomados, se transparentan en pintura los apóstoles coloradotes y las vírgenes anémicas, sosteniendo enormes báculos ó pequeñas palmas de martirio;

sirve de pedestal á la desproporcionada figura un edificio de muñecas liliputienses, que, por su atrio y su media naranja debe ser, cuando menos, la basílica de San Pedro, complemento invariable de cualquier *vitreaux* eclesiástico.

Presidiendo la nave grande de San Saturnino brilla el altar con la hermosa torre plateada de su tabernáculo, y, á ambos costados, el del *Señor de la Buena Esperanza* y el del patrón del curato, desnudo hasta medio cuerpo, inhumano de moretones y cardenales con una inmensa aureola que simula el armazon de un paraguas. La misa empieza. Los fieles, de rodillas ante las hileras de bancas, ya oran . . . ya finjen orar. Apoyado en las columnas abigarradas, llenas de arabescos, domina uno que otro jóven que mira un confesionario, ó más allá aún, dónde debe hincarse una penitenta jovencita, quien por encima del «Manual,» le atisbará amorosamente, atendiendo más al corte de su *jaquet* que á las ceremonias y latinazgos del sacerdote. Afuera, cerca de la pila del agua bendita, están los tipos, los que hincan una rodilla en el pañuelito perfumado, los que cuidan de remangar el pantalon para que se luzca el calcetín de seda negra y filete rojo. Ellos cuchichean siempre, burlándose del huaso que con su poncho tricolor, amen de su pañuelo de hierbas en la cabeza; se golpea el pecho á puñadas, grita sus oraciones. Sus:— *¡mairé de Dió!*—les hace reir; como ríen del remedon que cumple aquello de: «En casa de herrero, cuchillo de palo,» con mostrar la

planta del pié por los ventiladores de la suela; pero ¡pueden bromearse cuánto quieran! ámbos no reparan en ello, pues que rezan sencillamente, con fervor injénuo. Mientras tanto, junto al baptismerio, las damas murmuran de un reclinatorio al otro su obligada *péla* á fulano ó zutana, volando las vocesillas finjidas, como flechas ponzoñosas escapadas del divino arco de los labios: y en el silente misticismo del santuario bañado en inhalaciones de incienso—un perfume mareante que adormeciendo transporta á singulares éxtasis—tienen extraño eco sus pequeñas carcajadas diabólicas, contenidas por el encaje del pañuelo. Sin embargo, como acaban de cambiar el misal al lado del evangelio, hombres y mujeres se ponen de pié para no incurrir en desgracia con el señor cura.

Resoplando á toda la orquestación de sus registros, en el harmonium se suceden variadas meditaciones religiosas que deben ser muy tristes, pero que acá cosquillean las piernas cogiendo un zandunguero tiempo de polka, para probar que nada guarda seriedad en la risueña atmósfera de esta parroquia. ¡Bien quisieran algunos reconcentrarse, mas allí todo bulle, desde el rayo de sol que traspasa las vidrieras, y donde valsan grimillones de microbios irreverentes, hasta el grito de los suplementeros que anuncian en la plaza *La Ley*, precisamente por estar escomulgada, y el *¡ti-rrri-rrin!* de las monedas al caer en el platillo de cristal que pasea por las tres naves, el auriga del señor cura, conver-

tido los domingos en limosnero... ¡Pobre Eleodoro! relavado, con el pelo relumbroso de aceite, transciende, no obstante, á heno y bandolina, á guano y agua florida.

Aguarda la repartición del pan divino y no se separa del comulgatorio, la vieja fanática, besucón de suelos, enemiga de *judíos* que solo doblen una rodilla en los momentos de *alzar*. Mas allá sigue el viejecito meticuloso, preocupado de sacudir el pantalón después de hincarse; la costurera endomingada; el tosedor infatigable, el bobo cuyos ojos vagan de la cúpula tachonada de estrellitas negras como arañas, al piso, del altar á la puerta, convertida al abrirse, en un boquete de claridad; la madre que entre oración y oración, dá—para obligarla á atender—pellizcos subrepticios á su chica distraída;—la guagua, chupa y chupa alfeñiques, sentadita en una punta de la alfombra; el galopin mañoso, entreteniéndose en clavarle alfileres á las beatas y apabullar sombreros; luego, el soldado de guantes blancos; el ricachón, pródigo en protectores saludos á derecha é izquierda; el trasnochador que cabecea; el borracho, alegrado con la *mona*, fiel compañera hasta el Martes... y desde allí hasta el Sábado; el observador indiferente... ¡En fin, toda esa anónima y heterogénea multitud, reunida ahí por la fuerza de la tradición, para rezar piadosa por sus necesidades, ó burlarse de la fe de los demás!

La misa ha concluído. Muchos se apresuran

á salir porque el párroco sermonea de lo lindo á su grey. La gente arremolínase. Los niños comprán dulces, las devotas ramos de flores para cualquier *manda*. Frente á los canarios agoreros, rodeando al español que grita:— «¡A la suerte sacada por los pajaritos! ¡un cinco, sólo un cinco!»—los feligreses se codean, empujan, por ver al avecilla salir de la jaula y escarbar con el pico entre los boletos, para extraer uno que recibe con mano temblorosa quien consulta al oráculo.

Ahí está la mujer del pueblo asegurando que aquellas profesías se cumplen al pié de la letra.

—Vea no más: antes de casarme saqué la ventura seis veces, faltó una para el planeta; todas decían lo mismo: «Harás vida un año con tu marido, te dejará con familia, por una comadre traicionera, pero volverá al cabo de mucho tiempo.» Y me ha salido ciertito—concluye la infeliz, ingénuamente complacida.

¡Ah! nuestro pueblo! ¡Como palidece una muchacha silabeando la tarjetita azul que le escogió el canario!

*«Tu amante te engaña. Te casarás... ¡para Mayo!»*

.....  
 Fué en este barrio, en aquella casa, entre tal familia que iba á pasar Juana los dos ó tres meses, mientras durase el veraneo de misiá Loreto. Después volvería la antigua existencia, los quehaceres diarios, los rezongos de la Socorro, la misa mayor... y sobre todo, volvería á verle

á *él*; muy de tarde en tarde, pero á *verlo*, siquiera alguna vez.

¡Tres meses, son tan cortos!

## XI

Al otro día, durante la hora del almuerzo, conoció á la demás gente de casa. La habían hecho sentarse en la mesa de la familia, y acostumbrada á comer en la cocina con ña Socorro, se halló confusa, sintiendo fija en sus menores movimientos la observación de todos los comensales, particularmente de la señorita Desdén, que, educada en las monjas francesas, hacía gala de maneras distinguidas, de tiesa finura. Hasta don Absalón alcanzaba la despótica influencia de esta y el excelente señor que, con esa bonhomía de los hombres gordos, gustara de comer mucho, pedir las cosas á gritos, ó chancarse con la servidumbre, conteníase en lo posible, soltando, como revancha, picantes alusiones á beatas y frailes, con el solo propósito de incomodar á misiá Pepa, un alma de Dios, que, siendo buena cristiana, era incapaz de levantarle á nadie el gallo. Solo llegaba á agitarse por interrumpir á Daniel las equívocas historietas que el muchacho refería en pleno comedor, haciendo alarde de que se le daba un pito la pulcritud de su hermana: bastábale con divertirse él y hacer reir á su padre y sobretodo á Mariquita, que se despepitaba por estas cosas y por todas las chanzas. Así, en

este almuerzo, puso en aprietos á Juana, haciéndole morisquetas mientras la vió agachada sobre el plato.

Levantados los manteles, don Absalón marchóse á su oficina y misiá Pepa con Juana se pusieron á coser bajo el corredor que daba frente al segundo patio: una huerta hermosa, con muchos árboles, y un largo parrón formando bóveda sobre los tigeriales, sostenidos de trecho en trecho por pilastras verdes, en las que se apoyaban los retorcidos sarmientos.

Hasta ahí se sentían las melancólicas declinaciones de Czerni que Marta, eximia pianista de salón, repasábase diariamente para mantener la agilidad de los dedos. Desde el comedor, donde Daniel quedó en estudio, con los codos encima de la mesa, se escapaba un murmullo monótono: términos forenses, artículos de código . . . y á cada rato, un bostezo cromático, traicionando la invencible pereza del futuro abogado.

—¡Pobre Daniel!—exclamó compadecida misiá Pepa—ha salido mal en dos exámenes y tiene que matarse durante las vacaciones si quiere repetirlos en Marzo.

Juana cosía, con la cabeza baja; su prolija aguja daba puntadas pequeñas en la blanca batista de una camisa inconclusa. La resolana prestábale deslumbramiento de nieve al blanco género que proyectaba reflejos contra el rostro, y, amodorrándose por esos ruidos distantes, por el zumbido sordo que se levanta de las ar-

boledas en la hora de la siesta, tenía que hacer esfuerzos para no dejarse rendir por el sueño.

En una de esas se le cerraron los ojos saludando con un lánguido cabeceo; bruscamente levantó la cabeza, temerosa que lo hubiese notado la señora, pero advirtiéndose que la buena mujer dormía con el dedal pronto á salir al encuentro de la aguja; su cabeza se recostaba en el respaldo del escaño, y un tranquilo ronquido salía por su boca entreabierta.

Dejó de respuntar un encaje en el escote de la camisa para prestarle atención al concierto de los pájaros. El viento inclinando de pronto todos los árboles, producía un rumor de sedas arrugadas y le azotaban la cara bruscas ráfagas de perfumes distintos, arrebatados talvez de los jazmineros ó de los rosales en botón.

Aquello era como estar en el campo, se sintió dichosa, rodeada por la naturaleza, adormecida por el sol ardoroso, hora de ensueño y de fantaseos, unido el presente á los recuerdos; parecióle vivir por vez primera, desde la muerte de su madre. Rememoraba los paseos á la Quinta Normal, el día Domingo; el acuario frío y oscuro; las jaulas de los monos; el museo con su olor pesado á disección y embalsamamiento; las grandes avenidas de acacias en flor; la laguna, sus muelles como de juguete; los severos cuadros del Salón de Pinturas; todo así, confusamente, muy lejos, muy hermoso por la distancia misma. Siempre la habían seducido los

paisajes campestres, la calma de las soledades donde el hombre calla y habla Dios por boca de los pajaritos, del susurro de las hojas, del deslizamiento de las aguas, el perfume de las flores. Cuando soñaba en un porvenir feliz, no lo comprendía sin todas esas cosas y jamás deseó existencias intranquilas ó ruidosas llegando hasta dormirse en el teatro toda vez que su madre la llevara, hasta no gustar de las novelas ó las fantasías inverosímiles, porque amaba mucho más la verdad, el silencio el retiro que son verdades también; contenta en el fondo de la vieja catedral obscura donde la luz se tamiza, el órgano arrulla y embriaga la atmósfera de humedad é incienso desprendida de sus altas bóvedas. Contenta en presencia de la naturaleza esplendente, sin ambicionar más que el poquito de dicha que hasta entonces, le había sido negado.

¡Cuánto agradecen los tristes un minuto en que sus almas se desprendan del peso que las agobia! Juana era feliz, y conociendo por experiencia el doble valor de las cosas que se han ido, pensaba, como siempre al sentir una belleza, que su mezquino *secretet* de recuerdos agradables vino á enriquecerse con uno más.

¡Cuán bueno sería, pasando los años, cuando talvez la azotasen todas las rachas del infortunio, rememorar este breve paréntesis de descanso!

¡Oh! ¡El hombre no podrá conceptuarse infeliz por completo, mientras conserve una flor

seca, un retrato, una carta amarillenta. . . mientras no pierda la memoria.



Así pasó la tarde, no variándose sino en la hora de onces que sirvieron fruta, ó en unas rápidas visitas que le hacía Mariquita, quien entreteníase en la ventana del salón, mirando hácia la plaza. Un rato que se fué misiá Pepa porque la necesitaba la cocinera, Juana estuvo sola,

Daniel dejando su estudio, atravesó el patio con sombrero puesto.

—¡Mamá: voy á casa de mi padrino!

Y la voz de misiá Pepa, que discutía en la cocina con la Dorotea:

—No te atrases porque vamos á comer temprano.

Daniel volvió á pasar y se detuvo delante de Juana, observando lo que hacía:

—¿Son camisas para la señorona novia?—dijo en son de chacota. Y cual si entendiese en géneros, tomaba entre sus dedos la batista la volvía del revés, para mirar el tejido.

Juana se puso colorada á la proximidad del joven. Por dos veces el pié de él rozó el suyo, en una de las bruscas inclinaciones que hacia. Disculpóse Daniel cortesmente y le dijo una lisonja:

—¡Caramba! ¡qué buenos ojos, que dedos tan primorosos tiene usted para poder dar con tanto arte esas puntaditas minúsculas!

Sonrióse ella ante el halagador asombro de Daniel, y contestó cualquier cosa:

—Esto no precisa mas que costumbre, señor.

—¿Entonces, si yo me pusiera á coser, podría licenciarme tambien de artista costurero? . . .

No pudo dejar de reir por la ocurrencia del estudiante, él la miraba con ojos ávidos, excitado por esas pupilas azules y ese aire virginal de la costurera.

—Ya la estás haciendo perder tiempo—reprendió misiá Pepa, acercándose.—Si quieres volver á hora de comida, ándate luego dónde Daniel; salúdalo á él, la Aurora y no te olvides de decirles que se vengán á comer el otro mártes. ¡Talvez ni se acuerden que hay fiesta en la Plaza por el 20 de Enero! . . .

—¡Victoria de Yungay!—señaló Daniel.

Hasta lejos se le oyó tararear á media voz:

—«¡Cantemos la gloria  
Del triunfo marcial  
Que el pueblo chileno  
Obtuvo en Yungay!» . . . .

—¡Es mucho niño este!—dijo misiá Pepa, sentándose otra vez en la banca—¡cuándo dejará la travesura á un lado! Allá, en casa de Daniel, mi hermano, hace zambardos los vuelve turumba á todos cada vez que llega!

Por decir algo, Juana preguntó:

—¡Ah! ¿tiene hermano usted señora?

—Sí, como nó; un hombre como no se en-

contrará otro. Es padrino de Danielito y por él le pusimos el mismo nombre.

Parece que esto le trajo á la memoria cosas desagradables, se vió obligada á contarle á alguien sus disgustos para calmarse. Era desgracia que su hermano, teniendo carrera, se hubiese casado con una infeliz . . . Ella sería muy señorita, pero tan pobre, pues! . . . ¡Un ingeniero bien puede hacer un matrimonio mejor!

Entonces refirió á Juana la novela singular de ese hombre tan bueno, tan indulgente para los demás, con un corazón á tal extremo bondadoso, que se había casado porque esa niña no sufriera. El, siendo muchacho, estuvo de novio con otra, quien, cuando ya finalizaba sus estudios de ingeniero, se casó con cierto doctor. Sabiéndose, pues, por experiencia lo que se sufre al no ser correspondido, cómo queda destrózada para siempre una vida, sintió lástima por Aurora. Adivinando que lo amaba, le hizo creer también en su amor y su sacrificio no se detuvo hasta llevarla al altar.

—¡Y ni siquiera es feliz!—añadió misiá Pepa, limpiándose una lágrima—le ha salido caprichosa la mujercita; pero se le ha borrado un poco la tristeza que le quedó desde su engaño; aunque ¡quién sabe! ¡quién sabe si la oculta para que no padezca ella! . . . ¡Daniel es capaz de todo! . . .

Juana había interrumpido su costura, con la cabeza sobre la palma de la mano, miraba á lo léjos, pensando en ese hombre admirable.

á quien los sufrimientos, en vez de envenenarle el corazón cómo sucede, se lo llenaron de una inagotable piedad para con sus semejantes.

\*  
\*  
\*

Anocheciendo ya, vino la Socorro á traerle ropa: misiá Loreto se había ido en el expreso con el ahijado y . . .

—¿Fué él mismo á buscarla?—interrumpióle Juana.

—Sí, de madrugada; entró hasta adentro para ayudarme á amarrar el baúl; preguntó si me quedaba sóla, no sabía nadita que usted se había venido . . .

Juana quedó absorta, mirando un árbol que doraba á fuego el sol poniente; después echóse atrás con languidez el cadejo rubio que le caía obstinadamente sobre los ojos, y muy bajito, formuló aquella pregunta que tanto debía hacer reir á la Socorro:

—¿Mi compadre castaño, está bueno?

—¡Buenazo! Si quiere le llevo memorias de la comadrita . . .

—Bueno, ña Socorro—dijo gravemente la muchacha.

Y le precisó volver la cabeza ántes que cayese una lágrima que temblaba en sus pestañas.

## XII

Los dias prosiguieron pasando, todos iguales, aparentemente. Por la mañana, entre tanto que don Absalón se iba al Correo y los demás dor-

mían aún, misiá Pepa y Juana, aprovechando *la fresca*, sentábanse á coser debajo del parrón. En la tarde, cuando seguía la niña su costura en el corredor, apenas se paraba misiá Pepa, ó si había ido con la Marta al *centro*, veíase obligada á escuchar las locas confidencias de Mariquita, que, en una inmediata confianza, la hizo depositaria de sus secretos amorosos, de sus exaltaciones pasionales, en términos tan retumbantes que la confidenta, un poco cándida, en vez de reirse, miraba casi con susto á esa Eloísa de catorce años, cuyo Abelardo era actualmente un cadete de la Escuela Militar, por quien suspiraba frases melodramáticas, de una variedad inagotable, y de una fraseología única.

—¡Me muero por él! ¡Es mi existencia! ¡Lo idolatro más que al cielo! ¡No hay hombre que se le compare! ¡En mi vida sufriré tanto!—Todo por el cadete, que bien demostraba hallarse de asueto con aquella constancia al estar sentado el día entero en un banco, haciendo centinela frente á la casa, á veces al rayo del sol, sin más estímulo que las asomadas de su Eloísa y los papelitos que le mandara con la Filomena, en los cuales dábale irrealizables citas nocturnas ó le proponía novelescos raptos: Escalas de cuerdas. . . Tres piedrecitas contra el cristal. . . Corceles piafadores. . . Fuga á través de la noche. . . ¡Un capítulo del Tenorio, extractado con mala ortografía en un pliego de papel-esquila!

Cuando la chiquilla marchaba para hacerle

visajes al Abelardo, que por su empeño en rechazar esas caballerescas combinaciones; parecía algo pusilánime y villano, era Daniel el que venía á sentarse cerca de Juana. Aparentando estudios, no hacía otra cosa que observarla; y mientras ella, toda nerviosa, se pinchaba á cada rato los dedos con la aguja, el futuro doctor en derecho le repetía por décima vez que su presencia vino á iluminar esa casa estúpida, donde antes él no paraba, pero que hoy era su paraíso, su mundo.

Juana no respondía palabra, esperando pacientemente que volviese misiá Pepa, ya que su presencia tenía el don de ahuyentar aquel pololo que llegó á hacerse insoportable, zumbándole constantemente á la oreja.

En el comedor el joven era más osado, y mientras supersticiosamente interpretaba de un modo picaresco cualquier sueño de Mariquita, ó refería un epigrama malicioso, por debajo de la mesa, sus piés se alargaban con deslizamientos de reptil, hasta cojer entre ellos una pierna de Juana. La niña solía mirarlo á los ojos, furiosa de su conducta; pero era tan hipócritamente candoroso el semblante del bribón, que despues de sorprenderse por tanto disimulo, le daban á ella tambien, ganas de reírse á carcajadas.

Hasta aquí la cosa no habría pasado de una seducción de colegial, con sus ribetes más ó menos pecaminosos; pero lo que la hizo comprender que empezaba á ser peligrosa su per-

manencia allí, aunque no sospechase qué peligros corría, fué la conducta de don Absalón, de aquel gordo feliz, que al entrar al comedor por la mañana, hablaba del baño de lluvia que se había dado, escuchando atento la conversación de misiá Pepa sobre las piezas de ropa concluidas esa mañana. Nadie hubiese sospechado ante su campechanía que desde mucho tiempo acorralaba á la muchacha con una perversa persecución, soplándole al oído cosas abominables; acechándola sus abrazos á la salida de las puertas, en la obscuridad de los pasadizos, siempre que hallara ocasión para oprimirla brutalmente contra la pared, sin que abandonase ni siquiera en la mesa su constante asedio.

En un principio Juana tembló ante la posibilidad de que misiá Pepa sorprendiese los vistazos quemantes que le daba su marido; pero al último se le hizo tan insoportable el peso de esos ojos que recorrían su cuerpo, haciéndole enrojecer la frente de vergüenza, que casi deseó la catástrofe: experimentaba ya una verdadera desazón física, le parecía quedar desnuda bajo esa mirada cínica.

Comprendió que, puesto que ninguna circunstancia amedrenta á un hombre así, no le quedaría otro medio para librarse, sinó prevenir á misiá Pepa; más, tomada ya la resolución, hubo de arrepentirse en el acto, calculando cuerda-mente que, al provocar un conflicto, ella, sin refugio en Santiago, sería de esas víctimas inevitables que: se disguste el patrón ó la patrona,

siempre quedan como entre las dos cuchillas de una tiguera.

El único remedio es aguantarse los tres meses, pidiéndole á Dios y á su madre que la protejan, porque si esto ocurre á la semana de su estadia en la casa ¡qué será después!

Sin embargo, su decisión la reservaba para amedrentarle siquiera, en un caso extremo que pronto llegó, pues el sitio proseguía en toda regla. Armóse entonces de valor desesperado y le dijo clarito que la dejara tranquila, ó esa tarde misma se lo contaba todo á misiá Pepa; pero contra su creencia, el buen hombre rió á morir y por demostrar cuanto temía su amenaza, esa misma tarde, á espaldas de la señora, dióle un agarrón en los pechos, tan repentino y tan salvaje que no pudo contener un grito doloroso.

Misiá Pepa se volvió bruscamente y mientras parecía llegado el desenlace de ese drama que se tramaba en la sombra, la cristiana matrona, se armó de una resignación evangélica.

—¡Ya está Caracuel con sus pesadeces! Ni una sílaba más. Y cuando él se fué con la sonrisa mala y burlesca de quien conoce las uvas de su majuelo, hasta trató de hacer frívola la cuestión:—¡Era tan cargoso con aquellas bromas que acostumbraba! Juana no debiese consentirle ninguna; hasta haría bien en enojarse si le hiciera algo . . .

La joven quedó atónita por esa indiferencia de misiá Pepa, que ella juzgaba confianza ciega en el marido ó exceso de bondad natural.

¡Consentía tantas cosas misiá Pepa; soliendo

hasta dormirse todas las noches, con una facilidad pasmosa, á la hora que Velásquez cuchicheaba con su novia en el salón á obscuras, sin más luz que el resplandor de los faroles entrándose por las ventanas abiertas; mientras que en la puerta de calle, Mariquita y su cadete, protegidos por las sirvientas, pelaban la pava de lo lindo pára escándalo del vecindario!

Si las comadres murmuraban algo por su manga ancha ¡qué hacerle, pues!—¡más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena!—¡No era cuestión de ponerse á enseñarle á Marta... —quien de todos modos no consentía observaciones, pues bien sabe su deber una niña educada por las monjas francesas en la más estricta moralidad—ni de contrariar á Mariquita en sus travesuras, siendo que la pobre tenía la vida en un pelo!

Juana tuvo que comprender que no le quedaba más amparo que ella misma, debiendo vivir perpétuamente sobre aviso. De noche su terror la mantenía en vela, con el oído puesto á los rumores de la casa. Una vez, bien tarde, hasta distinguió los pasos del patrón que se acercaban á su pieza; más, atravesaron el patio, abrióse una puerta... y ella creyó escuchar su voz media ronca cuchicheando con la Filomena, que dormía al lado de la cocina.

Era despues de esas angustias que se inclinaba ansiosamente sobre el fondo del espejo milagroso, y aunque la tristeza de la fantasma, cuya causa supo por fin, aumentara sus presen-

timientos, permanecía horas de horas interrogando su rostro inmutable.

—Viéndola en peligro ¿por qué no la ayudaba á salvarse? . . . ¿Por qué no indicarle un camino ó iluminarla con una idea? . . .

Pero el rostro de la muerta era impasible; sólo sus ojos negros expresaban el dolor de una desgracia inevitable, pareciendo compadecerla en sus miradas.

—¡Hija mía! . . . ¡Pobre mi Purisimita!

### XIII

«A las 8<sup>1</sup>/<sub>2</sub> grandes fiestas en Yungay. Iluminación veneciana. Fuegos de artificio por el piro-técnico chileno don Higinio Morales. Festival de las bandas. Fondas y otras diversiones» anuncian los periódicos del 20 de Enero; pero lo que se calla el programa oficial, es que esa noche los Caracuel echarán la casa por la ventana, en obsequio de sus amistades y que éstas bien pueden olvidarse de los farolitos y los cohetes, de don Higinio Morales y la retreta, de las cuecas y demás distracciones, pero no del banquetito.

—¡Tanto que cuesta armar una comilona y en tan poco rato que se la tragan!—Esta reflexión filosófica que por su pesimismo parece de Schopenhauer ó Nietszche, pertenece sin embargo á doña Pepa, quien hubiera podido aplicarle al mismo asunto la redondilla del *Tenorio*:

Un día para adorarlas,  
Otro para conseguir las,  
Dos para sustituirlas  
*Y una hora para olvidarlas.*

¿Hay algo que menos cueste olvidar que una comida comida? No obstante, desde tiempo atrás vienen los conciliábulos de la patrona con ña Doro-tea; la casa entera se agita, el plan de batalla ocupa varios días, cuando el combate durará escasamente dos horas. Porque mientras mejor dispuesto esté aquél, más pronto se resuelve éste.

Y no se crea que es moco de pavo eso de disponer manjares y seleccionar licores, lo que si pudo ocurrir en la época de la humita en olla, la sopa de jigotes y el cosmopolita hervido, no se repite durante el siglo de la tortilla soufflet y la electricidad, en el cual marchan unidas las exigencias de los estómagos con los demás ramos de la civilización humana. ¡Oh, bien lejos está aquella época primitiva! Y ni la cristalería baccarat se hizo para el chacolí Fernandino, causa del pecado de Noé, ó la baya lagrimilla de San Felipe que tanto encareció Pío II con su famosa encíclica *Lacrimillæ Christus Phelipporum*, ni merece menos el *Chateaubriand* jugoso y ese artístico *vol-au-vent*, que unas cuantas botellas del tinto Concha y Toro, del Urmeneta legítimo, del Echeñique, el Correa, ó el Pereira. En fin, de todas esas marcas que suenan bien por venir de nobles abolengos, de lo cual se desprende que en Chile no debe beberse otro vino que el

que tenga un nombre aristócrata y no debe considerarse de la aristocracia, sino á quienes llevan algún nombre de vino, pues aquí el «dime con quien andas y te diré quien eres,» se transforma en *dime si tienes bodega y te digo cuanto vales.*

En nuestra República, solo hay dos castas: *viñateros* y *no viñateros*. Es decir: productores que chupan la sangre del pueblo que bebe sus vinos, y consumidores populares que beben el vino de los que chupan su sangre. Ambas se odian á muerte. El socialismo, antes de mirar los palacios, mira á los lagares, y las primeras víctimas de un posible trastorno social, serían las botellas, cuyas etiquetas son verdaderos blasones heráldicos, pergaminos de nobleza en que descansan todas las más odiosas prerrogativas.

Juana había dejado su costura y ayudaba á Mariquita á poner la mesa, oyendo su charla que como una abeja zumbona iba deteniéndose en cada asiento que ocuparían los invitados, para clavarles su aguijón de veneno y burla. ¿Os escocieron las orejas, señores invitados? Es que el pelambre era para todos, aisladamente ó por parejas, y si por ejemplo usted, señor Daniel López, se libró gracias á su triple investidura de tío, de ingeniero y de víctima, en cambio, Aurorita, su señora y verdugo, la pagó á nueve; se la llamó ignorante, entrometida, pretensiosa; se dijo que en todo mete su cuchara, que no le deja hablar á usted, que lo corrige continuamente, teniéndolo en muy pobre con-

cepto y por remate salió á relucir su celosía, es decir, los inaguantables celos con que ella le ameniza la existencia,

—¿Usted es celosa, Juanita?

La muchacha se confundió, respondía á tatabillones.

—No sé . . . Nunca he . . . ¡No sé, mire!

—¡Cómo! ¿Qué no há tenido pololos?— dijo estupefacta Mariquita, blandiendo en alto un tenedor—¡no esté embromando!...

Juana sentía vergüenza de su vida monástica, se atrevió á soltar un equívoco en tono misterioso.

—Esos no faltan, ¿no es cierto?

En su risa embarazada parecían ocultarse muchas aventuras. Quedábale adentro, sin embargo, el malestar de la mentira, como si hubiese traicionado su único amor tan verdadero.

—Pues bien ¿me creerá? yo no soy celosa— declaró perentoriamente Mariquita.—¡Esa es una lesera no más, para que se rían los hombres de una!

—Aquí ¿quién se vá á sentar?

—¡Ahí?

Y salió á relucir su amigote, señor Danielito, ese Desiderio Botarros que se firma «A. de Botar.» Se habló de las rimas de «A. de Botar,» del parecido de «A. de Botar» con Becquer, de los rubores de «A. de Botar» cuando ante él se hablaba de su ilustre homónino, de la melena Becqueriana de «A. de Botar,» de . . .

—Mi mamá no puede ver su pisiutiqueria y

bien claro me dijo que pololeara con cualquiera, menos con el champudo, porque ya es mucho como se deja el pelo!

Ya no había más que decir de él. Entonces le tocó el turno al matrimonio Cottin, sólo que esta vez era el marido quien pagaba el pato . . . . ¡Sí, nadie creería al ver en la Alameda á monsieur León Cottin tomando el sol junto á su seudo mujer y á su perro, con el sosiego que da una ancianidad honrada, pudiese haber en Paris una lejitima madame Cottin, quien, en vez de un perro, tenía tres hijos, para alimentar á los cuales sufría las de San Clemente, mientras la usurpadora gastaba baños costosos contra la esterilidad, siempre con la esperanza de vencerla . . . Felizmente Dios es justo y las esperanzas mantienen pero no engordan . . . ,

—¡Las cosas qué se ven en este mundo! profería Juana escandalizada.

—Aquí la pondremos á usted.

—No, muchas gracias; no vengo á la mesa. Prefiero comer adentro.

—¿Por qué?

—Es mejor así; deje no más.

—Yo me atracaré al lado de Becquer—dijo riendo Mariquita;—es muy azul; no le habla á una más que de cosas azules; pero ¡peor es nada . . . Acá arreglamos, bien pegaditos, á la Marta con Arturo . . . . ¡Era de ponerlos á uno en cada punta de la mesa para que se les indigestase la comida! . . . ¡Aunque mejor, no!

—¿Van á ir á la plaza esta noche?

—¡Claro! ¡Cómo nó! todos vamos... ¿qué, no vá usted?

—Me voy á acostar temprano,—respondió Juana—además, de aquí lo siento todo ó puedo pararme en el pasadizo.

—Yo tengo un vestido que me he puesto una vez sola, y lo luciré bien bien... Sobre el trinche dejaremos los melones, porque hay que servirlos después de la sopa!

—¿Después de la sopa?

—Así se hace en Europa, ¡No nos vaya á pasar, eso sí, lo que á las Rodríguez Verdugo... ¡aquel convite sí que estuvo divertido!

—Ya estás pelando—interrumpió misiá Pepa, que venia á revisar el arreglo de la mesa.

—¿Qué le parece, mamá? La Juanita dice que no vá á venir al comedor. ¿No es cierto qué...?

—Déjala ¡no le gustará, pues!... No, no, flores grandes quitan la vista; hay que cortarles el tallo para que quepan en los canalcitos de cristal... ¡parece que no supieras tu, Mariquita!

—¡Da rabia, porque mi mamá nunca encuentra buenas las cosas!—rezongó ella, apenas volvió á salir misiá Pepa.—¿De qué estábamos hablando?

—Del convite de esas señoritas Verdugo, me parece.

—¡Ah, sí!

Con grandes gestos y manoteos, en tanto que quitaban los melones de la mesa, para dejarle sitio á Joaquincito Rodríguez Verdugo, Mariquita repitió, tal como se la oyera á la Pas-

cuala, esa historia que, según previno, era para perecer de la risa; y realmente, casi tuvo ella ese alegre fin, pues su hilaridad que estallaba antes de referir cada chiste, interrumpía la narración hasta hacerla interminable, dejando en ayunas á Juana que, como siempre ocurre, al principio no vió la famosa gracia del asunto.

Al cabo vino á caer en que este trataba de cierto Cornejo, abogadillo, visitante tan asídúo de las Rodríguez Verdugo, que la señora, espedita para edificarse castillos, no titubeó en señalarlo públicamente como futuro de su Demofila, olvidando aquello de «la vida es una novela de ilusiones, despedazada por cada uno con el corta-papel de la realidad» hasta tal punto que, cuando el leguleyo vino á rogarla lo librase de un aprieto, ofreciéndole una comidita á su NOVIA *llegada de Talca con la familia*, pues él no tenía casa donde recibirla, necesitó su estoicismo para soportar esas calabazas en comanditas.

Eso sí, supo sobreponerse, con anchura de corazón y conocimientos á la *dernière*, dispuso que hasta las frazadas fueran al monteimpío, en honor de la rival, á quien agasajarían con helados á los postres y despues de la sopa, melón, ya que entre calabazas y melones, hay consanguinidad lateral.

Solo que se debió prevenir á los talquinos, para evitarles la sorpresa. ¡Nunca la señora Verdugo practicó más su apellido que al servirles las rebanadas, luego del consomé, pues

sus invitados creyeron que el menú reducía a á esos dos platos. Uno dijo en voz alta que mejor *fuera* un *bisteque* y todos temieron encontrarse en una casa de orates, viendo que la comida recuperó despues de este incidente su curso natural.

Habían concluído de poner la mesa, Juana quiso aprovechar su tiempo.

—Vamos al corredor, y ahí me sigue contando mientras yo coso.

—¡Si ya no me queda casi nada!

Realmente faltaba bien poca cosa. No más que una serie ininterrumpida de chascos con aquellos talquinos que no entienden de modernismos ni finezas. Era inútil que Demofila les repartiese ramitos artificiales porque los *aloro-saban* arrugando la nariz; inútil que para hacer la ilusión de *añejo* centenario, trajeran las botellas enterradas y telarañosas, pues cada uno sacaría su servilleta para limpiarlas, espantado de un desaseo tan ostentoso; inútiles también los helados desde que los declararon por unanimidad *Salobres* . . . Pero «no anticipemos los acontecimientos.» Algo ocurrió antes, y por ese *algo*, aquel banquete, que pudo ser brillante, se vió convertido en sal y agua.

Sí, señor, sal y agua el banquete, y sal y agua el matrimonio, y todo por su culpa, señora Pascuala, y por la suya, señor Joaquincito; usted cuando cuajaba los helados, vertió la sal en el cubo en vez del bote, usted, al servirlos, vació el agua en el vestido de la suegra talquina,

no en su platillo . . . Reconstruyamos la última y trascendental escena, en la forma nerviosa y breve que emplea el estilista Fernández y González:

Se vuelcan los helados por torpeza de Joaquincito, distraído en pellizcar disimuladamente su tetilla izquierda.

La damnificada se queja de que la han *ensuciado* y confianzada, como buena talquina, llama *animal* á Joaquincito.

Cornejo, dándose las de intencionado, le refiere una anécdota sobre urbanidad, que aun viniendo al pelo, no es alusiva al acto.

La suegra se alza de su asiento.

Empieza á pasearse por el comedor á grandes pasos.

Y dice:

Que está *crujía*. (1)

Que le duele el *estógamo*.

Que le den anisado.

En realidad, todo esto lo hizo para disimular su turbación ó meditar su venganza, y fruto de ello fué que al día siguiente los prometidos se devolvieran las argollas . . . ¡Pobre señora Verdugo! Renació en su pecho la esperanza y aun espera que el jurisconsulto tome á su Demofila como esposa sustituta, mujer supe-falta, ó como «peor es ná.»

¡Todo por una tetilla!—añadió Mariquita á

---

(1) *Crujía*—Satisfecha, llena. (*Diccionario de la lengua talquina*, por Eucarpio Letelier Donoso Silva.)

guisa de moraleja.—¿No me cree? Pregúntele á mi mamá no más y le dirá que siempre la señora Verdugo cuenta que Joaquincito tiene así tan larga la izquierda de tanto tironeársela.

—¡Bueno si es mala usted! . . .—tartamudeó Juana sofocada por la risa.—¡Salgamos para afuera, será mejor!

Antes de abandonar el comedor, la otra poniéndose la mano sobre los ojos á guisa de visera, tendió á lo largo de la mesa una mirada de general esperto que revista con su catalejo la distribución de las tropas. El ala derecha y la izquierda, cubríanla los más jóvenes, libres de replegarse unos á otros; en la cabecera, se colocaría el estado mayor, quedando protegida la pasada para los ayudantes de campo.

—Creo que no se aburrirá nadie—dijo la táctica con convicción.—¿A mi mamá le gusta conversar con su hermano? Al lado se lo puse. ¿Mi tío le teme á su mujer? Los divorcié en ambos extremos. ¿Ella es coqueta? Ahí está Valdebenitos que la enamorará. A mí, si quiere, puede ponerme azul Becquer. La Marta y Arturo se entenderán. Mi papá, que es aficionado al francés, á los discursos, y á hablar mal de los curas, tiene por compañeros: Valdebenitos, choclonero radical, y musiú Cottin, quien está cerca de su mujer para que le limpie la boca, y de su perro para que le caliente los piés. Cada uno está con el vecino que más le acomoda menos Joaquincito que con su tetilla no necesita á nadie; pero si llega el teniente Lagos,

como seríamos *trece*, tendremos que hacer una mesa del pellejo. . . ¡adios Becquer entonces, porque yo prefiero á los militares!

#### XIV



Desde su pieza, donde comiera, oía Juana el ruido de los platos, las carcajadas de los comensales, el choque de las copas, el ¡schuap! de los corchos. . . ¡Toda esa orquestación exclusiva de los momentos solemnes en que se llena la tripa á satisfacción.

Dorotea y la Filomena se hicieron pocas para servir: la cocinera, atendiendo al modo de presentar los guisos, la sirvienta de mano llevándolos con grave pomposidad á ese moderno *triclinium*.

Concluída la comida oyóse una voz aislada en medio de un instantáneo silencio. Hasta el segundo patio llegaban palabras trucas. . .

. . . . . mi virgencita,  
Es tan inmenso mi. . . amor  
Que si no fueras. . . . bonita  
. . . . . postrer clamor.

Seguramente era *Becquer* que recitaría algunos dolientes versos, versos rebosantes de pasión, de amargura.

Juana miraba las estrellas, repasando sus vagas ideas religiosas. El día anterior en el

almuerzo, un caballero amigo de don Absalón, se rió grandemente de la creencia en otra vida, citando la frase de no sé quien:—*¿El más allá? sombra... silencio... más que una locura, menos que un sueño...*—Desde tal momento se preguntaba si podría no ser cierta aquella consoladora promesa...—¡Nó, nó! ¿En qué parte se prêmia, entonces, el heroismo obscuro del hermano de misiá Pepa, y en qué parte se castiga á ese viejo francés, á quien no atormenta la conciencia?

En la plaza empezó la fiesta tocando la banda un paso doble. Sentíase murmullo único y sordo, entre la detonación de las cureñas, el ¡bruhaháha! de la multitud y turbaban la serenidad del espacio, las bombas churriguerescas de los fuegos.

Ella misma ¿podía admitir que vino á este mundo solo para admirar desde el bajo suelo los astros, como otros tantos ideales definidos, hermosos, pero irremediabilmente imposibles, que jamás alcanzará ningún ser mortal, larva sujeta á la tierra? ¿Podía admitir que después de una existencia penosa, su fin fuese en un todo igual al de una perrita regalona ó un fármico gato vagabundo?... ¡Vaya! si así era la vida, no valía la pena de vivirla, y cuando molestase, con acabar de una vez y botarla al hoyo, como una muela picada, quedaba hecho todo, ya que lo demás no pasa de ser sino sombra, silencio... más que una locura, menos que un sueño.

—... Esa... victoria de Yungay... el general Bulnes... de Enero... Chile... patria...— Las palabras más golpeadas se entendían, á pesar de la voz bronca de don Absalón, poco propicia á la oratoria, sobretudo siempre que la enrronquecieran el humo de los buenos vinos y los vapores del cognac Martell.

—Ya nos vamos á ir—dijo misiá Pepa, llegando al cuarto de Juana.—¿No quiere asomarse por allá?

—Gracias, señora; saldré á la puerta un ratito antes de acostarme.

Y añadió con temblorosa voz:

—¿Las sirvientas no salen, no?

—No. Yo no me estaré mucho en la plaza tampoco; concluyendo el festival las señoras deben retirarse por la rotería y los desórdenes en las fondas. Con Daniel y las niñas nos vamos á casa de mi hermano. Caracuel nos irá á buscar allá, pues, seguro que se queda en la plaza con sus amigos.

Se oyeron voces:

—¡Mamá ¡mamáaa! ¡Venga á arreglarse, pues! ¡ya son cerca de las nueve!

—Que se diviertan harto—dijo Juana, y siguió á misiá Pepa para verlos salir, advirtiendo en el pasadizo un hombre alto, de bigote cano, á quien llamaba Daniel «padrino.» Iban también con don Absalón los dos viejos franceses: ella jamona exuberante, apetitosa aun; él con un bull-dog en los brazos, arrastrando los

piés y cubierto por un raro sombrero de seda que apabullábase sobre su cabeza patriarcal.

Juana vió además formalizarse el pololeo entre Becquer y Mariquita, que lo hacía palidecer mirándole intensamente, encantada de que su cadete pudiera celarla con ese estravagante de pelos largos.

Martita y su mamá se habían adelantado acompañándolas una joven delgada, muy elegante que debió ser la señora del ingeniero; y Juana apercibióse que Velásquez, cogiendo diestramente esta ocasión, se quedaba rezagado, buscando la manera de acercarse á ella que, tranquila por su indiferencia en ese medio mes, lo creía curado de sus pretensiones,

—Ya lo sabe princesa; no retiro mi palabra: cuando quiera ser reina, me avisa no más.

Desde la puerta los miró alejarse, muy endomingados con sus ropas de ceremonia.

Finalizaban los fuegos; se sentían los ¡huifa! ¡ája! animando la zamacueca en las carpas; el rasgueo de las guitarras acompañaba los gritos chillones de las cantoras; á la Filomena se le iba el alma por meterse en el barullo.

—¿Quiere qué vamos, misiá Juanita? . . .

—¡Qué locura, Filomena; yo me voy á acostar! ¿No se les olvide cerrar la puerta, nó?

.....

Ya estaba en la cama y había apagado la luz, cuando sintió la voz de la Filomena soprándole en la cerradura:

—Misiá Juanita . . . nosotras con ña Doro-

tea vamos á dar una vuelta; volvemos lueguitito; no tenga miedo, la puerta de calle queda cerrada, yo me llevo la llave.

Juana quiso gritar, decir que no la dejaran sola; pero sentíanse muy lejanas las pisadas, y un portazo le avisó que las sirvientas habían salido.

Entonces tuvo el arrepentimiento de no haberlas acompañado. Con los pies desnudos atravesó el cuarto para ver si estaba corrido el pestillo de su puerta; y la sacudía, tratando de convencerse que era resistente.

\*  
\* \*

—¿Se enojarán si nos pillan?..—adujo la Dorotea, por último escrúpulo, encandelillados los ojos ante el aspecto fantástico del paseo; una primavera nunca vista, en que los arboles, abrumados de farolillos chinescos, florecían en grandes flores de una magnitud y una belleza asiática, ostentando cual frutos milagrosos de un árbol de Aladino, cálices estravagantes y deslumbradores, estrellas de ocho puntas, cubiletos endemoniados, triángulos emblemáticos; semejándose cada uno de ellos á un pino de pascua, y surgiendo como á la evocación de un poderoso genio ó bajo la mágica varita de una hada, todo ese jardín encantado, con sus mil estrellas, flores y pájaros exóticos que se anidaban entre las ramas, estremecidos al viento de la noche.

—¡Báh! ¡Si el patrón mismo me dijo que po-

díamos venir un rato . . . como la casa está sóla . . .

Y despues añadió una frase de cuya intención se quedó en ayunas ña Dorotea:

— . . . Yo creo que á él no le pesará nadita que hayamos salido . . .

## XV

Juana no cerró los ojos yá. Con la vista en el techo, seguía aquella meditación abstracta; sorprendida que despertasen dudas en el fondo de su corazón. Cierto que su madre no le inculcó ningún principio fijo, y que ella misma, buscaba hasta su muerte, algo á qué atenerse, en las prácticas espiritistas; pero ¿acaso despues no había asistido con fe sincera á la misa, comulgando con la convicción que era Dios mismo quién se recibe de manos del sacerdote? ¿Acaso no encontraba la prueba de otra existencia en las apariciones de su madre, en las respuestas conscientes de la mesa? . . . ¿Porqué tenía ella, como Catalina, ese gérmen malo que siempre levanta la cabeza, tratando de conocer lo misterioso, de penetrar el secreto de la muerte? . . . ¿Ella ¡tan ignorante! se metia á discutir lo que los sabios admiten? . . . ¡Seguramente estaba loca!

—¿Será piadoso él? . . .

Al evocarlo, se preguntó si algún día llegarían á unirse . . . El la amaba, ella lo amaba; sin embargo . . .

Aunque muchas veces había repetido esta pregunta, parecióle formularla por primera vez: — ¡Sin embargo . . . ! — Se confundía este pensamiento con sus demás ideas, haciéndola detenerse espantada ante la ignorancia de su porvenir . . . Era un pária, huérfana, y no podía imaginarse siquiera lo que sus ojos verían mañana, lo que sus labios dirían, lo que sus oídos escucharían, ni donde pudieran llevarla sus pies . . . Casi se tuvo miedo como si su cuerpo fuese un extraño que pudiera hacerle mal . . .

—¿Quién se atreve á pedir los secretos eternos, si ni sabe preveer lo que una hora más tarde le ocurrirá en este mundo, lleno de sorpresas? . . .—Y recordaba lo que leyó en un libro espiritista, donde se predecía como un hecho que, pasando los siglos, la humanidad puede conocer su destino nada más que con mirar el firmamento, donde lo tiene escrito el dedo luminoso de Dios.

Percibió un rumor lejano, pasos que se acercaban: las sirvientas volvían como se lo prometieron.

Pero de repente, más cercanos ya, sintió un horror indescriptible; algo espantoso que en un momento la inundara de sudor frío, enturbiándole la vista, haciéndola castañetear los dientes . . . Y ahí, apelonada en una esquina del lecho, quedóse inmóvil y muda porque reconocía las pisadas de don Absalón.

El traqueteo se detuvo ante su puerta, cuyo pestillo saltó de dos bruscos empellones, abrién-

dose las hojas hasta que rebotaron con la pared.

Ella no se descubría la cabeza, tapada por la sábana; probablemente el patrón creyóla durmiendo porque se acercó cauteloso á su cama, escuchando entonces un quejido débil que no era de angustia dolorosa sino que de miedo infinito; algo como una súplica ó un extertor.

—Juanita—dijo él; y puso su ancha mano en el hombro desnudo de la niña:—¿qué tiene? ¿porqué se asusta, si sabe que la quiero?

Se había sentado en el borde del catre y trataba de levantarle la cabeza, metiendo sus dedos entre la mejilla y la almohada.

—¡Váyase! ¡váyase por Dios, por Diosito! ¡déjeme! ¡váyase; se lo pido llorando!

Don Absalón hizo un gesto indulgente, como hombre acostumbrado á estas crisis, despues trató de convencerla.

—Mire: yo la quiero mucho; más que á nadie; ¿porqué me aborrece, pues? Déjate, no te pesará.

—¡Por Diosito, por Diosito; se lo pido, se lo suplico!—y sollozaba mientras grandes lágrimas ensuciaban su mejilla fresca y la blanca funda.

El se inclinó, besándola á boca llena los ojos, sobre los labios, entre los pechos, en una frenética lluvia de caricias; tambien aseasonaba con resoplidos de hombre gordo; se había subido arriba de la cama y apretándola fuertemente con las rodillas, trató de quitarle las manos que cubrían el rostro y de apartar las ropas.

—¡Déjeme! . . . ¡grito! . . . ¡déjeme! . . .

—Sí, grite no más . . . que echen . . . abajo la puerta . . . que la vean acostada conmigo.

Fué una lucha cobarde y breve: el miedo, debilitando las fuerzas de la niña, quebrantó su resistencia; apoderábase de ella una gran laxitud; su gemido moribundo salía de lo más íntimo del alma; luego no pudo forcejear . . . todo se desvaneció . . . El triunfador alargaba envanecido el placer siempre nuevo de sentir entre sus brazos una virginidad agonizante . . . Ciertó que aquel cuerpo aletargado en el desmayo no respondía á sus sensaciones, aunque fuese con la palpitación rebelde del dolor. Ciertó que era algo así como violar un cadáver; pero, de todos modos el síncope se la entregó inánime y él, simplemente con poseerla, de cualquier manera que fuese, satisfacía su objeto; ahorrando si cabe, á sus cincuenta años, un gasto mayor de esa fuerza que ya le escaseaba.

¿Cuánto duró aquella escena brutal? Talvez una hora, porque Juana parecía haber muerto; acaso un minuto, pues don Absalón estaba inquieto, lleno del temor que alguien le sorprendiese. Cuando el hombre salió, con deslizamientos furtivos de ladrón, sin atreverse á despertarla á una palabra de consuelo ni de amor; abrumado por la vergüenza que cae en baldes de agua fría apenas se tranquiliza el deseo; cuando cerró la puerta suavemente, alejándose de puntillas, cual si quedara un enfermo tras él; Juana permaneció de espaldas en

el lecho revuelto, sin conciencia de sí misma, aunque ya le volvía el sentido, muy lento, como doliente en adueñarse de aquella víctima y posesionarla de su desgracia. Por intuición ella sintió terror de aquel regreso á la realidad, temiendo la reacción á esa catalepsia moral que la embargaba, porque temía el despertar de su pensamiento, anodado en el cráneo, bajo una piedra de tumba.

De trance en trance, fué volviendo; si abrió los ojos era por fijarlos en aquel rincon donde hubiese más tiniebla, pues ya la sobrecojía el pudor á la luz, su espíritu empezaba á aletear como un pájaro prisionero que quisiera escaparse de aquel cuerpo desflorado y puerco para ascender á los purísimos espacios.

Se disiparon, por fin, las últimas brumas de la inconciencia; entonces admiróse casi del conforme acogimiento que hiciera á su inmensa desgracia, hallándose ella misma muy perversa en la baja sima de la abyección. Comprendiendo que en una noche había tocado al fin de la vida, adivinó que se dejaba todo tras de sí, que el porvenir nada podía reservarle, sino eran penas ó vergüenzas.

En medio de su angustia, de su trastorno, de tanta miseria y tanta suciedad, último soplo al castillo de ensueños que aquel hombre derribara con su aliento bestial, supo también que ya no quedábale derecho ni para pensar en *él* siquiera, y lloró, como una niña que había sido, soñando ver, al pié del lecho que acaba-

ban de ultrajar, un traje de novia pisoteado, con el velo en girones, la coronita de azahares hecha pedazos: harapos de una ilusión, flores marchitas de la esperanza.

Cerró los ojos y escuchaba á lo lejos, singularmente atenta, los chillidos que enardecían las cuecas en las fondas del 20 de Enero.

.....

Al regreso de la Filomena y ña Dorotea, la casa estaba tan tranquila como la dejaron; ni los árboles, ni el cielo, ni las estrellas acusaban ese crimen irreparable: toda la placidez de esa noche parecía conspirar para encubrir tanta depravación.

La cocinera siguió hacia adentro, pero Filomena detúvose un instante escuchando frente á la pieza de Juana donde quedaban por huéspedes el silencio y la muda desesperación.

—Me habría gustado pillarlos, murmuró con el gesto rencoroso de una manceba suplantada.

\*  
\* \*

Recien clareando el otro día, Juana distinguió en el suelo los fragmentos de su espejo, no habiéndolo sentido romperse, supuso que lo botara el patrón al forzar la puerta.

Pero no lamentaba esta pérdida porque la hacía temblar la idea de presentarse, despues de la caída, ante el rostro severo de la muerta, de ver la mirada que dirijirían los ojos negros de la madre, á la pobre *Purisimita*.

## XVI

Dos noches pasaron. Dormía Juana, cuando sintió golpear á su puerta que aseguraba con un mueble antes de acostarse, sonriendo amargamente como una burla á su oportuna previsión... Muchas veces había mirado con tristeza aquel débil pestillo, vencido al primer impulso.

Comprendiendo al momento quien era, se quedó acoquinada por nuevo terror: aquello sería la repetición de insufribles martirios.

Volvieron á llamar quedamente.

—¡Juanita!

—Pues bien, ¡nó!—se dijo ella, saltando de la cama—¡no entrará más!

—¡Juanita!

¿Cómo llegaba á exponerse un padre de familia á que lo sorprendiesen en flagrante seducción?—Sentía un odio ciego contra el viejo lascivo, pero esta vez le contestó, temerosa de que oyeran su súplica insistente.

—Nó, ¡nunca! ¿oye?... ¡váyase, porque es un malvado y lo aborrezco! ¡váyase!... ¡nunca!... ¡nunca!

—Juanita, mira: una palabra no más; abre la puerta.

—¡Nunca! ¡nunca!.

Abreme, van á oír.

—No importa: ¡qué oigan!... ¡siempre será mejor eso!

—Mira que pueden verme.

—¡No me importa! ¡no me importa!

La voz ronca, gemía, imploraba; devorando al hombre una fiebre intensa, hasta hacerle temblar la voz.

—Una vez más, Juanita; la dejo tranquila para siempre.

Entonces ella habló en voz tan alta que lo hizo estremecer:

—¡No quiero! ¿me oye? . . . ¡nunca! ¡váyase pues!

El, desesperado, recurrió á las amenazas:

—¡Me la vas á pagar, porque te vas á ir mañana mismo de la casa!

—Me voy al tiro; se vengará usted como un canalla que es.

Intentaba apelar á la violencia y se cargó con todas sus fuerzas en la puerta.

—Si sigue, grito de veras—advirtió ella.

Y habiéndolo dicho esto casi á gritos, don Absalón, espantado al comprender que lo haría así, resolvió volverse á su pieza.

Aunque sospechase por el silencio, que el patrón se debió aburrir, estuvo, casi una hora más, en camisa al borde de la cama. Con el pensamiento vacío contaba maquinalmente las flores del papel, pareciéndole que aquellos batallones de ramos azules se pondrían de repente en movimiento.

Después volvió á meterse entre la ropa, cerrando los ojos para no ver nada de ese cuarto que se le había hecho antipático.

Y, tal cual ésta, debió repetirse noche á noche, la misma escena: los llamados, el ruego, la negativa, las amenazas, los empujones, el desaliento final; sin embargo el patrón tornaba siempre á la carga con la esperanza que ella flaquease ó que la puerta cediera.

Y era todo eso la renovación de la llaga, trayendo un ansia de tranquilidad, de olvido con la que desvariaba Juana. Desearía huir de la casa; pero no donde su tía Loreto, sino más lejos. . . ¡mucho más lejos aún!. . . A donde no pudiera seguirla aquel cuerpo, al cual miraba con rencorosa repugnancia; á donde no sufriese su alma, siempre virgen, perennemente soñadora, la intimidad forzada con aquella carne débil y enemiga que, insensibilisándose para entregarse, la había traicionado, reteniendo por toda la existencia el vuelo de sus aspiraciones.

## XVII

La Filomena que pasaba en armas con esos remecimientos en la puerta vecina, decidió poner al corriente á misiá Pepa de lo que ocurría en la casa y, muy gazmoña, asegurando que si hablaba era porque ya se le iba haciendo escrúpulo tanto escándalo, reveló á su señora, como la señorita costurera *recibía* en su cuarto al patrón. Ella se lo hubiese callado todo ¿pues no? pero despues vino á reflexionar que es un cargo de conciencia taparles estas cosas. Así

misiá Pepa deberá saber lo que haga, que, en cuanto á ella, cumplía su obligación, avisándole con tiempo.

Misiá Pepa no sintió celos ni sorpresa por el asunto, ya repetido en ocasiones anteriores:— ¡Bueno el hombre! ¡ni porque era viejo se le quitaba lo mujero!—y no supo disgustarse más pues, como hacía tanto tiempo que se dedicara en exclusivo á sus hijos, olvidándose hasta del sabor de los besos, la hembra murió en ella, acaso prematuramente y porque tampoco era caso del otro mundo este del amo y la doméstica, pan cotidiano en toda casa de Santiago, lo que á la postre es legal, pues, ya que las *chinas* no tienen idea del honor, justo es que sirvan de salvaguardia á los hombres útiles en la sociedad, que no buscarán así, otras entenciones perjudiciales para su salud. Por ejemplo: ¿Qué enfermedades vergonzosas no habría contraído, afuera, Danielito, su niño, si no tuviese en la casa á la Filomena, sana, de buena voluntad y sin el único inconveniente de ese admirable orden de cosas, cual era el abusar, como otras muchas, de la confianza que le dieron en la familia?

Eso sí que pensaba en las consecuencias de corromper á una muchacha tan joven, tan novicia... eso pudiese traer complicaciones; ¿qué cuenta rendirle entonces á Loreto, de la niña que le confiara? ¡Esto sin contar el peligro del mal ejemplo que cunde en una casa al conocerse la flaqueza del jefe de ella!... Caracuel, que ya

estaba lejos de ser joven, ¿por qué no le daría más reserva á sus *verdes*? Vivimos en el mundo ... hay que respetar las conveniencias... Es tan arraigada aquella preocupación estúpida, prescribiendo á los Tenorios de pelo blanco, que, so pena del ridículo, no les queda á los incorregibles sino teñir sus canas ó disimular prudentemente sus seducciones.

Con todo, no dijo chus ni mus á su cónyuge, ni dió á entender á Juana que estuviese enterada de aquel secreto: seguían yendo por la mañana á coser bajo el emparrado y hablaban de asuntos triviales, aunque pensasen en otra cosa, y en el fondo á las dos las cohibiese idéntico pensamiento.

¡Sabe Dios porque punto de común intimidad, sin que á Juana ni al matrimonio Caracuel se les hubiera escapado una sola palabra, Daniel entró también en conocimiento de las citas nocturnas, tratando, como era lógico, de utilizar para su conveniencia aquella revelación. Desde entonces se hizo más desvergonzado con la muchacha, repitiéndola obscenidades, dejando ver sin rodeos sus intenciones. Un día que estaban en la huerta, llegó á ofenderse porque ella enrojecía al rechazar sus caricias.

—¿Acaso no sé demasiado con quién duerme usted? ¿Se figura que la creo intacta? ¡Bah, mire: tenga cuidadito porque me puedo aburrir y en vez de buscarle por bien, podría contar algo á mi madre que no le hiciera mucha gracia! Piénselo... ¡es mejor que no me torée!

La niña quedó anodada. Escondía la cara, ardiendo en bochorno, y como hizo maquinalmente un movimiento para quitar el brazo con que Daniel le enlazara la cintura, él la besó medio risueño.

—En su situación, lo mejor es portarse con un poco de condescendencia para no hacerse de enemigos.

Vivía, pues, en una humillación continua: hubiera querido convertirse en humo para que nadie reparase en ella; porque ocurriósele que todos supieran su falta. Hallaba más desprecia-tivo y subyugante el tono de la señorita Desdén; en Mariquita, las miradas llenas de maliciosa intención; le era insoportable sentir en la mesa la voz de Daniel ó de su padre, porque, aunque no los mirase, comprendió que espiándose mutuamente, ambos no apartaban la vista de ella, chocando sus ojos á cada rato; enrojecía sin motivo, y á cualquier frase que empezara misiá Pepa, ya estaba creyendo que era para enros-trarle su desvergüenza porque seguía ahí, bajo ese techo, alimentándose del pan que ganaba aquel hombre que fuera su amante, y, lo que es peor, fingiendo hipócritamente una inocencia que no podía tener; engañándolos á todos, contaminándoles con su compañía.

Respecto al comportamiento de Arturo Velásquez, fué más lejos: familiarizóse con sus mo-dales de calavera; hasta le perdonó que es-tando de novio tratase de arrastrarla á ella. Ahora que lo observaba, veía deshonestos sus

menores ademanes; y comprendiendo el significado de aquella promesa repetida: «Cuando quiera ser reina...» extrañó que la indignase menos que cuando no la descifraba.

Pero ¿qué podía sublevarla ya, si era tan repelente la sólo idea de tener relaciones con el hijo después de haber pertenecido al padre? Veía con frialdad que aquello tendría que suceder, porque Daniel le dió un breve plazo para decidirse y, pués misiá Loreto escribióles fijando su regreso en mediados de Marzo, no le dejaban escapatoria posible.

Además, la atmósfera toda de una casa como esa, trastorna el sentido moral menos débil; es el terrible *medio*, que en todo cuanto existe sobre el orbe, deja sentir su absolutoria influencia: don Absalón... Daniel... La Filomena... los franceses Cottin... Mariquita... Misiá Pepa misma, urdiendo recados para Velásquez si se retardó una noche, y alcahueteando en los novios aquellos besos furtivos llenos de deseo; esa intimidad de las rodillas, de los piés, de las manos febriles: temperatura anormal; ansia continua en el borde mismo del pecado, sin más freno que la falta de ocasión; todo contribuía á marearla, afirmando su convencimiento de que la existencia no era sino una cosa impura, repulsiva, cuyo ideal más elevado es la noche, la cama, el vicio. Se cometen crímenes para satisfacer groseros apetitos; degrádase el honor, la religión, hasta la dignidad, por el goce bestial de la hembra con el macho; y en este fango en

que naufraga cuanto de bueno pudiese hacer respirable la vida, nunca flotará sino lo que es lama: lo malsano y lo contagioso.

En la náusea enorme que la ahogaba, ella extend  su asco   su propia persona,   la casa maldita,   la ciudad...  al mundo entero; porque el mundo era, sin duda, todo así!... No volv  más la vista al firmamento, pues supo por fin, cual era la causa oculta que impide   la humanidad eternamente, llegar á remontarse hasta los astros.



En los primeros días de Marzo, durante el almuerzo, la acometió una fatiga, tuvo que salir de prisa porque un vómito pesado le desgarraba el pecho. Misi  Pepa que comprendí la causa, aunque admirándose que el gallo carcamal de su marido, mantuviese tan recias las estacas, decidió pedirle consejo   Velásquez para determinarse sobre la marcha. En remate, la Filomena le dijo que don Danielito también le hacía ruedas   la costurera, y misi  Pepa pensó que   tal punto, era ofender la moral cristiana; olvidándose que, con aquella misma sirvienta,   su vista y tolerancia, se cometí ya dos años esa inmoralidad digna de infieles de que padre   hijo mantuvieran sus intereses tan en comun hasta no distinguirse cual la hizo engordar el año anterior.  Discreta mujer la Filomena! De la noche   la mañana, sin saber-

se de qué modo ni en qué momento, pues nunca salía, sin la ayuda de nadie, ni rastros que la acusasen, recobró su talle de doncella, sirviendo el almuerzo con la puntualidad de siempre, cuando los vecinos habían oído la noche anterior, gritos sofocados, y la policía de aseo, deshaciendo un taco en la acequia que pasaba por la casa, pero muchas cuadras hacia la Alameda, estrajo, de entre la basura, el cadáver de un parvulito.

—Sí ¡eso sí qué sería inmoral!—repitió la religiosa señora—sobre todo hoy que ella está en ese estado por culpa del otro. Hay que evitar así mismo que nadie se aperciba de mi certidumbre, y que la Loreto no se encuentre este pastel á su vuelta.

Antes de hablarle á Velásquez, le pidió al prodijioso *Señor de la Buena Esperanza*, tan venerado en Yungay, que la iluminase; dándole valor de tomar cualquier partido. Concluída su oración, se sintió más confortada para ir con rectitud á su deber.

Juana, notando que ese mes se interrumpía la indisposición natural, sufriendo en las mañanas revolturas al estómago con angustiosas arcadas, adivinaba igualmente lo que eran sus males. Al acercarse la cuaresma sintió sacudimientos en el vientre y como hicieran seis semanas, no pudo dudar que el embarazo existía.

Ni alcanzó misiá Pepa á confiarse en su futuro yerno. Apremiándola el plazo de Daniel, aterrada por la vuelta de su tía, Juana aferróse

á una resolución tan extrema que hasta temía su fracaso y apenas Velásquez volvió á repetirle: «Me avisa no más...» ella dijo únicamente:

—Mañana ó ahora mismo... ¡mientras más luego, mejor!

Escapó á su pieza sin añadir nada. No quería pensar en el mañana, entregándose á la casualidad, á lo desconocido. Pero ¿caso lo desconocido no es la vida misma con sus inesperados trastornos? Además, poco le importaba ya su destino. Desde que una zancadilla de la suerte provocó la caída, bueno ó malo, le era indiferente cualquier sendero: bien sabía que al fin de la jornada, nadie en el mundo le haría recobrar, ni su virtud ni el amor de *él*.

—¿El mañana?... ¡Necia! ¡Donde está y qué me puede preocupar ni qué me puede traer, siendo el mañana la muerte?

\*  
\* \*

Expiraba el carnaval. ¡Alegres días de charilonga! En la plaza jugaban á la *chaya*. Los peinados de las señoritas desaparecían bajo un polvillo de papelitos multicolores. Cuando el Miércoles la familia Caracuel fué á la retreta, la costurera desapareció sin llevarse otras prendas que alguna ropa blanca y una fotografía que había pertenecido á su madre.

Esa misma noche, Velásquez, sintiéndose indispuesto, se despidió temprano de su futura.

## XVIII

Velásquez instaló á su querida en una pieza *ad-hoc* que mantenía un amigo municipal. Era un cuarto redondo, con puerta y ventana á la calle; y aquel medio amuebladito, tan cuco, de satin rosa, aquella cortina de gasa blanca, el pequeño peinador con luna bicelada, el biombo pintado de ibis rojos sobre campo de plata, la ancha marquesa con baldequino color guinda seca, debían haber sido testigos, ó haber desempeñado su papel, en muchas curiosas escenas. Por lo demás, un mueblage tan heterogéneo parecía no avenirse bien; contaba en una muda elocuencia, la ruina de muchas felicidades modestas, motivo por que salieran á remate esos lujos de pacotilla conseguidos á lance por el municipal ó por cualquier otro.

Todavía no se levantaban, cuando golpearon á la puerta y Velásquez poniéndose un *macfarlan*, saltó de la cama, aislándola con el biombo.

—No te alarmes; es el almuerzo. Ayer traté á una señora que da pension para que nos mandase comida, y mira si abren el apetito las portaviandas que nos ha mandado...

Eran una monería, como para dos recién casados, con tres compartimentos y caldero, todo sostenido por un arco reluciente.

—Levántate luego, antes que se enfrien.

Se vistieron muy de prisa. Juana hizo la cama, ordenando un poco el cuarto. Codeábanse lo

mismo que chiquillos, tratando de ganar para lavarse, la única taza de lavatorio.

Luego se sentaron, uno en frente del otro, separados por la pequeña mesa de palo blanco que extrajeron de un rincón donde estaba cubierta de mil cosas: un anafe, peines, cuellos de hombre, ligas, cabos de vela . . . ¡un bazar! A ella le recordó la mesa de la Socorro y tuvo un antojo invencible por contarle á Arturo sus pellejerías donde misiá Loreto.

—Era mucho: me trataron ni más ni ménos que una sirvienta, y esto que no se han gastado un chico por qué mi mamá le dejó trescientos pesos. No se preocupaban ni pito de mí. Si no hubiese sabido leer, nadie me habría enseñado.

—¡Buena alcahueta estaba tu tía Loreto!

—Vaya! no, ¡eso sí que nó!

—Si yo te contara. . . .

—No, no, ¡mala sí que no es!

Se ponía melancólica volviendo aquellas páginas de vida ya leídas; él la escuchaba sonriente, mirándola satisfecho, con la boca llena; á menudo tenía que interrumpirla, para recordarle que comiese.

—Mira: cómete los fritos, después me cuentas.

Concluyendo el almuerzo echaron de ménos café: por no dejar, Juana buscó en una pequeña alacena que desempeñabas veces de aparador.

—Hay cafetera ¡pero lo que es café. . . !

Golpearon de nuevo. Juana se ocultó detrás del biombo.

—¡Tonta! ¡si es que vienen por las viandas!..

—Puede ser otra persona—repuso ella á media voz.

—¡No ves! Si era el chiquillo... ¿Sabes que podemos mandarle comprar café?

Juana no salía de su escondrijo.

—¡Ven, pues!

—No, mejor no.

—Pero si tendrá que verte, si no hoy, mañana, ¡qué importa!

El mozo trajo café del almacén. Pusieron á calentar agua en la pequeña máquina con espíritu de vino, y se lo tomaron á sorbos paladeados, como una cosa exquisita, burlándose del gusto ágrio de la bebida.

—Esto tiene mas achicoria que lo necesario—adujo gravemente Velásquez.

Pero, á pesar de eso, llenaban las tazas otra vez, saboreándose porque aquello les servía de postre.

—Esta tarde compramos vino—propuso Arturo—nos ha hecho falta. Ya tenemos sirviente á quien mandar.

Y como ella lo veía arreglarse delante del espejo,

—¿Tú vas á salir?

—Sí, hija, sí: á mi oficina. ¡Es muy fregado ser pobre, porque tenemos que dejar la devocion por la obligación.

—¿A qué hora vuelves?

—A eso de las cinco; comemos. . .

Juana recordó súbitamente y se puso seria.

—¿Tendrás que ir esta noche donde la novia. . . ?

¡Palabra, que no se había acordado de ella! Esto la trastornó; casi sentía celos de la señorita Desdén. Arturo tuvo que besarla, muy delicadamente, detrás de las orejas.

—¡Pero, princesita, si á quién quiero es á tí! La otra es la cosa impuesta, pesada, pero útil para la vida porque tiene plata. Tu eres el encanto, la noviecita del corazón. ¡Era lo que faltaría, que te pusieses celosa de esa tonta!

Tornaron á brillarle los ojos entre sus lágrimas, y dijo con la voz quebrada aun por el llanto:

—¡Es bien antipática; y con tan poco recato. . . !  
¡Tú debes de haber hecho lo que has querido de ella. . .

Arturo se limitaba á sonreír con una sonrisa de irresistible, atusándose el bigote. Después volvió á acariciarla, á mimarla como á una gatita regalona.

—¡Con que, hasta la vuelta! Ten todo listo para que comamos.

Después, en tono de chanza, añadió:

—Si quieres, esta noche le digo á la Marta de tu parte que es una siútica, una cargosa.

\*  
\* \*

Durante ese día, Juana sintióse alegre como un pájaro. Cantó, lo que no le pasaba en muchos años. Se entretenía en plegar los albos transpa-

rentes bajo las abrazaderas; destrastó la pieza para instalarla de nuevo á su capricho. Por un resto de delicadeza, con la fotografía y el manto, lo único que era de ella, hizo un envoltorio encerrándolo en el baúl.

Llegada la hora de comer, Arturo regresó; simulando el buen esposo, besóla en la frente. Se instalaron muy ceremoniosos en sus sitios, y, con los tres platos de comida, dieron fin á una botella de excelente vino Urmeneta.

Aquel rojo licor, ardiendo como un rubí al trasluz de la lámpara empantallada; la botella con cápsula verde; el bigote rubio de Arturo; las voces de los transeuntes que pasaban conversando tan cerquita de ellos, que, intrusamente, hasta les respondieron alguna vez: todo le produjo un alegría de cotorra. Charlaba hasta por los codos, mezclando sus fantasías; las cosas viejas y otras que pudieran ocurrir; siguiendo de una idea á otra sin hilacion ninguna, nada más que por darle gusto á la desatada lengua, incontenible como la campanilla de un despertador que tiene cuerda. Arturo atendía con encanto. Se puso crítica, peladora, y él, que no sospechara á su querida tan vivaracha de génio, antes creyéndola algo pavita, iba descubriendo en su accidentado carácter mil vericuetos, encrucijadas y recodos que lo confundian, halagándole sobremanera.

—Lo que me vas á tener que comprar es un rosalito para ponerlo en la ventana. . . y un canario también, y. . .

El quiso decirle una galantería muy de buen gusto, inclinándose por encima de la mesa:

—¿Te ha picado un poquito el vino, ¿eh? ¡y eso que has bebido dos dedos!

¡Ah! ¡Respetad la santa alegría de los tristes...! ¿Por qué esta sencilla broma, le produjo tan desastroso efecto? Fué como si la hubieran enfriado de súbito. Todo cuanto quería desechar acudió á su mente, y, pues todo el pasado no era si no tristezas, entristeciése á morir. Hallábase ridícula con sus carcajadas de chiquilla. Cuál si fuera pecado que ella se hubiese consentido un momento de alegría, azareóse al pensar en su desenvoltura, en sus frases libres, hasta en la voracidad con que se llenara la boca de pasas. ¡Tenia razón Arturo: ella habia perdido la cabeza!

El jóven no advirtió este cambio, porque consultaba inquieto su reloj, temeroso de que le ocurriera lo de una ocasión en que, por retrasarse, recibió con la Filomena un recado de misiá Pepita para «que fuese luego, por que la niña estaba sumamente triste.»

—¡Mira, me voy; ¡no se nos vaya á venir á meter alguien! Tú sabeslo que son... Pero vuelvo temprano; y, lo que es un Domingo de estos, nos marchamos todo el día al campo, á celebrar la luna de miel.

Con una sonrisa forzada, Juana le extendió la mano.

—Hasta luego, pues.

Y él, besándola en el cuello:

—...¡Segunda noche de bodas!...

Quitó la mesa, poniendo en un cajon las servilletas, el salero, el mantel, como una verdadera dueño de casa. Las mejillas le ardían, y á cada momento aplicaba, para refrescarlas, el reverso de su mano helada.

—En Abril... se casa en Abril...

Al levantar la cabeza dió un grito porque en el espejo bicelado del peinador, trás de su cara afebrada por el vino que enciende diabólicas estrellitas de oro en el límpido cielo de los ojos puros, estaba La Pálida con su mirada llorosa.

Pero lo que le hizo retroceder desfalleciente, fué que el cabello de la muerta había encanecido.

## XIX

Nunca soñó misiá Pepa que su *Señor de la Buena Esperanza* le desenmadejase con tanta facilidad, aquel embrollo de la costurera. ¡Y que propalaran que no era milagrosísimo el favorito de Yungay ó que lo pospusiesen los envidiosos vecinos del centro, al *Señor de Mayo*, ya fuera de moda, cuando había provocado la solución más fácil, más sencilla, la única talvez verdaderamente aceptable! La pobre mujer descansó como si le hubieran quitado un peso

de encima. ¡No es para ménos! Aun en caso que Juana volviese después de algun tiempo donde la tía, tratando de acusar á Caracuel de su desgracia, el remedio estaba en la mano con solo tildarla de calumniadora, aduciendo en su contra la indudable vida de desórdenes que llevara en pos de su fuga, y la Loreto ni siquiera la recojería, creyéndolo así por que nunca se encariñó con su sobrina, y por que no se permite poner en duda el testimonio de las jentes honorables.

Lo que resta por hacer es adelantarse en mandarle una carta de exclusiva consternación, participándole *el rapto*, para que nada la sorprenda de sopeton.—En el retortero de su honrado meollo, la buena señora daba vueltas algunas ideas.—«*Esa infeliz tiene instintos malos . . .*» «*habia notado en ella costumbres censurables . . .*» «*¡Dios no abandona á los ciegos!..*»—Y una frase final de seguro efecto—... «*Le queda á usted la satisfacciòn de haber hecho cuanto pudiera exigirle su conciencia para inducir al bien á esa creatura. ¡Ni á usted, ni á nosotros puede echarnos en cara, jamás, otra cosa que buenos consejos y mejores ejemplos! Si ella se ha perdido es porque estaba de Dios; y si algun dia, como hijo pródigo, vuelve, oveja descarriada á su redil, yo interpondré toda la influencia de mi amistad, para que usted le abra los brazos, olvidando sus extravios.*»

Palabras y lamentos parecidos escuchó Velásquez, que se reía en su interior, pues, aun-

que sin sospechar la causa verdadera que produjo la huida de Juana, presuntuoso antes que todo, atribuyó aquel desvarío á locura de amor, naturalmente inspirada por él.

Danielito y Caracuel no dijeron oste ni moste; perplejos por aquella resolucíon de la presa, que les había dejado la trampa vacía. Para que éste no se vanagloriara, misiá Pepa no le hizo saber nunca el prolífico resultado de su extemporánea hazaña; en el hogar no volvió á tocarse ese escándalo. Quisieron olvidarlo, y casi lo conseguían, cuando vino contestacion de misiá Loreto.—«*Yo me lo esperaba*»... «*Eso es hereditario*»... «*Tiene mala sangre en las venas*»... «*Lamento haber gastado tanta paciencia, tantos sacrificios*»... ¡«*Así se premian las buenas acciones!*»... «*En cuanto á ustedes, mis queridos amigos, estoy desolada por la turbacion que esto ha introducido en esa casa ejemplar. ¡Olvídemonos de esa pecadora, pidiendo á Dios que la perdone!*»...

Y como post-data, escribía un elocuente párrafo:

«*Por carga les envío el cajoncito de pescado que les prometí, y algunas confituras; dispensen la pobreza del regalo.*

*Vale.»*

Fué el consabido «*Fin,*» puesto á esa novela de dos meses. Se echó tierra al asunto, y nadie lo desenterraba si no era para sacar de él, alguna conclusión moralizadora.

## XX

—... ¡En vez de alegrarse porque he aplazado el matrimonio...! ¿Qué le pasa á esta chiquilla?—se preguntó Arturo Velásquez, una noche que iba donde su novia, después de una desagradable disputa con Juana, quién quería retenerlo á su lado.

—No te vayas, te lo ruego; si tú supieras...

No adujo más razones; pero como no es bueno dejarse dominar por una mujercita, él salió, dejándola bañada en lágrimas...

Lo que tenía Juana, era terror á la noche que bajaba; un inmenso terror de sentirse sola, ya que en las tinieblas los fantasmas acechan. Apenas se iba su amante, ella sufría el irresistible hipnotismo de inclinarse sobre el espejo en la vaga esperanza de que *no estuviera* allí. Más, la veía sin remedio; lívida, casi transparente; con la profunda mirada de sus ojos negros, con su cabeza emblanquecida... ¡Volvíase loca!... ¿Acaso el tiempo puede imprimir huella en los espíritus del otro mundo?... ¿Acaso allá se sufre también?... Entonces creyendo haberse olvidado del color de cabellos de la finada, extrajo de su pecho el inseparable medallón que le diera al morir, donde mantenía el Daguerreotipo representándola chiquita, con vestido corto, y donde puso ella el rizo que cortara á su cadáver.

—¡Era negro, negro, sin una hebra gris!

En cuanto al Daguerreotipo, que no abrió en tanto tiempo, habíase esfumado casi, sobre el vidrio oscuro, apenas quedaba una sombra de la figura. Con trabajo se distinguía la opaca silueta, algo de la cabecita de niña, y no más que una mancha blanca era indicación de la mano. Juana cerró el guardapelo con miedo, pareciéndole que al desvanecerse la imágen, se llevase algo de ella.

Y aquella extraña y puntual visita, aquella dama melancólica del espejo, oprimía sus noches de soledad, trayéndole cada vez nuevos remordimientos, porque era indudable que la muerta continuaba envejeciendo.

Durante esas horas, un sacudimiento en el vientre hacia desfilas ante la blanca pantalla de la lámpara, cual multiformes sombras chinecas, todas las preocupaciones y las inquietudes. —¿Qué sería de ella mañana? ¿Dónde ir cuando Velásquez se casara ó se aburriese de amarla? ¿Y el niño, y su hijo? Por otra parte, su amante que no supo *aquello*, ¿continuaría queriéndola al enterarse, siendo lo bastante jeneroso para sustentar una querida en ese estado?

Eran tan oscuras estas interrogaciones á lo futuro, que inventó leer, absolverse en un libro que encontrara sobre el vélador del cuarto mercenario, cuyas páginas guardaban el rastro de muchos dedos temblorosos ó displicentes que las volvieron.

¿En qué distintos estados de ánimo habría sido hojeada esa novela! ávidamente, como

un disimulo, con ojos cegados por las lágrimas, ante los cuales las letras jugarían al escondite, poniendo mil sueños en cada márgen ó soñando mil fantasías al final de cada capítulo. Ella quiso tomar interés también, como los otros, todos los otros que la leyeron. En palabras ditirámicas, vió pintarse de los colores más vivos, la más platónica pasión.

—«René la adoraba sin que la mezcla de un «adarme de deseos envileciera el precioso metal de su amor. La amaba con la idolatría «mística que se rinde á los piés de la Virgen «Santísima; y ella correspondía con igual ingenuidad y con igual pureza. Jamás á un aliento «impuro empañóse el cristal de sus intenciones; «jamás una nube de frivolidad cruzó el cielo «azul de sus sentimientos; nunca una mirada «liviana los obligó á sonrojarse. Bajo la turquesina bóveda sideral, en las noches serenas, se «les veía paseando por las umbrosas alamedas, «hasta donde se filtraba la luz argentada de la «luna, como una sonrisa de Dios. Y siguiendo «cojidos de la mano, la inocencia de su afecto, «la sencilla confianza de sus maneras, hacía «ternecerse á las estrellas que . . . »

—¡Bah!—esclamaba Juana cerrando con despecho el volúmen.—¡la pila de mentiras que salen en las novelas! ¡Como sentimentalismo los poetas! «*ingenuidad*» . . . «*pureza*» . . . «*inocencia*» . . . «*sencillez*» . . . «*paseos de dos enamorados, en la serenidad de la noche, por alamedas oscuras*» . . . ¿De dónde sacan el atrevimiento necesario para ve-

nir á contarnos todas estas cosas bonitas, pasando por alto lo que *indudablemente* sucedía *después*, después que ellos se cansaban de mirarse «sin que la sombra de una liviandad los hiciese sonrojar? ¿Por qué se callan lo demás, *lo otro*; lo que, *ha sido, es y será* el amargo y *único* fin de *todo* idilio, contentándose con poner la miel de los juramentos dulzones, manjar exquisito para los paladares estragados que, por una curiosa antítesis, gustan de leer idealidades, llegando á escandalizarse si ven cópiada la existencia, tal como ellos la viven? —Y Juana, sin saber que repetía el axioma artístico y el sentimiento de la sacra verdad que profesan las sociedades modernas, recordaba una frase muy dicha por misiá Pepa: «A mí me gustan las novelas en que salen personajes que no se parecen en *nada* á nosotros; porque entonces gozo figurándome lo que *nunca* llegaremos á ser.»

Pero aunque negara que existiese tal género de amor, ella se decía que es esa la más hermosa mentira; de buena gana hubiera dado su vida por ser la heroína, para marchar con *él*, así, á través de la existencia, sin más pensamiento que la sonrisa del buen Dios, la ternura de las románticas estrellas.

—Este de las novelas, siendo tan bello, puede ser alimento del alma; pero el *verdadero* amor, es una cosa horrible.

¡Tenía razón! si nó el verdadero, el que entiendo por tal la mayoría de los hombres sobre

todo el que *practica*, es abominable, porque en vez de ser una pasión, solo será siempre un vicio.

Basta, para persuadirse de ello, un paseo nocturno. Nuestra noble Alameda cualquier noche de verano, cuando, sobre la tierra del paseo, en la sombra misteriosa que proyecta su doble fila de encinas, dibuja la luna caprichosos calados de plata.

En los bancos se estrechan grupos de muchachos, pobres ó ricos: cinco ó seis precoces. Oid una palabra al vuelo, es lo mismo de lo que conversan: la *cosa*, lo que aun no han realizado, (por falta de dinero, de libertad, ó de valor para el arriendo de su primer querida, la ramera ambulante, que es con la que los hombreritos hacen el *debut* copular,) pero que ya los solicita. Se frotan unos contra otros, sus alientos abrasan; al alejarse, van por las calles más sombrías, con las manos en los bolsillos del pantalon...

Esto se llama *El aprendizaje del amor*.

Mas allá hay una mujer y un hombre que se acarician furiosamente. El tiene la mano encima de su falda, ella en su rodilla. De ahí marcharán á un café asiático.

Ese es *El amor*.

Direis que hay algo más elegante . . . invocareis el amor lejítimo . . . el amor . . .

¡Bien! ¡todo lo que querais! El medio, las circunstancias, varían; el final es el mismo.

¿Puede ser esto el alimento *del alma*?

.....

En la calle pasaban cantando, al lado se oía el punteo de una guitarra. Era otra linda historia la de los vecinos: una buena mujer que dominada por su hija mayor, consentía que corrompiese á las menores, que instalara á su hombre en el cuarto redondo en que vivían. ¡Magnífica existencia la de ese gallo en corral sin dueño! Esa misma ejemplar hermana era la que viéndose en el caso de ella, pero ya próxima á dar á luz, emborrachóse con aguardiente *chivato*, durante cinco días, hasta que le nació la criatura carbonizada por completo.

Aquello tan repugnante, la hacía permanecer con el libro en las rodillas, llevándola á soñar imposibles, á ella que llegó á creerse tan práctica, tan poco\*romanesca; pero luego tornaba á sentir la atracción de la aparecida, comprendiendo, á pesar suyo, que si antes Catalina pudo venir á consolarla, hoy llegaba á reprenderla; que si, mientras permanecía buena, era una madre, ahora asumía el carácter de un juez. ¡Oh, Dios mio! ¿no bastaban las torturas de este mundo, para que el de más allá, quisiese castigarla también?...

Así la veía Velásquez á su regreso: pálida, con los ojos extraviados, diciendo cosas incoherentes, tan pronto riéndose como llorando. El no se alarmaba, atribuyéndolo todo eso á los nervios; porque son muy marcados los efectos que produce en las mujeres la pérdida de su virginidad.

## XXI

...—¿A dónde es donde quieres llevarme?

—Al Parque Cousiño no más. Hacemos once echados sobre el pasto; cuando anochesca, regresamos... Eso sí que no te olvides de poner servilletas en la canasta.

Este paseo, ya pensado, lo dispusieron ese segundo domingo de Mayo á la hora del almuerzo; treinta minutos más tarde, al muchacho que venía con las portaviandas le mandaron comprar todo lo necesario: aceitunas, queso, jamón, hallullas, dos botellas de vino... Un *lunch* portátil, acomodado cuidadosamente en el canasto con tapa.

Procediendo con cierta prudencia, ya que en los dos meses que trascurrieran desde su fuga, Juana no había salido á ninguna parte, se metieron en un coche, dándole la dirección del Parque.

Con el día del entierro de Catalina, era esta la segunda vez que ella viajaba en carruaje, y mientras Arturo la abrazaba amorosamente, encantado por la perspectiva de una tarde deliciosa con una querida seductora, su pensamiento no podía apartarse de ese amanecer lluvioso en que cruzó la capital apenas vislumbrada entre la niebla. Con su madre salieron poco, apenas conocía la ciudad del lado de la *Quinta*; con su tía no pasaron de la Catedral; su más larga excursión fué cuando se iban á

casa de misiá Pepa. Ahora era lo mismo, seguía tan ignorante de Santiago como tres años atrás; por la ventanilla leía sorprendida letreros de calles, admiraba palacios, iglesias, plazas, en esa visión giroscópica que va objetivando en la pupila el color de una pilastra, la silueta de una estatua ó la ogiva de un campanario.

Velásquez, escandalizado de aquella inconcebible *huasería*, citábale nombres diversos, nombres gloriosos ó simplemente elegantes.

—Esta es la calle Amunátegui... Por donde vamos ahora sí que conocerás, la Alameda de las Delicias... Esa estatua á caballo es el general San Martín... Ahora entramos por Dieciocho... ¡Fíjate cuando pasemos, en la quinta de la Cousiño... —Y ella seguía divisoando planchas en cada esquina: Vidaurre... Olivares... Las Heras... Diez de Julio.. Avenida Tupper.. — Al cabo el carruaje llegó ante la reja del Parque; habiendo vuelto la cabeza el cochero, Velásquez le hizo seña para que se detuviera.

—Hasta aquí no más, podemos entrar á pié. Yo llevo el canasto.

Con ninguna prisa, sin apartarse de la sombra de los árboles, rodearon el óvalo donde maniobran las tropas en Septiembre, mientras la pampa de esa vasta elipse, caldeada por el sol, era un desierto que, para acortar camino, seguían fatigosamente un hombre de manta roja y una chiquilla, quien arrastrando los piés, levantaba un tierral con sus zapatos.

Llegando á la laguna, por el puentecito pu-

dieron pasar al islote. Arturo hubiese deseado que anduvieran más para mostrarle el extenso paseo; pero ella sentíase rendida y el peso de las provisiones siendo el mismo, era ya abrumador.

—Cuando nos volvamos, entonces podemos pasearnos todo lo que quieras.

Los botes, al cruzar el agua resplandorosa del lago, imitaban con el golpe de sus remos, un aleteo de monótona suavidad. Tendidos al borde, sobre una media pendiente veían los trajes enfiestados de los bogadores, las sombrillas de las damas como grandes flores en un jardín flotante. Hasta esas rocas donde se albergaran, llegaban risas cortadas, chillidos nerviosos, y rieron de la ocurrencia de un pillastre que condujo su barquilla, precisamente debajo del juego de agua y ahí la inmovilizó unos minutos, mientras los tripulantes se sometían á la impotencia, guareciéndose bajo los quitasoles, de aquel inesperado baño de lluvia.

Por estar más cómoda, Juana se aflojó un poco el corsé, colgando de una rama el sombrerito Sarah Bernhardt que le trajera esa mañana Velásquez. Él, despojóse del jaquet; muy remozado, arrancaba de las piedras manojos de pasto para tirárselos á la cara, pasándole despues bajo la nariz, sus dedos humedecidos, con un olor ácre de hierbas silvestres.

No tardó en acometerle la modorra de la siesta. Haciendo el regalón puso la cabeza en su falda; la llamaba «mamita», le pedía que

le sobase la mollera, que le cantara el arrurupata para dormirse.

Sin creerlo, se quedó dormido de veras. Juana seguía pasando sus pequeñas manos por los cabellos rubios del mozo; se sacó después algunas horquillas del moño y le hizo cachirulos, riéndose sola, con el pulmón dilatado por aquel aire de puro oxígeno.

Por fin, aburrióse de sus travesuras, volvieron á importunarla pensamientos serios. Miraba el agua tersa, donde se reproducía el claro cielo, los grupos de árboles, y por un extraño fenómeno, las lejanas cordilleras andinas.—Ya no era fácil ocultar á Velásquez su estado; luego se haría visible—sin saber porqué, hizo el propósito de confesárselo todo ese dia mismo, apenas despertara.

Entre sueños, él abrió un ojo, rezongando como un niño consentido:

—Mamita, cuéntame un cuento!...

Más, como no le hiciese caso, repetía obstinadamente con un tono infantil:

—¡Cuéntame un cuento, mamita!... ¡Mamita, cuéntame un cuento!

Sacudiendo la cabeza desechó las ideas—¡No había más que pensar: ya estaba resuelta!—Tornando á deslizar sus dedos por entre los cabellos, prometióle seriamente contar un cuento.

—¿Cuál quieres; el del *gallo pelado* ó el del *gallo piojento*?

Después, un poco adormecidas las piernas, deseosa de conversación lo palmeó en los muslos.

—¡Arriba, flojonazo! ¡Estás muy pesado para hacerte la guaguita! ¡Despierta... mira, mira, la niña tan elegante que viene!

Se enderezó, restregándose los ojos—¿Dónde está?... ¿dónde está?—y rieron por el ardid que tuvo fuerzas para espantarle la pereza.

—Tú te has fundido conmigo, peor que un tacho.

Eran las cuatro y media y aun no hacían once. Desplegaron sobre el césped las servilletas que servirían de mantel. Galantemente se cambiaban aceitunas ó bocados de jamón, en la punta de los tenedores.—Abre la boca no más, pero cierra los ojos.—Arturo abría de par en par la boca, y aunque aguaitara con el rabillo del ojo, siempre alcanzaba ella á encajarle un puñado de hojas secas.

—Si abres la tarasca, parece un baul. Como llega de oreja á oreja, da miedo que se le corten las visagras, ó se separe la tápa.

Vació el canasto hasta el fondo, lanzaron al agua los mendrugos de pan, las cáscaras de queso, el huesito de las aceitunas, que hacían surcos, agrandados en ondas, hasta lo infinito. El vino lo concluyeron, él arrojó solemnemente unas gotas á los ojos de su huésped, asegurando que eso era bautizo de regocijo.

Ya se ponía el sol, ardiendo como brasas las nieves en los picachos de la cordillera, cuando se decidieron á pasar al continente. Una campanita distante tocó la oración. Por las desiertas avenidas corrían silenciosamente las victo-

rias, los dog-carts, en cuyos cojines se apoltronaban aristócratas, arrojando bocanadas de humo. Saludaron ceremoniosamente á unas damas copetonas, y en tanto el coche perdíase bajo los árboles, las risas de la pareja parecieron perseguirle.

Las densas masas del follaje, que participaban de los colores del cielo, apenas permitían adivinar, recostándose en el fondo oro verdoso del horizonte, la línea violácea de los cerros, tras de los que se ocultó el sol, como una centellante custodia de fuego. Sobre ellos, antes que dominase en todo lo alto el celeste palio, repetíase el morado, esta vez casi carmesí, resplandeciendo en su extensión una aislada estrellita verde.

—Cuando lleguemos á ese crucero se lo digo —pensó Juana con un frío de miedo en la boca del estómago; después dióle un poquito de larga al plazo.—Será al enfrentar aquel eucaliptus.—Iban por un camino bien solo. Un ciclista acababa de adelantarlos, y los rumores del paseo llegaban traídos por el eco. Como soñando habló sin interrumpirse, exponiendo primero las persecuciones de don Absalón y los requiebros de Daniel. Aunque Velásquez preveía que algo grave se aproximaba, la interrumpió varias veces con exclamaciones:—¿Ese viejo gordo? ¡Quién lo pensara!—pero al llegar la parte seria se detuvo en medio del camino, y ahí permanecieron hasta el fin. Ella, desgarrando febrilmente el pañuelo que conservaba en la mano; él

con la cabeza baja, fijos los ojos en el pasto de un verde vibrante, ó más allá aun, sobre la llanura violeta del Campo de Marte que parecían rodear de un gigantesco anfiteatro las montañas nevadas de los Andes, con sus faldas azulejas, teñida su nieve de un rosa bajito.

Un coche los obligó á apartarse. Al ver el efecto de su confidencia, Juana hubiese querido volver atrás, pero ya no era tiempo; lo dijo todo, con detalles nauseabundos, valiéndose de ademanes que hacían más repugnante toda esa grosera aventura.

—¿Es decir que me has engañado; que no te viniste conmigo porque me quisieses, si nó por que tenías que mandarte cambiar con alguien, con cualquiera, para salir de la casa?—Y como la voz del muchacho era ronca por el llanto, él y ella comprendieron que aquello los desuniría para siempre. Después de eso no quedaba posibilidad de hacer vida. Sorprendíale á Velásquez que esa mujer hubiese entrado tan adentro en su existencia; su egoísmo se negaba á admitirlo, prefiriendo creer que si podía estar conmovido, era por amor propio.

Apoyada en un árbol, de espaldas á la cordillera cuyas nieves se apagaban en la inmensa serenidad del crepúsculo, Juana lloró silenciosamente, oyendo como algo lejano, los insultos de su amante. Arriba la victoriosa bandera azul se desplegaba, conquistaba el espacio, obligando al áurea lontananza á refugiarse tras la mancha pizarra de los cerros, y ciñendo de una larga

banda esa extensión carmesí, que ya empalidecía, pero donde brillaba, cada vez con más intensidad, el diáfano solitario.

—¡Lo habían burlado como un bobo, haciéndole creer que era el primero en tocarla, cuando ántes estuvo el viejo cochino, nada ménos que con un chiquillo de llapa... ¿También quería que cargara con eso? ... ¡Caramba, hombre: bueno era burlarse de la jente; pero no tanto!

En su inmensa aflicción, la niña no hallaba con qué justificarse. Por un momento atemorizóse creyendo que la golpearía, abandonándola ahí mismo, como á una infame; pero después la angustió de nuevo su pena... Solo pudo ver que se iban á separar sinó hoy, mañana, y... casi, casi habia llegado á quererle... ¿Qué sería de ella?

Pasó velozmente otro carruaje con los faroles encendidos, porque yá la noche se dejaba caer encima. La luz se sumergía, embebíase en aquel creciente misterio de sombras. Solo vagaban á lo largo de los caminos, náufragos retazos de una claridad lívida, enredándose en girones á las ramas oblicuas de los árboles. Las primeras tinieblas de la noche hacían invisible el rostro del hombre; mientras que ella, de cara á la última fulguración del sol, parecía vestirse con la impalpable vaga túnica de toda la blancura que aun flotase. Risas discretas partían de varios senderos y de la laguna, donde quedaban algunos navegantes intrépidos.—¡Mira que se hace tarde!—gritaron desde el muelle.

Los de la chalupa, entonaban una barcarola.

¡Oh qué triste  
Qué salada  
Es la espuma  
De la mar!

Volvieron á emprender la marcha. Velásquez inclinándose de cuando en cuando, recojía de la morena tierra los botoncitos de plata que botan los encalíptus. Su compañera levantó sus ojos á la inmensidad azul, tan apacible, con su única prefulgente estrellita, en cuyo torno restaba un vapor violado, muy débil, pronto á desvanecerse, á anegarse en la pureza celestial del infinito. Caminaban sin decirse palabra. Sin embargo, ¡cuánto necesitaba la pobrecita un poco de cariño, sintiendo ahora agitarse en ella una nueva vida que doblaría sus amarguras! La escena que acababan de tener la impresionó mucho; sufría inquietudes en el vientre y dolores en las caderas. Solo una vez se atrevió á proponer: ¿llevo yó la canasta? Nada más, hasta que tomaron el carro de vuelta, forcejeando para entrar, pues en la pisadera se aglomeró la jente.

Por el canasto tuvieron que subirse á la imperial. En el firmamento despuntaban ya centiliones de estrellas. Al rededor de ellos se hacían proyectos alegres ó repetíanse chistes con la voz fatigada de los que habiéndose divertido mucho ya no tienen fuerzas para reírse... ¡Pequeña baraunda, un poco melancólica, con que

los obreros se despiden del breve Domingo para recomenzar su larga semana de trabajo.

Poco acostumbrada al sombrero, Juana lo puso sobre su falda, dejando que el viento le azotase en los ojos su rebelde rizo rubio, y con el largo alfiler claveteaba la pequeña copa de paja, escuchando los latidos del ser que se iba formando en ella. Aquel misterio de creación le producía un asombro único. Nunca como entonces sintió el enorme terror á la nada, que, sin explicárselo, la perseguía desde que viera irse á su madre. La idea no mas que ella pudiese morir y que esa creatura quedara presa como en una tumba de carne, dentro el vientre de un cadáver, la daba escalofríos... ¡Su hijo!...

Hubo de confesarse que aquellos pensamientos extraños le venian inesperadamente, sin saber cómo ni por qué, de *algo* que habia nacido con ella, pero que era ajeno á su persona, muy superior á su inteligencia. La sorprendían tanto estas alucinaciones incoherentes, que sentia respecto hácia sí misma, como si aparte de su pobre yo, existiese *algo* grande, absurdo, desconocido.

Arturo estaba suspenso de verla tan abstraída. —¿Qué piensa hacer?... ¿Dónde querrá irse?... —porque ni un momento dudó que la rupa fuera definitiva. ¡Bien triste sería perder una queridita tan barata, tan linda; pero su matrimonio, aunque aplazado para Junio, no estaba distante, obligándole á romper con sus relaciones de soltero.—¿Dónde mejor pretexto para

dejarla que lo que habia sucedido?—... Por otra parte, su sueldo no era gran cosa, y el amigo edil reclamaba la pieza en que la instaló... Más—¿qué suerte le correría á ella?— Aunque ya lo hubiese hecho con otras ¿no era muy doloroso echarla á la calle con su buena fé, cerrar la puerta, y darle por toda paga un—¡Anda con Dios? ... — Fué en ese momento, atendiendo la santa voz de su piadosa conciencia, cuando recibió, del cielo talvez, aquella inspiración magna.—¡Cómo no se le habia ocurrido antes?... ¡Soberbio!... Eso era proporcionarle colocacioncita decente al apartarse de ella y todavía, *poder seguir tratándola* cada vez que se le antojase.—Todo su buen humor se lo devolvió con creces una resolución tan estupenda.

—¡Tonta! ¡No estés triste!—dijo, inclinándose al oído de Juana, haciéndola cosquillas con una ramita que cortara maquinalmente, quien sabe en donde.—A lo hecho, pecho; ya que no hay remedio, ¡qué hacerle pues!... ¡yo te perdono!

## XXII

Cuando llegaron, después de comer cualquier cosa, casi sin cambiar sílaba, Arturo salió. Redoblaba sus atenciones hácia Marta, por lo mismo que la causó tanto disgusto con postergar el casamiento, so pretexto que debia esperar el ascenso que le prometieron en su oficina.

No se confesaba él que la verdadera causa

era otra bien diversa, casi pueril. No más que el irresistible deseo de alargar un mes aun su existencia de soltero, sintiendo, con mayor fuerza que nunca, esa misma voluptuosidad de libar la miel en todas las flores, esa pena de perder su independencia, que quita el brillo á las alas de los picafleres prisioneros y los hace morir nostálgicos dentro sus jaulas de barrotes de oro; dolorosa voluptuosidad que sirve como excusa á cuantos excesos de disipación se entregan los libertinos en los últimos días de soltería, cual si se despidiesen para siempre de muchos dulces goces que fueron su juventud; cual si desearan llevarse su más reciente y abundante sabor. Nada más que un almíbar de alegrías, que servirá para endulzar el porvenir amargoso y triste, pues si la vida marital con una manceba, aunque seductora por lo que tiene de prohibido, es ya un lazo sofocante, ¡Dios mio! rémora es la mujer lejitima atada al cuello del hombre con la cadena de la sanción social.

Durante esas horas de ausencia, Juana trató de sonsacarle á su destino qué sorpresas, ó qué nuevos tormentos le reservaba. Como otras veces, volvía á encontrarse en la tortuosa galería del acaso y marchaba tanteando por las tinieblas, con los brazos extendidos, creyendo ver brillar en cada revuelta una luz de esperanza, ó temblorosa á cada paso de que cerrara su camino la puerta negra de la desesperación.

¡En qué mala hora, bajo qué mala estrella

había sido concebido aquel hijo, por el que ya sentía una piedad infinita? Aquel fruto de la vergüenza, ¿no sería un nuevo mártir que empezaba su calvario desde las entrañas que lo engendraron? ¡Ah, los hombres! ¡Siembran á todos los vientos, en cualquier terreno y prosiguen despreocupados, abandonando las simientes á la casualidad, á la intemperie, sin preocuparles si fueron estériles ó no; si fecundas en fruto sano ó dañado... Lo único seguro es que, de germinar, germinarán en los zarzales, entre la maleza dañina y la hierba maldita, extrayendo su savia del ciénago mismo del pantano.

¡Si se pudiese penetrar las tinieblas, arrancarles el secreto de lo porvenir!... ¡Quién sabe, entonces, si fuera mejor que aquel pobre ser no naciese nunca á la luz del mundo!... Extirpar el brote vicioso, es evitar que se desarrolle una planta para la peste y la carcoma.

Quién profundizara aquel cerebro, hubiera dicho que la idea del infanticidio, por experiencia de la vida, por compasión hacia el inocente ser que sin voluntad propia nace á sufrirla, surgía allí dentro, como una de las tantas aberraciones que constituyeran desde algún tiempo la normalidad de su estado pensante.

Trató de rezar, de encomendarse á la Virgen, de tener confianza en su protección; se dijo una vez aun, que—¿porqué Dios no había de apiadarse por fin de ella, concediéndole el rescate á la dicha? ¡Indudablemente que así lo haría, pues, que hartó la acrisolara ya!— En esto

razonaba como el pobre diablo que toma supersticiosamente un camino, escudriñándole, seguro de que el buen Dios, que no deja sin abrigo á los pajaritos del cielo, colocará ante sus pasos la chorrera de oro, escapada del roto bolsillo de un nabab (es el infortunio quien al elegir á algunos hombres por su juguete, los torna pusilánimes hasta el fatalismo, última abdicación de la voluntad). Tanta fé lleva, que va recogiendo las hojas caídas de los árboles, ya que en los momentos que se desvaría con monedas, las hojas, relumbrosas cual esterlinas, cubren la tierra de tesoros fabulosos. Cuando el espinazo se le fatiga inútilmente, piensa que debe haber pasado junto al dinero sin verle y al enderezarse se consuela con aplazar hasta el siguiente día aquel hallazgo que le deparará la casualidad, ese mito que para consuelo de sus miserias creó la fantasía de los infortunados, quienes le remiten la tarea de enriquecerlos.

Despues consultó Juana á su madre.—¡Cómo la perdonaría de los terrores y los remordimientos que le renovaba, si le prometiesen sus ojos un consuelo, un poco de dicha y de descanso!— Pero sólo vió el enigmático gesto doloroso de la otra vez, cuando se iba á casa de misiá Pepa.

En el camino que tomara ¿no hallaría, pues, la felicidad?

.....  
Esa noche Arturo Velásquez volvió casi al amanecer, trascendiendo á cerveza y á polvos de

arroz; tan alegre como un estornino que ha comido bizcochos remojados en oporto.

### XXIII

...—Pues sí, hija mia—dijo él después de comer—he hallado para tí magnífica colocación en casa de una amiga modista. Por esto puedes ir viendo lo que te quiero, lo que me preocupó de tu suerte. Allá disfrutarás de una vida zorzalina, con amiguitas muy simpáticas; y amén de pieza y comida, no te faltará ropa limpia y trajes. ¡Oh! no faltará un bonito traje!

—¿Quién es esa jente,—esclamó Juana, no dando crédito á lo que oía, — por que han de hacerse cargo de mí?

—Son una familia muy original, y tú que coses bien, puedes ayudarlas en mucho... Las conozco hace tiempo, siendo amigas de esas que por complacerme harían cualquier sacrificio. Les he hablado de tí, que eres joven, bonita, modesta; y misiá Adalguisa, la dueño de casa, me contestó que no había inconveniente para que te fueras con ellas.

—Pero tu conoces mi estado y...

—Le conté cuanto hay. Gentes que saben vivir con el mundo, no tienen nada de gazmoñas. Cuando llegue el caso te cuidarán con toda solicitud y san se acabó... ¡Oh! ¡no se asustan por tan poco!

Velásquez había sacado de su cartera y daba

vueltas entre los dedos una tarjetita lila de suprema distinción, donde en dorados caracteres ingleses estaba impreso el nombre:

*Mme. Adalguise Albano de F.*

MODES

—¡Ah! ¿es francesa?

—... De agua dulce;... pero siendo modista le conviene hacer su reclamo en gabacho, por la clientela.

—Casada, ¿nó?

—... Viuda... tiene varias hijas solteras, buenas mozonas; reciben á medio mundo porque son muy conocidas... Ahí te despercudirás, hija; conocerá la vida, saldrás á la buena sociedad... ¡Oh! ¡tienes que agradecérmelo!... ¿vamos?

—¿Ahora mismo?

—¿Por qué nó? Subimos en un coche; y como tu equipage no es mucho...

Efectivamente. En un paquetón juntó su ropa, su manto, y con ponerse el sombrero estuvo lista para seguirlo. Dolíale la repentinidad del cambio porque no tenía hecho el ánimo para irse así, de golpe y porrazo; pero sabiendo que menõs que nunca era dueña de decidir las cosas según su gusto, no opuso ninguna objeción... Estaba muy obligada por las molestias que á Velásquez le impusiera, ¡muy obligada!

—Espera—dijo Arturo arreglándole los cabellos con esmero—deseo que les caigas bien, que te encuentren mejor que una princesita.

La besó en la frente enternecido y muy cojidos del brazo se fueron en busca del carruaje.

—¿Qué calle?—inquirió el cochero.

—Olivar, 18.

—¡Ah!

De un fustazo hizo arrancar los caballos, seguro del camino.

\*  
\* \*

Ante esa conocida casa verde con estucos de yeso, cuyas dos cerradas ventanas se abren y se iluminan por la noche como nictálopes ojos de mochuelo, descendió la pareja, aguardándoles el coche mientras Arturo llamaba resuelta-mente á la puerta... Unos pasos arrastrados vinieron á abrir:

—¿Quién es?

—Yo soy

—¿Quién es, *yo*?

—Yo, pues; abra no más, misiá Rita.

Era la *seña*, ya que no el *santo* y abrióles la puerta una viejona gorda, quien saludando sonriente al joven, miraba con curiosidad su compañera.

—¡Ah! ¿cómo le vá?... Voy á avisarle á misiá Adalguisa.

Los condujo hasta un salón pequeño, abriendo el mechero de gas que estaba á media luz. Después volvió á mirar á Juana y salióse de la pieza.

—Apropósito—secreteó rápidamente Arturo —¿Cómo es tu apellido, para presentarte? ¡Cree-rás que no lo sé?

—Lucero, pues.

—¡De veras; ya me acuerdo!

Hubo un ligero roce tras de una puerta y vieron asomarse una cabecita de muñeca que se escondió con presteza.

Mientras tanto, Juana observaba los muebles de la sala, de buen gusto; y los cuadros que tenía en las paredes.

Sobre todos le llamó la atención un retrato escotado, con dedicatoria: «A Isidoro» y una oleografía en que, ante una niña, sonriente dormida, Cupido, con su carcaj en el muslo y dos alitas en los hombros, hacía bailar á un bello joven, colgándole de un hilo. Por feo contraste, al otro lado del lecho, un vejete inclinábase para besar á la soñadora, que inconscientemente extendía el brazo hacia la bolsa de oro que él dejaba sobre el almohadón.

—Mira, Arturo; aguaita este mono tan curioso.

Suavemente, con arrogancias de gran señora, penetró en el saloncito una mujer, joven todavía, de cabellos y cejas rojizas; vestida con una deslumbrante bata raso celeste, de insinuado escote; bajo sus ojos verde-felino, poníanse en relieve gruesas ojeras y cerca del hoyuelo gracioso que prestara tanto carácter á su barba voluptuosa, negreaban dos pequeños lunares, como mandados hacer para acentuar la gracia del rostro.

—¿Cómo está, Adalguisa?—dijo Velásquez, extendiéndole la mano, mientras Juana permanecía un tanto retraída.—Aquí le traigo la señorita

que le dije... La señora Adalguisa Albano... la señorita Juana Lucero.

Juana avanzó á estrechar la aristocrática mano que alargaba la señora, con ademán de reina, haciéndole una ligera inclinación de cabeza, mientras la estudiaba bajo los párpados semi-caídos, como los gatos cuando observan fingiéndose los dormilones.

—¡Ah! si, no? Muy bien, Arturo; su recomendada no tendrá que quejarse.

Ella balbuceó un agradecimiento.

—Señora...

—¡Nada de gratitud! Sé bien lo que es encontrarse desamparada en el mundo, y yo tambien tengo malos recuerdos de juventud... Creo que congeniaremos, señorita... señorita... ¿Cómo es su gracia?

—Juana Lucero, señora.

—...Señorita Juana.

No tenía más que decirla, aunque siguiera sonriéndole políticamente... En un ademán de laxitud, volvióse hacia Velásquez.

—Estamos concluyendo de comer, ya sabe que nosotras comemos tarde. ¿No quiere pasar al salón?

—No, gracias; me está esperando el coche.

—Entónces, será hasta la vista, querido amigo.

El iba á besar á Juana, pero se contuvo, y le apretó la mano.

—Adios, Juanita. No pierda cuidado que me verá muy seguido por aquí.

—Vamos, señorita—propuso Adalguisa, empujándola suavemente.— Debe venir un poco cansada y le mostraré su cuarto... Por hoy es mejor que se recoja temprano. Mañana conocerá á sus compañeras...—No se olvide del paquete—añadió, viendo que ella la seguía.

Atravesaron un jardín cuidadísimo, con plantas chiquitas, imitando los panterres ingleses, y en el pasadizo que conducía al segundo patio, subieron por una estrecha escalera. A la distancia veíase una pieza fuertemente iluminada, de donde salían risas, ruidos de cristales, de cubiertos.

—¡Tan inoportunamente que hemos llegado, señora!

—No importa, si ya iban á servir el café... Esta es—empujó una puerta, introduciéndola á una piecesita primorosamente amueblada.— Si quisiera algo, toca el timbre y puede pedir lo que desee á misiá Rita, la que les abrió... Aquí hay tambien bizcochos y un frasco de cognac.

Juana miraba deslumbrada aquel dormitorio que con el gas encendido, parecíale esperarla. El catre de bronce resplandecía entre las cortinas de encaje blanco, bajando desde el techo. A los piés de la cama se alzaba un ropero con luna bisoté; el testero principal llenábalo el tocador, duplicándose en su espejo la frasquería de las consolas, á más de algunos bibelots de terra-cotta...—¿Era un sueño que dormiría en ese delicado estuche?... —Adalguisa la mi-

raba con sus ojos entrecerrados y ella casi sintió vergüenza de desdoblar su manto de merino entre aquel lujo confortable.

Cayó sobre la alfombra una fotografía. La dama se inclinó á recojerla, no pudiendo contener una exclamación.

—¡Beh!... ¡Alfredo Ortiz!

—¿Lo conoce usted, señora?

—¡Cómo nó! Si visitaba mi casa antes y era íntimo de Isidoro, un amigo mío... Solo que aquí está más joven... Ahora es ministro ya... ¿De dónde sacó este retrato?

—Fué amigo de mi mamá, también.

—¿Quién era su mamá?

—Catalina Lucero.

Adalguisa no objetó palabra. Sin apartar la atención del retrato, seguía alzando la vista á medias, cual si la cotejase con él.

—Indudablemente—pensaba—es demasiado distinguida para ser una...

—Descanse, pues, hija—dijo al despedirse—Mañana en la noche pasará al salón; tenemos tertulia: se toca, se baila, eso sirve para distraerla.

Una vez sola, Juana registró como un niño la pieza. Probaba las esencias, abría los cajones, hundiendo sus manos en la blandura del lecho, hasta mermando ó acrecentando la llama del gas .. En vano se preguntaba si este sueño tendría mal despertar...—¿Para qué la habían traído allí?... ¿Porqué tantas atenciones con una pobre como ella?—Solo la tranquilizaba

el que aquel señor del retrato hubiese sido amigo de la casa, siendo un lazo de seguridad, que la señora conociera también, al que conoció su madre.

Pero, apesar de esto, encontrábase Juana más sola, más perdida que nunca, en ese lujo artificioso. Hasta entonces, por más indiferentes que le fuesen, alguna relación la había ligado á las personas con quienes vivió. Recien esta noche, lúnes 11 de Mayo de 1897, iniciaba su existencia entre estraños de veras; gentes que la veían por primera vez y de quienes ni siquiera el nombre conocía... lúnes 11 de Mayo de 1897...

—¿Seré útil en la casa?... ¿Me acogerán bien?... ¿Se trata de personas bondadosas?... — Remitió al dia siguiente esas zozobras... Ahora no se debe pensar sino en el descanso, en el benéfico sueño que tranquiliza toda inquietud.

Al volverse, vió el fantasma en el gran espejo del ropero. No se delineaba su cuerpo porque parecía esfumarlo una nube blanca, pero el rostro, la mirada, vivían intensamente.

Y fué ilusión ¡quién sabe! pero allí, á su vista misma, bajo la luz del gas, ella vió que los cabellos de la muerta tornábanse blancos por completo y que de sus ojos negros, extraordinariamente relumbrosos, rodaba una lágrima.

## XXIV

Habiéndose acostado con la amargura, la tristeza indescriptible del colegial que pasa su primer noche de interno, durmióse profundamente, como siempre que se instala en casa nueva. Solo en el último tercio de la noche experimentó un azorado despertar, al ruido de lejanas voces. Puso el oído: sentía la cadencia de un vals, carcajadas, gritos; habían carreras, golpes de puñetazos dados sobre mesas, y á todo esto, aquel segundo patio permanecía en el recogimiento.

Alarmada por la bullanga, tuvo la idea de asomarse. Arrebujóse en la sobre-cama y saliendo á la estrecha galería, escuchó atentamente.

No se oía en los altitos respirar un alma. Por lo demás, juzgando á la simple vista, había sinó otra pieza junto á la suya, y con esto se daba por agotado el segundo piso.

De codos en la baranda, aturdida, pues nunca está bien despierto quien interrumpe su sueño á las altas horas con el pensamiento de reanudarlo, miraba el cielo celeste, casi verde, en que la luna parecía un cuerno de plata, de donde se desparramaran las estrellas. Sobre aquella transparencia, el árbol del patio, recortábase negro, traspasado por largo rayo azulejo, que tenía entre las ramas el frio brillo de una hoja de espada.

Recordó al compadrecito castaño, que acompañaba su soledad donde la tia Loreto; le parecía volver á encontrarle sin que hubiese transcurrido más de una noche desde que dejó de verlo... Y eso que bien pudiera haber pasado un siglo..... No más que por asemejársele, le cobró cariño á este otro... ¡Quién sabe si llegara á ser buen compañero también, en sus próximas horas de aislamiento!

Los ecos del baile subían hasta allí, como una profanación á la muda serenidad de ese nocturno.—¡Qué bullanga, Dios mio! Nunca, ni en las tertulias de los Caracuel, sintió otra zalgarda semejante. El piano no perdía un momento; ahora una voz de mujer cantaba «*Rubios y Morenos*», la pieza predilecta de Mariquita, pero ni por ello cesaron los gritos ó el run-run de las charlas estruendosas.

— ¡Cómo habrá de jente!—pensó, y sentía tentaciones de acercarse al otro extremo de los altos, cuando crujió la escalera y sonaron voces de jentes subiéndola. Encerróse como un cúspide, con la vergüenza de su colejalada, temerosa que la hubieran visto desde abajo. ¡Qué pensarían de ella, que á la primera noche salió al balcón en camisa, para curiosear lo que pasara en la casa!

Abrieron la puerta del lado, sintiéndose raspar los fósforos, y una voz de mujer en conversación con alguien... El estrépito de la tertulia aminoraba ya.

Escuchando esos zumbidos vagos, de los que apenas distinguía los tonos, se volvió á quedar dormida.

\*  
\* \*

Rodeaba en las ocho el día, cuando, al concluir de vestirse, se halló indecisa.—¿Deberé quedarme en mi cuarto?—Calculaba la hora por la pesadez de sus párpados; pero en la casa no se oía rumor de vida.

—Se deben haber acostado tarde...—Y encontró rara la diversión que vino á despertarla, pues la cruda luz del sol dá sus justas proporciones á los sucesos exajerados en las noches. Con todo, veía su cuarto elegante siempre, aunque no tan magnífico como al resplandor del gas duplicado en los espejos; y siguió su sueño de la víspera, hasta dudando que ocurriera lo que recordaba de una señora buena moza que estuvo allí para hablar de Catalina.

Se le ocurrió atender al cuarto colindante... Ningún ruido. Entonces, entreabriendo la puerta, asomóse á la barandilla.

—¡Buenos días! ¿Cómo ha amanecido?—saludó desde abajo una mujer gordiflona que encucillada en el medio del patio calentaba quien sabe qué cosa, en un brasero, mientras un enorme gato blanco, seguía muy atento aquella operación... Con trabajo pudo recordar que era la misma que les abriera la puerta, la misiá Rita, y se esforzó, mostrándose amable.

—Bien, muchas gracias..... ¿Se ha levantado la señora?

—No. Si nó se levanta hasta las doce para almorzar. Aquí son poco madrugadoras y usted se acostumbrará... Las niñas son muy buenas, de lo mejorcito.

—¿Cuántas son?

—Seis

—¡Seis!—repitió admirada Juana.—¡pero todas no serán hijas de misiá Adalguisa?

La mujer levantó la cabeza y quedóse mirándola; después, mientras escarbaba las brasas, parecía reírse de muy buenas ganas.

—¡Caramba, no! ¡qué iba á hacer la señora teniendo tanta hija!... en todo caso, serán sobrinas; es un parentesco menos incómodo, muy usado entre los curas.

Juana creyó que había dicho una ridiculez y que se burlaban de ella: sin embargo... Arturo le había explicado...—Quiso entrarse de nuevo á su cuarto.

—A la una almorzamos—añadió la gordota, chupeteando un mate que acababa de cebar.—Si le apura ver antes á la señora, vaya á su cuarto... aunque... ¡mejor ella vendrá!

En seguida gritó:

—¿Quiere un matecito, abuela?

Solo entonces, inclinándose mucho sobre la balaustrada, pudo ver, bajo un árbol florecido de campanillas, á una viejecita archi-vieja. Desde su altísimo Olimpo, Júpiter tonante asestaba su más templado rayo por hacer reverberar la nieve

de esa cumbre centenaria; y la humilde sin duda estábale agradecida, pues que, aparragadita en su silleta, no tenía ojos sino para aquella franja de sol, mensajera del Dios que adoran los viejos con toda la fuerza de sus escarchados corazones.

—Hay que gritarle, porque es sorda—explicó misiá Rita—debe tener la edad del tabaco, y ya no distingue á la jente. Figúrese que es hermana de mi abuela. Hace más de diez años que vive así, callada, comiendo cuanto pilla, sin otras muestras de juicio que el modo como cierra su cuarto embolsicándose la llave, si sale á tomar el sol. Todo el santo día se lo pasa así, como un ringlete, persiguiendo con su silleta, el calorcito que se le vá.

— ... ¿En qué pensará?—dijo Juana, meditando.

—¡Talvez no se acuerde de nada... y eso que tuvo una vida muy azarosa; porque fué bonita!

Juana soñaba, mirando aquella inmóvil de manos blancas, de rostro blanco, de cabellos blancos, que existía con la preocupación única de derretir el frío que empezaba á conjelarla. Era como una de esas buenas hadas de los cuentos, que, con su rueca y su lino, bajan á la tierra, mecándose en un rayo de sol. Ciega, sorda, encerrada en sí misma, parecía reflejar hacia adentro un mundo de cosas. No sería difícil, pues, que solo viviera del pasado, que su alma conversase con muchas ancianas afecciones. ¡Ah!

¡Cuántas sombras de muertos amigos, rodeábanla invisiblemente! ¿Guardaría afectos, conservarían dolores, ó no quedaba en ella sino el egoísmo de una vieja gata sibarita?... ¡Quién podría saberlo nunca, si el corazón de esa esfinje estaba cerrado herméticamente, ni más ni menos que la concha del caracol!

## XXV

Concluido de ordenarlo todo, cosía una pollera del corte de percal que le obsequiara Arturo, cuando subió Adalguisa con otra joven escandalosamente despelucada.

—Feliz mañana. ¿Durmió bien?—interrogó la señora, paseando su mirada por aquel orden y aquel aseo.—Seguro que no le han dado desayuno; aquí no toma sino misiá Rita, que es una matera viciosa; pero, ya vamos á almorzar.

Juana miraba aquella cabeza revuelta como un gallinero.

—Ah! ¡Aquí tiene á la señorita Mercedes, tan mala como linda.

Volvió á observarla, llegando á convencerse que no era mucha su maldad: entre otras cosas le faltaban dos dientes de adelante, y se reía por todo ó por nada, de una manera desastrosa, lanzando chijetadas de saliva.

—¿Usted, donde estaba antes, señorita?—preguntó ésta con solicitud; pero comprendiendo un jesto furtivo de la dueño de casa, dióle otro jiro á su conversación.

—Somos vecinas. Anoche subí y ya estaba durmiendo usted, por eso me apuré en vestirme ahora, para darle la bienvenida.

Hablaba frunciendo los ojos, alargando el cuello, inflándose de aire sus colorados cachetes y había en sus maneras una sencillez campesina, que le hizo olvidar su fealdad.

—Creo que la sentí recojerse.

Las dos se miraron maliciosas, mientras Juana daba un papirotazo á una plumilla de cardo que se había introducido intrusamente, la cual fué á perderse como un globito blanco, en el ancho espacio azul.

Mercedes guardaba silencio. Más, de improviso, lanzó una carcajada, seguida por un cosquilloso acceso de risa; como Juana la mirara medio molesta, tuvo que calmarse para dar explicación.

—Me estaba acordando de un percance... ¿Conque me sintió recogerme anoche?

La muchacha se puso encendida, creyendo que la habría visto en camisa, en el balcón; entonces, la otra enrojació también. Se quedaron calladas.

—Bajemos, que deben estar esperándonos— propuso Adalguisa.

Cuando entraron en la gran sala, llena de bailarinas de papel, cartuchos plegados, abanicos chinescos y con el eterno almanaque de *El Ferrocarril*, donde se consulta la tabla de salarios y los campanazos á incendio, una señorita arrogante que le recordó á Marta; solemnísima en su bata imperio, con encajes rosa so-

bre el abultado seno, picoteaba rabanitos, mordisqueándolos con sus parejos dientes blancos. Volvióse á medias.

—Me muero de hambre, Adalguisa; dí que vengan ó me cómo todo esto.

Reparó en la extraña frunciendo sus cejas dibujadas á tinta china, dispensóle una cortesía de marquesa Pompadour.

—La señorita Juana Lucero... Cristina Sandoval.

Casi en seguida llegó una joven rubia, tipo de alemana, en el cual estaban en completo desacuerdo los ojos celestes, un algo fruncidos por la miopía, con la nariz, enérgicamente aplastada, cuyas ventanillas dilatábanse y con los rojos labios sensuales. Por lo demás, bajo siete estados de polvos y cold-cream, su cara, violeta por el colorete, aparecía como una torta de fresas, espolvoreada de azúcar.

—Olga Schwember... la señorita Lucero.

—Von Schwember—corrigió aquella, prontamente—con acento cerrado de germana.

Era manía de ennoblecerse la que sufría Olga Schwember. Atacada de un romanticismo crónico, dedicábase desde dos años atrás á escribir sus memorias en forma de voluminosa novela, con miras de no querer concluirse. Esto hacía, en cierto modo, camarada de artistas ó literatos y por eso se enamoró desafortadamente, una ó dos noches, del cada uno que visitase la casa. El poeta Sepúlveda, el pintor Medina, Dupré, Prieto, Ilabaca, Jhonson... todos los intelec-

tuales pertenecientes al *Pillatín*, desde el nari-gueta Pérez hasta el ñatito Ferrari, desfilaron por su corazón, sin que á ninguno de ellos se le ocurriese poner en tela de juicio, ni el árbol genealógico de la condal dinastía Schwember, ó sus berlinesas residencias de verano, invierno y media estación, ni los magníficos saraos donde el Kaiser rompiera con ella las cuadrillas de honor... ¡No! ninguno de los artistas abusó hasta suponer que aquella Loreley algo miope y propensa al espejismo, bien pudo haber confundido las pacíficas riberas del Mapocho, con las del nebuloso Rhin; el corral ó la cocina, con palacios para estío ó para invierno y la cueca de algún cuadrino con imperial rigodón, porque todos vivían como ella en las altas regiones de la fantasía, sin prejuicios de raza enjendradores de plebeyos odios y sabiendo (lo que no sabía cierta ruin y desconfiada Bibelot) que no hay que buscarle el reverso á las grandezas, pues la que más, tiene su origen en el deleznable polvo de que nos hizo Dios.

Misiá Rita á quien Juana creyó una especie de llavera, se había sentado presidiendo la mesa, muy inquieta de ver que se retrasaban algunas comensales.

—¡Qué hubo, Graciela, no viene á almorzar? ¡Juana! ¡Bil!...

Como una avalancha hizo irrupción en el comedor la señorita Bibelot (la «ruin y desconfiada Bibelot») vivaracha, menudita. Parecía una princesa Colibrí; con las dos manos suspen-

díase la demasiado larga bata color violeta, y en sus cabellos debió haber vertido una perfumería ya que á su entrada mareóse el comedor como un jardin de perfume. Sus ojos y sus cabellos, á fuerza de ser negros eran azulados, tenia un lunar con dos pelitos en el lado izquierdo de la barba y un ligero bozo sombreábale el labio superior, bajo la nariz fina, remangada con toda impertinencia.

—Me he quedado dormida y te aseguro que todavía no se me espanta el sueño...— Solo entonces advirtió la presencia de una convidada y le dirigió la más maliciosa de sus sonrisas.

—Señorita... ¡Vaya, cunde el convento! ¿no es cierto, madre superiora?

Mientras Adalguisa se reía por lo bajo, doña Rita, á quien se dirigió la pregunta, lanzóle llamaradas de cólera á la impertinente.

—Manuel Jesús, anda á llamar á la Graciela y á la Juana.

Un niño precioso, de grandes ojos verdes salió corriendo de la cocina.

—Ya estás galluda para hacerte la graciosa, —profirió Cristina, acentuando el fruncimiento de sus cejas.

—Por hoy no tengo ganas de camorras.

Y dándose vuelta de espaldas, la señorita Bibelot se echó al colete un vaso de vino, recojiendo con la punta de su roja lengua, las gotas que quedaron en el borde; despues se limpió los labios en el revés de la mano.

—Cuando pica la palma de la mano, es plata que viene, ¿no es cierto bruja chascona?

Mercedes se echó á reír.

—Te zangoloteas como un tarro lechero, apenas te ríes... Contesta, pues: ¿es plata ó nó? porque á mí me está picando todo el cuerpo y entonces será que me van á hacer millonaria.

—Segurito, espérate sentada.

—¿Por qué no?—discutió muy seria la muñequilla.—Novecientos noventa y nueve mil, novecientos noventa y nueve pesos, noventa y nueve centavos, parece mucho, pero, dí un millón y verás que fácil es metérselo en el bolsillo... Un millón, ¡báh! ¿No hay billetes de á un millón? Sería curioso que, yo por ejemplo, fuera á comprar á la Prá un quitasol y le pagase al cajero con un billetito de un millón... ¡Cómo para traerme toda la tienda! ... ¡Entonces sí que me buscarían los futres!... Aunque anoche soñé que era mayordoma de un banco, y cuando se sueña con plata, ya es sabido, sigue una más pobre que la cabra.

Por una vez más se repitió la presentación al llegar las que faltaban, Graciela Nilson, Juana Cotapos; la primera muy hermosa, pero inexpressiva; la otra con un admirable airecillo de mozigata. Misiá Rita se indignó.

—No es considerado hacer esperar así; hace veinte minutos que estamos en el comedor; como todos los días sucede lo mismo, de aquí en adelante, la que llegue pasada la hora, se queda de bajo de la mesa.

—Muy requetebien pensado, misiá Rita.—ex-

clamó Bibelot.—El mismísimo Salomón no dictaría una sentencia más sabia... ¡Me gustan los raspacachos!... Pero no des vuelta el cuchillo Adalguisa porque eso es fatal.

—Sin embargo, ahora no más traen la sopera —adujo Graciela, viendo que la entraba una muchacha túrnea, picada de viruelas.

—¡Sí... la iba á pedir antes para que se enfriase!

—La comida fría es nauseabunda é insalubre —aseveró Bibelot—A lo menos, así dice el Doctor Briones cuando come con nosotros.

Cristina miraba á la neófito y se inclinó al oído de Juana Cotapos para soplarle algo. Guardaban cierta reserva, cierta tirantés ante la extraña; por desgracia, Bibelot alcanzó á pescar unas cuantas palabras

—Uhhm...! ya estás envidiosa y empiezas tu guerra de siempre; pues guárdate, porque me ha sido simpática; la tomo bajo mi protección.

Juana comia, sin adivinar que trataran de su persona, ni que aquel simple interés de Bibelot, le acarrearía desde ese instante odios inextinguibles. Esa sociedad abigarrada, era para ella una completa sorpresa; nunca hubiese sospechado la existencia de seis niñas como esas, tan peleadoras, tan caturreras, que hasta á Mariquita Caracuel la dejaban atrás.

\*  
\* \*

—Tin-tin se está lavando con la pata izquierda: visita rica que va á llegar,—profetizó la su-

persticiosa Bibelot. parándose en la puerta del comedor.

Graciela la hizo un lado.

—Déjame pasar. Voy á cambiarme el calzado, que me está doliendo.

—¿Dóndese ha visto que sufran dolores los zapatos? ¡Los pies dolerán, pues, tonta!

—¡Me quisiste-me olvidaste;  
me volviste—á querer.

Zápató que yo deséecho

No me ló—vuelvóa—poner!

—¡Ya empiezas á martirizar con tus gritazos! ¿Qué lesera te ha entrado de llevarte fregando la pita!

No se interrumpió por esto la melómena cuya ocupación en su existencia ó, más bien dicho, cuya base y objeto de su existencia era el canto. ¡No importa cuál! Romanza italiana, jota tandera ó tonada del «Pan de huevo» (de donde traía una nueva cada vez que iba) lo que sí importaba era cantar sin paz ni tregua, desde que amanecía Dios hasta el anochecer y no hay cuidado que callase por falta de repertorio, pues, cuando solía agotársele este, enamoraba en solfeo, insultaba en solfeo ó conversaba en solfeo.

Había concluido el almuerzo y Juana creyó necesario acercarse á Adalguisa para pedirle órdenes. Supuso sin razón que no la mantenían por su cara bonita; no queriendo estar de rosa, deseaba conocer sus obligaciones lo más luego posible.

—Mire, hija, aquí, en el día cada una hace lo que le dá la real gana. Queda usted libre hasta la noche, salvo casos fortuitos. El sábado irá con una de las niñas al *centro* á comprarse algo, porque le hacen falta muchas cosas.

Misiá Rita se apresuró á añadir:

—Pero si quiere hacer algo ahora, como sé que es prolija en costuras, conclúyame una *matinée* que tengo hilvanada.

—Ya vá á meterle un cacho—interpuso formalmente Bibelot—Lo mejor que puede hacer la señorita es dormir la siesta, y el sábado la acompaño yo á las tiendas.

—Cállese el cucharón de Mingaco y métase en sus cosas... ¡Es insoportable tu modo de ser, Bibelot!

La ardilla estaba ya lejos. Ella salió con la costura, pensando que era muy rara esa modista que tomaba costureras y las tenía mano sobre mano. Mercedes se preparaba á subir también, pero la llamó Adalguisa.

—Echame las cartas; quiero saber si vendrá esta noche.

Afuera vió Juana á la viejecita que masticaba algo, arrellenada en su silleta. Cerca de ella el enorme gato blanco lengüeteaba una de sus manitas, pasándosela después por la nariz, en refregones incansables. Inclínose hácia el animal, pero al sentirse acariciado, enarcando el lomo y dando cabezasos, interrumpió su toilette, para reanudarla apenas se alejara la joven, quien sa-

ludó á la viejecita con un amistoso movimiento de cabeza.

Desde el patio blanco de sol, donde crugian las hojas secas del nogal, la inmóvil seguía-la con mirada perpleja, tratando talvez de recordar, ó de figurarse quién era esa amable muchacha que se preocupaba de hacerle una cortesía, *como á una persona*: ¿acaso ella no era solamente una *cosa*, desde hacia mucho tiempo?

Juana, mientras subía á su cuarto, no quitaba los ojos del árbol de campanillas, cuyas hojas perennes, permanecen verdes todo el año. En aquel fondo oscuro, los cascabeles de oro de sus flores vibraban al sol. Un destello dorado cruzó el cielo azul y el gato, de un brinco, se puso en acecho, la cabeza en alto, los ojos fosforescentes, siguiendo los movimientos del picaflor que con las tornasoladas alas abiertas en abanico, bebía la miel en uno de esos diminutos cálices.

Su zumbido hendía la luminosidad del aire, como una flecha agitada en un carcaj de cristal.

## XXVI

Después de la comida notó en la familia gran agitación. Una por una se paraban de la mesa apresuradamente, y se oían gritos de extremo á extremo.

—Fósforos, ¿á ver quién me presta fósforos?

—Misiá Rita, venga, pues.

—Es inútil llamarme mientras no encuentre

mis anteojos... ¡Bibelot me la paga si los ha escondido como siempre!

—Alguien me ha sacado el cinturón!

—Bibelot, devuélveme la tiguera que te presté esta mañana.

—La tengo ocupada... no me la voy á comer.

—Yo no sé,  
Como fué  
Yo no sé  
Que pasó...

—¡Cállate!

—¡No quiero! ¡No-quiero. Nónonononó!

En fin, algo como la febrilidad de los cómicos, que se preparan en sus camarines antes de salir á escena, agitaba la casa. Solo Adalguisa y Juana Lucero se habían quedado en el comedor. La señora muy elegante, vestida con un traje de escote y manga corta, sorbía fruciosamente el café, y de cuando en cuando, fijaba en la muchacha sus ojos de un verde felino, casi negros á la luz.

—Es muy necesario que tenga algunas cosas—dijo de repente.—Ahora está bien así, pero despues se verá obligada á remudar.

Se oía á cada rato la vibración del timbre y voces de hombre. La sirvienta túrnea, recogía la mesa. Misiá Rita se asomó.

—Están preguntando por usted en el salón; vaya con la niña y la presenta: les he prevenido la novedad.

Juana pensó rogarles que la dejarasen mejor

en su cuarto; pero no se atrevió, porque algo confuso le advertía que su deber era no negarse.

—Ya llegó jente, ¿vamos?—invitó Adalguisa, levantándose.

Cojiendo de un florero un jazmín del Cabo, se lo puso en el pecho á Juana; despues enlazó su cintura con el brazo en una cariñosa familiaridad de compañeras.

Cuando llegaron al salón de recepciones, profundo, amueblado y encortinado de amarillo, ya en el umbral tuvo un movimiento de sorpresa y de temor que casi la hizo retroceder; pero un caballero chico y gordo se habia adelantado á su encuentro y Adalguisa la arrastraba por su parte, hablando en voz alta.

—Esta es, don Napoleón, la señorita que le decía. ¿Qué le parece? Aquí tiene, hijita, á don Napoleón Ojeda, segundo alcalde y futuro diputado. Le habia dicho muchas cosas de usted y tenia tantas ganas de conocerla, que anoche mismo quiso ir á su cuarto.

Habia callado el piano. Algunos jóvenes se acercaban para saludar á la dueño de casa y miraban con mucho interés á Juana. Las seis señoritas aderezadas de baile contemplaron cuchicheándose con sus amigos, aquella solemne introducción, y el mismo pianista, un moreno con cara de boliviano, daba vueltas la cabeza, estirando el charqui.

—Vaya, siga tocando no más, Jacintó—dijo á gritos Adalguisa. Y luego en voz baja á Juana:

--¿Usted baila valse, señorita?

—No, señora, ningún baile.

—Yo seré su maestro—dijo don Napoleón, ofreciéndole el brazo con una insinuación de danzarin consumado... —*¡Amor de primavera, maestro!*

Sin salir de su turbación se sintió arrebatada en un huracán. El salón entero dió vueltas vertiginosas, las parejas giraban como títeres, y el piano enloquecido en el vértigo de sus propias notas parecía alijerar frenéticamente el compás. Hubo un momento en que ya no se marcaba el paso y todo no era sinó un torbellino informe sin concierto alguno. Las colas de los vestidos enrollábanse al cuerpo; los faldones de los jaquets se abrían queriendo volar; habian encontrones y estrelladuras, pero nadie se detenía, mucho ménos Napoleón Ojeda, eximio coreógrafo, tan aficionado al arte de Terpsícore que se le tenía por adorador obligado de cuanta bailarina importase la ópera. Era un trompo aquel hombre, y Juana que veía como en un sueño, á través de una gasa, los rostros de las personas que conversaban en los sofás ó de las nuevas visitas que iban entrando, creyó que llegaría á desmayarse, si aquella locura continuaba un minuto más.

Felizmente el *maestro* fué el primero en fatigarse. Levantó las manos de las teclas y haciendo chirriar el taburete se volvió bruscamente hácia la concurrencia.

—¡Caramba! ¡no tienen ushtedesh compashión

de mí! Un deshcanshito sheñoresh.. ¿Quién me paga una copita de pishco? ¿quién esh el jenerosho?

Todos se pararon en seco, riéndose, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas. Las mujeres componian sus peinados y los hombres se limpiaban la frente con el pañuelo ó tomaban los abanicos de ellas para echarse aire. Una voz única corría de un lado al otro de la sala.

—¡Cerveza, por Dios; ya nos ahogamos!

Juana separó de la frente el rizo que le habia estado haciendo cosquillas.

—¿Qué prefiere usted, cerveza ó ponche?—interrogóle Napoleón Ojeda.

—¡Qué cerveza! Ponche caliente y me ferea á mí—se entrometió Bibelot, poniéndole la mano en el hombro.

—¿Y tu pareja?

—Es un palomilla cicatero y roñoso, que me preguntó cuanto vale la botella de Pilsener. ¡Yo no sé cómo dejan entrar á algunas personas!

—A la salud de tu moño.

—A la salud de mi moño.

Las copas chocaron y se vaciaron porque eso y mucho más merecía aquel empingorotado monumento, obra maestra en equilibrio, sostenido según moda japonesa, por dos largos alfileres que se cruzaban como floretes en una panoplia.

Hasta aquí la tertulia se habia mantenido en un pié muy aristocrático: los bailarines cojían de la punta de los dedos á las damas y en los sofaes se conversaba con toda compostura. La sociedad

femenina aumentó en tres visitantas, vestidas lujosamente (acompañábalas un señor tieso, correcto). Una de ellas, muy confusa ante las miradas de las de la casa que las examinaban desde el zapato al sombrero, cuchicheándose después; las otras rumbosas, corteses, excesivamente dignas con los jóvenes que creyeron reconocerlas y á quienes mantenía á respetuosa distancia su ceremonioso trato. A cada momento engrosaba la concurrencia.

—El literato Esteban Román; la dueño de casa señora Adalguisa Albano de F.

—Tanto gusto de conocerlo... Tendrá que escribirme en el álbum, caballero... ¿No lo conoce? Pablo Méndez ha puesto una estrofa preciosa... El que es presidente ahora, tiene su firma en él... senadores, ministros...

—Señora, yo no soy nadie, y...

—No, no se niegue: ustedes los jóvenes pueden valer más tarde. De usted conozco algo, y con constancia... ¡Pasemos al saloncito donde está el álbum; allá puede componer con más tranquilidad.

—Pero...

—Que la Olga no sepa no más que es usted artista, porque me lo confisca toda la noche.

—¡A que si Román escribe, la Adalguisa nos dá un champañazo!

—¿Y por qué nó, pues?... ¡Misiá Rita, mande dos botellas de Champagne al saloncito, y las apunta á mi cuenta!

—Fíjate, Napoleón, lo rangosa que está la Adalguisa.

Aunque disgustada por ciertas libertades, y sobre todo por el bullicio, Juana permanecía observadora, reconcentrándose en sí misma, y agradeciendo la prudencia de su caballero, quien, sospechoso tal vez de la estrañeza que ella sufría, insinuábase en atenciones, sin asustarla demasiado.

—Oiga, Napoleón; tengo que decirle una palabrita.

Cristina hacía una seña al segundo alcalde, con una expresión de amabilidad que ocultaba su despecho. Lucía sobre el cabello, separado en bandas, á la griega, una deslumbradora diadema; y Juana no dudó por un momento que aquellos pedacitos de estrellas fueran diamantes. Porque no hay duda que los diamantes son fragmentos de las estrellas que se caen. Como vienen de tan alto se desmenuzan demasiado y tal es el motivo que son raros los diamantes gordos.

—Venga, Napoleón.

Bibelot se interpuso, como si le hubieran clavado un alfiler.

—¡Quieres quitarle la pareja, porque estás celosa y esta noche nadie se ha acordado de mirarte!... ¡Apróntate! Me opongo; no vayas, Napoleón.

El segundo alcalde dudaba, temeroso sobre todo de que alguien acaparase á *la nueva*, tanto tiempo esperada. «La primera que traiga será para usted,» le prometió Adalguisa, tres meses atrás, y ahora cumplióle su promesa.

Cristina no se había dignado responder á Bibelot, pero volvió á repetir con tono de altivez:

—Le ruego, Ojeda, que venga.

—¡No, no y no!—gritó Bibelot.

El hombre permanecía indeciso.

—¿No vienes?—dijo ella con lágrimas de cólera en los ojos, y mirándole ferozmente como si hubiera caído su máscara de coqueteria seductora, ante la vergonzosa derrota.

—¿No ve que estoy ocupado, y...

—¡Huiche! ¡huiche! ¡Así me gusta!—silvó Bibelot acercándosele, y echándole á los ojos su burla.

Entonces no pudo contenerse la otra, ante esa muñeca provocativa, y con su más grueso apóstrofe trató de cogerla del cuello; pero la ardilla se escurria ágilmente, poniéndose fuera del alcance de sus uñas. Y mientras la gorda bufaba con los dientes juntos, los dedos crispados por el ansia de extrangularla, un resorte pareció impelir aquella liviana personita flacucha y Cristina se llevó simultáneamente las manos á la cara, bañada por la sangre que salía de su nariz y al ojo izquierdo, casi hundido bajo el doble bofetón que la hizo vacilar.

—¡Sangre! ¡Sangre!

Un tumulto formidable alborotaba el salón. Desgreñadas, sudorosas, con los trajes descompuestos y el pelo sobre los ojos, medíanse terriblemente, prontas á irse de nuevo á las manos como dos gallos enfurecidos.

Misiá Rita se puso por medio.

—¿Qué tole-tole es este, por Dios? ¿No se acuerdan que están en una casa decente? ¡Escándalos aquí!

Y como veía que por encima de ella la Cristina alcanzaba del pelo á su rival, la vieja se enfureció á su vez.

—¡Chiquillas!... ¡Educación, pues!... ¡Están peores que las de la orilla del río!

—Si no sueltas, lo corto.

Bibelot había logrado coger la mano que le arrancaba el moño y mordía un dedo sin compasión, hasta que su contendiente aflojó, dando un grito.

—¡Chiquillas!... ¡Adalguisa, venga! ¡Mire estas sinvergüenzas, estas gatas alzadas, que vienen á desacreditar la casa!

A Cristina, ahogándose por el furor de verse cubierta de sangre, la llevaron á la otra pieza para lavarle el rostro. Resoplando seguido, la agresora apuntalaba su moño en escombros, con los ojos brillantes como dos avalorios de azabache.

—¡Quería faltarme! ¡Yo la enseñaré á gente, á esa chusquiza atrevida!

—Mire, Bibelot—dijo con severidad Adalguisa.—Misiá Rita está furiosa y con razón, porque, ¿qué pensarán de esto las señoritas que están de visita, los caballeros que han venido por primera vez? Otra bolina así, y me veré obligada á echarla de mi casa.

—¡Vean qué señorita tan delicada!... Me voy, pues, rotosa.

—¡Cuidado conmigo, Bibelot! ¡yo no soy la Cristina!

—¡Bah!—intervino uno de los caballeros.—Tendrá antes que tomarnos parecer á nosotros.

Era un joven de la más distinguida sociedad de Santiago, de esos que al vérseles en un salon aristocrático entreniendo el escaramusado *flirt* con una Errázuriz ó una Ovalle, nadie se los figuraria en estos otros bailes, empleando todos sus encantos, conquistados merced á varios viajes por Europa, para agradar á una Cristina Sandoval, ó una Bibelot.

Adalguisa comprendió que no le convenia malquistarse con tal cliente y le hizo un jesto á hurtadillas, como indicándole que solo por el «qué dirán», aparentaban reprender á Bibelot.

Cristina, despues de algunos bufidos y de llorar, porque en resúmen la maltrataron y ella nada consiguió, exijióles venganza á sus favoritos y se fué á su cuarto, pretestando sentirse mal, aunque todos supieran que trataba de ocultar el moreton del ojo. Ni á su amigo Zañartu le permitió que la acompañara. ¿Para qué, pues? ¡Ya se las pagaria por junto esa rateira mugrienta, esa piojenta podrida, que todos los meses, cuando la examinaba el médico, tenia que irse á San Borja.

—Esta mañana maté una araña, y no podia esperar otra cosa que una safacoca—explicó Bibelot, dirijiéndose á Napoleón Ojeda.—Ya se sabe:

«Araña por la mañana

Penas ó rabias...»

El espanto de Juana era inmenso; comprendía entre qué clase de gentes había caído y tuvo impulsos de escapar, de refugiarse, aunque fuese en su cuarto; pero no hizo nada y quedó temblando, sin reparar siquiera en que Ojeda aprovechaba de su estupor para acariciarle las manos.

También las visitantes parecen escandalizadas y son de las que más chillidos han dado.

—La borrasca pasó; sigamos el baile—propone Bibelot, apaciguada desde que el enemigo abandonara el campo. Y agachándose burlescamente sobre la cabeza del músico, le toma parecer, vociferándole aloído, cual si fuera sordo.

—Soy bastante guapa para dar cachetadas, ¿no? Con mi camote aprendí. Ya sabe Jacintó, cuando quiera dar un moquete, me encarga á mí la comisión... ¡Polca alemana, Jacintó!

Sigue la música, el baile, el ruido. Aquella vulgar abofeteadura de hembras de conventillo ha echado por tierra la etiqueta y reina una *confiancee* absoluta. Las damas saltan sobre las rodillas de sus donceles; desde todas partes se marca el compás de la música con piés y manos; algunos melómanos como Graciela gritan á voz en cuello, ó llevan silvando el acompañamiento. Las bandejas con vasitos de ponche caliente y rodajas de naranja, circulan como agua, en manos de Manuel Jesús y de la *Casimira* picada de peste. Napoleón ha comprometido á Juana con menudeados brindis; ya la cabeza de ella está perdida: aférrase á su pareja para no rodar, levantando torpemente las

piernas en la polca alemana; rie con risotadas estúpidas y se deja abrazar y besar haciendo lo que las demás. Ya las visitantes tampoco demuestran terror. El caballero grave les ha pedido champagne y Bibelot, humillada por tanta grandeza, busca quien se lo pague á ella.

En aquella orjía de actitudes plásticas, semi-pornográficas algunas, solo un duo charla tranquilamente, casi elegantemente: Olga von Schwember, con el literato Roman... ¡Tan es verdad que el arte aparta el alma del vicio...!

La cueca está en su punto. A pedido general, Bibelot la baila tambien. Su pañuelito en alto recuerda un inquieto gallardete; su cuerpo se disloca en contorsiones de culebra; á ratos, imitando á las serpentinas, bate su falda con un ruido de velas sacudidas por el viento y al final, después de un vertiginoso giro, se agacha poquito á poco, ocupando el salon la inflada bata, que la hace parecerse á un gran repollo.— ¡¡Arooo!!—Los aplausos resuenan. Manuel Jesús le pasa una copa ancha y dorada ¡Victoria! ¡beberá champagne! ¡Ha triunfado en toda la línea!... Sólo que nadie sabe que para pagarlo han hecho una vaca entre las compañeras, ¿Por qué han de ser menos que esas visitas?

Tardísimo, á las cuatro ó más, organiza misía Rita la retirada, recojiendo por adelantado el pago de aquellos clientes dudosos; al mismo tiempo entre el humo de los cigarros y las discusiones de los descontentos, sobre el

tono conciliador de la tesorera, se oye una voz de súplica irritada.

—¡La propina para el tocador, sheñoresh! La propina para el tocador!

Cada uno sale triunfalmente con su cada una, consternada ó dichosa, segun la lotería. Al pasar Juana, doña Rita le habla al oído:

—No le cobres, es casero de aquí y paga por junto.

Delante de ellos, borracha, como todas las noches á esa hora, marcha Mercedes con otro hombre; así suben la escalera que cruje al peso, y Juana, riéndose á carcajadas, imita la voz del boliviano.

—¡La propina para el tocador, sheñoresh!  
¡La propina para el tocador, sheñoresh!

## XXVII

Con el ruido que hizo don Napoleón al levantarse, y el estrépito que armó mientras se lavaba, relinchando por el hielo del agua, Juana entreabrió los ojos, apercibiendo á medias el cuarto que inundara lívidamente la luz fría del aclarar. Tuvo una intuición de lo que habia pasado hacía dos horas apenas, pero trató con toda su voluntad, apretando los párpados y hundiendo la cabeza en la almohada, de amodorrarse nuevamente, de alargar el olvido del sueño, aunque los recuerdos acudían cada vez con más viveza. Quedó rendida en esa lucha por dormir, y como Ojeda salió, y ella sintiese

una sed insoportable que le amargaba la boca, se desveló del todo al atravesar el cuarto con los piés desnudos, para beber largo en el jarro del lavatorio, que repercutía sonoramente el gluc-gluc de la garganta, seca como yesca.

Su primera idea lúcida fué que debía tener una verdadera cara de trasnochada. Solo cuando se halló ante el espejo de su ropero, tuvo terror á la aparición. En la tenuidad alabastrina del alba, ese abismo plateado aparecía infinito; indeciso en partes, cual si la tiniebla le arrojase sombras, le amontonase sombras para tornarlo opaco; sin confines, sin orillas, sin fondo, un algo misterioso encortinado por girones de noche, donde se creía percibir mil formas vagas, experimentándose el sueño ó el vértigo de encontrarse de pié frente á la puerta abierta de lo desconocido. Y al asomarse, su pálida figura retrocedía, pareciendo desvanecerse, anegarse tambien en aquel cristal azulejo, que era como el lago formado por una luna de hielo que se hubiere derretido.

Se arrebujó en la cama, con la cabeza envuelta en la sábana, trémula, tal que si librara de un peligro, y así sufría á cada rato la tentación de mirar la pieza donde la claridad aumentaba. El día abría, por fin, en una sonrisa de luz. ¡Ah! buena luz que disiparía aquellas amenazas insinuadas, más terribles mientras más nebulosas, porque no se sabia ni de donde ni para qué venian, ni qué eran; terrores leja-

nos, indelineados, niebla de sueño, de imposible, de fatal!... ¡Niebla de sueño!

Bajo las ropas, sobre cuya blancura arrojaba la palidéz del amanecer su sudario de nieve intangible, sintió que lloraba. Libre y silencioso desagüe de las glándulas lacrimales, en el que no influía ni el sentimiento, ni el ánimo; como que los ojos, apresurándose en agotar todo el llanto que les quedase, quisieran traicionar también al corazón, dejándole árido para siempre.

\*  
\* \*

—¿Bajemos á almorzar? dijo Mercedes amablemente, deteniéndose en el dintel de su vecina.

Juana habia abierto la puerta de par en par, y el sol se colaba regocijado, marcando la alfombra con una plancha de fuego. Ahí, con las manos dobladas y los ojos beatíficamente cerrados, el gato blanco roncaba, lleno de satisfacción por ese ardiente baño de luz.

—¿Qué le parece cómo se ha hecho amigo?—mostró Juana, quien envuelta la cabeza en una tohalla sacudía los muebles, limpiando cuidadosamente los frasquitos del tocador, mientras el colchón se ventilaba, doblado sobre una de las cabeceras del catre.

—Raro, porque es bien uraño—replicó la muchacha—Tín-tín le ha tomado cariño, lo mismo que yo.

Juana sonreía, sin dejar ver que se hallaba

confusa, temiendo cualquier referencia á esa noche vergonzosa.

—De veras — repitió Mercedes con su injenuidad campesina—me ha caído en gracia usted. ¡Tanto tiempo que deseaba tener una amiga! ¡Se aburre una tanto aquí!

Después y bruscamente se asomó al patio. No estaba sino la vieja en su silleta; del comedor se veía el mantel blanco y las botellas de agua que irisaban como cristal de roca.

—Como se han atrasado con el almuerzo, la abuela está comiendo algo ya. ¡Buena la señora tragona! Cuando quiera hacerse amiga, llévele una fruta ó cualquier cosa. Me acuerda de una inquilina méica que me enseñó á sacar la suerte porque vivía cerca de mi taita y yo le llevaba causeos... ¿No cree usted en las cartas?... ¡Tantas cosas buenas que me dijo ña Siglo, pero que ni una me haya pasado todavía!... ¡Quién sabe lo que hay en todo eso y Dios dirá.

Otra idea la hizo variar de conversación.

—Apuesto que la Cristina no vá al comedor.

—¿Qué sería mucho lo de anoche?

—No, pero poco y todo lo siento por usted. La Cristina es tan rencorosa, que sería capaz de tomarle tirria, como á mí cuando entré, que casi me hizo perder la colocación á fuerza de decir que era fea y huasa. Lo mismo hizo con la Olga, y lo mismo nos defendió Bibelot, porque esa sí que no le agacha el moño ni á misiá Rita. Ya la habrían echado, si no fuese que tiene tanto partido y es tan graciosa: canta, toca guitarra, baila

habanera ¡qué se yo! hasta para los trompones es buena.

Para demostrarlo mejor refirió unas cuantas anécdotas del tiempo en que Bibelot tuvo de camote á Picón, un diletantti que gozaba en hacer pelear á toda la concurrencia del Olivar 18 y que, cuando no se veía sino una masa informe de hombres pateándose y mujeres mordiéndose, se divertía en jugar al salto sobre ella, tomando vuelo, de un extremo del salón al otro.

Pues, á ese cobarde, cuando el ponche lo ponía majadero, era Bibelot la que se encargaba de darle una frisca, para compadecerlo después y llevarlo á acostar á su cuarto donde, cada quince minutos, iba á darle un vistaso. Sólo que una noche, en estos y otros revoloteos, encontró que aquel niño grande, furioso al verse encerrado, destrozaba cuanto tenía á mano... ¡La tunda fué buena! lo que no impide que la noche del año nuevo fueran juntos al Mercado, donde ella atrincherándose con una mesa, lo defendió de un cuadrillazo hasta que vino policía.

Nadie le pega á Picón, miércoles!—y golpeando sin saber á quien, ciega por la rasca y la cólera, de cada moquete echaba un tipo á la pila.

—¡Pobre Picón! acabó tísico! ¡Tan peleadora-so que era.

Y á propósito, vino á cuento el incidente del salmón: una noche que á Picón se le puso cenar, indignándose al saber que valia cuatro pesos el tarro. Miseá Rita que le guardaba consideraciones, porque era gastador y tenía la mar de amis-

tades, quiso obsequiárselo y entonces fué la buena «¿Limosnas á mí? ¿Crees que no tengo plata?... ¡Toma diez pesos!... ¡Toma el tarro tambien» y volando se lo mandó por la cabeza, sin pensar que bien pudo matarla.

—¿Qué cosa es misiá Rita?

—Socia, me parece, y administradora: ella es la que corre con la casa... Creo que están llamandó á almorzar.

Bajaron. Temía Juana entrar al comedor, porque se le figuró que la iban á embromar ó que todos la mirarían con curiosidad; para reponerse se entretuvo dándole galletas á la abuela, que las devoraba, alargándole el hocico desdentado como si pidiese más.

Despues siguió á su nueva amiga; pero nadie hizo alto en ella. Se habían acostumbrado á su presencia y puesto que con iniciarla en la prueba quedó al nivel de todas, ya no les causaba molestias ni sonrojos. La admitieron llanamente, en su calidad de compañera; la señorita Bibelot, más campechana, hasta le dijo de *tú*.

Cristina permaneció en su cuarto. En cambio asistía á la mesa un comensal más: un muchacho con aire de escolar cimarrero, á quien Adalguisa, acaso enternecida por su adolescencia, trataba con un tono maternal y tierno, como un protegido ó un discípulo.

## XXVIII

Igual que la noche anterior, el salón se llenó de hombres, sin que faltara por cierto el segun-

do alcalde, quien, encariñado con la fruta verde pretendía ponerla en sazón. Esta vez, más prudente y menos aturdida por la cháchara, Juana se negó á beber, rozando con los labios la copa. El alcohol le había traído malas visiones...

Hasta las diez de la noche pareció aquel un báile de diplomáticos; pero pasada esa hora un nuevo contertulio, demasiado alegre, produjo cierto escándalo, que no tardó en ser fomentado por los más correctos *gentlemen* de la reunión.

Napoleón había saboreado mucho cardenal de piña y estaba empeñoso en que Juana compartiera sus libaciones. Como se le resistiese, el magistrado expuso su queja á la Adalguisa.

—¿Sabes? Me ha salido abstigente la pequeña; dile que á los que no beben vino se les agua la sangre, y en vez de vida guardan en las venas horchata de almendras.

—Hágame el servicio de acompañar al caballero—dijo entonces la señora Albano de F.

Y fué tan severa su entonación, que sin chistar, se empinó lo copa que le ofrecían.

—Una polkita, maestro.

—Alemánica—corrijó Bibelot.

Como Juana alegara que no sabía bailarla, su compañero hizo pareja con la muñeca, á quien encantaba levantar la patita y quebrantarse los brazos en ese baile que tanto se parece á una marcha de parada. Mientras tanto, aprovechando su soledad, Adalguisa le dió algunas instrucciones á la *nueva*.

—Hay que chupar, hija, para que se acaben

luego las poncheras y pidan otras; tenemos que ser verdaderas esponjas, porque ese es el negocio. Además, no diga que no sabe baile. Desde mañana la enseñaré yo.

Satisfecha de su magnánima promesa, la patrona, sin quitarse de los labios el cigarrillo, se alejó con un chulesco movimiento de caderas, y terciándose donairosamente por sobre el hombro su mantón de Manila á ramazones blancos, fué á sentarse juntito al chiquillo que almorzó en la casa (un secuestro de menores) fascinándole con su cabellera infernal y su olor á mujer brava.

—¿Qué hubo? ¿Se divierte, señorita Juana?

Era Mercedes que se dejó caer á su lado con aire aburrido, y los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, como nó... ¿Qué tiene?

—Dolor de muelas. Me quita el gusto para todo, no me deja tranquila. Así y todo, porque no podía bailar, casi quiso pegarme el Palmatoria Donoso. Se curan como animales y parece que no fuesen caballeros, de lo atrevidos que se ponen... ¡No saben cuánto ganarían con portarse considerados, pues bueno que una sea una cualesquiera, pero no hay para que chinearla tanto... ¡Si somos cristianos al cabo!

No es vida esta!—agregó suspirando—bueno que la sufra en castigo de mi soberbia. Mire, yo dejé á mi taita porque me amarraba para pegarme.

—Sírvese un trago de monova, mijita.

Ante ellos se detuvo con el sombrero puesto un fulano pequeño, de nariz ruborosa, quien

entre despierto y durmiéndose ofrecíales una copa; pero había perdido su centro de gravedad y el desequilibrado cuerpo, al irse alternativamente sobre la punta de los pies ó sobre el borde de los tacones, amenazaba desplomarse con copa y todo. Mercedes estimó peligrosa la galantería.

—Cuidado con mancharnos el vestido. Váyase á sentar, será mejor.

Titubeó el galán un momento, y con los ojos medios cerrados, atrevióse á estirar el brazo para palmearle la mejilla.

—¡Lo que es la vida, mijita! ¡Lo qué es la vida!

—No vé, ya está botando el ponche; tómese lo. El filósofo se retiró murmurando entre dientes:

—¡Lo que es la vida! ¡Lo que es la vida!

—¡Si todos fueran iguales á Pitillo, pase— pensaba Mercedes siguiéndolo con la vista en su caracoleado camino.

Efectivamente, todo lo que hacía desde muchos años el abogado Pitillo, era llegar, trotando como un quiltro junto á un diputado ó un periodista, (siempre gente conocida.) Luego empezaba á contrapesarse afirmadito en un rincón alargada la nariz como pollo con moquillo, porque estando escabechado ya, con poca cosa se pasaba y perdía su centro de gravedad. Mas en la casa no había memoria que se hubiera propasado con una mujer, sino hasta acariciarle la cara y repetir su gran frase: «¡Lo que es la vida!» «¡Lo que es la vida!»

—¿Sabe qué remedio será bueno para la cara?  
Es el hueso el que me duele.

—Yo nunca he sufrido.

—¡Viva Pitillo!—gritaba un mozalvete enteco, dándole puñetazos en la espalda.

—¿Ese alto es al que le dicen Palmatoria?

—El mismito (Mercedes bajó la voz.) Fiera-brás para las mujeres, por lo mismo que le tiembla á los hombres que no son Pitillos. ¡Nunca olvidaré que cuando se encamotó con la Rosalva, no se aportaba, de miedo á Zañartu, que la quiso también... ¡Es mucha fatalidad que se haya ido con él!

Al oído le susurró la historia de aquella muchacha tan educada que se arrancara de su casa, por culpa del padrastro que la perseguía, para ir á caer en las garras de aquella misiá Peta, comadre de doña Rita, á la cual no hace mucho acusaron los diarios de haberse robado una hija de familia, y á quien no se tomó declaración alguna, por miedo de comprometer al presidente...

—Usted habría conjeniado con la Rosalva porque era muy señorita.

Mercedeshablaba de la ex-compañera, lo mismo que de una muerta. ¡Pobre muchacha! ¡qué desgracia la hizo enamorarse como una colejiala del Palmatoria! Se puso colorada, hasta no saber qué decir, desde la primera vez que lo vió, y apenas él propuso sacarla, lo siguió, sin sospechar la vida que le daría, y que, para no ser abandonada, tuviera más tarde que rondar los Portales cuando salen las tandas, y recoger dipe-

ro con que pagarle su amor. Fué en una de esas que cayó al hospital; pero bien se podía morir antes que su amante fuese á verla.

—No crea, muchos futres gastan facha de día, gracias á los *cortes* que ganan sus queriditas en la noche... ¡Uno así debió tocarle á la Candelaria!... ¡Ayayaisito! ¡qué punzada me acaba de dar... en la misma carretilla!

—¿A qué Candelaria?

—¡Ay!... ya va pasando... Fíjese cómo hacen desesperar á Jacintó!... Lijerito le dicen que declame... ¡Ay!

Mientras callaba su amiga, comprimiéndose con la mano el carrillo, Juana retuvo su pregunta, y volvió á repetirla:

—¿Qué Candelaria?

—¡Ah!—dijo Mercedes, con la boca torcida por el sufrimiento.

Otra vez se repitió á media voz una historia: la del comandante Le-Desma que le llevaba embelecados á las niñas y le entregaba todos los primeros á la Adalguisa, limpiecito, su montepío de militar retirado, para que le diesen de comer y lo alojasen, mientras durara la plata; hasta que empezó á regalarle á la Candelaria vasitos de colores, de todas layas, que compraba ó se sustraía de los bares, y hasta que la badulaque lo comprometió á que le pusiera casa.

—¡Ya quebró un vaso Pitillo!!

—Eso es augurio de buena suerte... ¡No, Manuel Jesús; no limpies con papel la alfombra, porque se trueca en desgracia!

—Ahora el pobre comandante es el último en su casa, y tiene que aguantar que la Candelaria reciba al mundo entero allí, que delante de todos lo llama viejo inútil, y que amenace con despedirlo... ¡Buena pareja haría ella con el Palmatoria!... Voy á tomar un poco de agua fría para que se me duerma el nervio.

Juana, deseando que nadie se le acercara, se entretuvo en mirar á los concurrentes. Había-les de todas edades y condiciones. Junto á Cristina, que mostraba fresco el verdugón de la víspera, percibió un teniente de bigotes reman-gados. Más allá, Juana Cotapos departía riéndose con un viejo de lentes, y Olga Schwember se perdía en un extremo con un gandul de melena sucia y soñadora mirada de buey flaco. Cerca de las demás, en baile con ellas, hormigueaban políticos descreídos, conservadores fanáticos con la rodillera del pantalón manchada por el polvo de las iglesias, hombres graves y mozalbetes imber-bes, acaso profesores y discípulos en un mismo instituto, camaradas durante esa noche sometidos á fraternizar, nivelados por el vicio común, sin que la fé ni la ciencia de los unos, ni el excep-ticismo y la ignorancia de los otros, sirviese para algo en este caso. Desde la puerta misiá Rita los contemplaba á todos con los mismos ojos tiernos de fondista satisfecha y gananciosa.

Así mismo, cuando subía de punto la bulla, asomábase al salón la cabeza temblorosa de la vieja abuela; pero aquellos cuadros denigrantes (siempre repulsivos para Juana) nunca desper-

taron en su pupila impasible más que un rayo de curiosidad, como si nada de anormal hubiese en ellos. Era que se había hecho egoísta á fuerza de vivir, que para su experiencia todo era transitorio en este mundo, y que por lo tanto, bien hacían las mozas en prestarse al hombre, como ella se prestó en sus tiempos; bien los mozos en divertirse, aunque pagaran con su honra ó con el pan de sus madres. ¡Bah! ¡todo en la existencia es pasajero!... ¡Bueno y santo resto de mujer y de humanidad, que preocupándose sólo del comistrajo, cuando menos, rumiaba en su boca vacía de dientes, un terroncito de azúcar.

Más que nunca parecíale á Juana que todo ese carnaval no era sino una parodia ó un sueño de la vida; la vida misma era otra cosa, tendría que venir aún: era talvez la tranquilidad ambicionada por ella cuando niña.

—¡Bibelot! ¡Ahí viene tu camote! — avisóle Olga.

La muñeca, abandonando su pareja, corrió desalada á la puerta; pero, al comprender que era una burla, volvióse hecha una furia.

—¡Siquiera es más hombre que el tuyo y no come cuando cae vijilia sino que todos los días.

Y Juana se resistía á creer que esos mil detalles dispersos, insignificantes, desagradables, estúpidos, acabasen por constituir la breve y *única* existencia, puesto que cada uno llena un segundo del perpétuo reloj del tiempo, donde duerme el porvenir, y donde cada sesenta minutos suena

una campana para despertarlo; lo hace vivir una hora, convertido en presente, y apenas rompe la nueva vibración metálica, dice amenazador á los mortales que aquella hora más es ya una hora menos, pues despertó del futuro para morir en el pasado.

Otro tipo bien interesante, á quien observaba Juana novedosamente, era el pianista, al morenito; una especie de loco que solía levantarse de su taberute para hacer pantominas en medio del salón, alentando por la seriedad positiva de los calaveras; pantominas teatrales en que no trataba de hacer reír, en que su manía era llamar: «Sheñor conde», al uno. «Sheñor marquesh» al otro; muy feliz si se prestaban á su sainete y le contestaban en igual jerga. El final era sabido de memoria: cuando lo veían empinarse en sus tacones, estaban todos seguros que, con su tono más hueco, el negrito se proclamaría *Rey*. Su manía giraba en torno de estas ideas: muchas novelas de Fernández González, de Dumas padre, le habian trastornado el seso hasta hacerlo soñarse caballero de otras edades, Gozaba ingénuamente identificándose con sus héroes: un dia, después de ser el opulento Luis XIV, era el mosquetero D'Artagnan, ó bien Felipe el Hermoso, y á buen seguro que, de conocer el Quijote, todos los Mambrinos y Espantafilardos del Bosque en él hubiesen revivido y declamado retazos de dramas y tiradas de versos, con ia misma voz de falsete con que cantaba sus peteneras. ¡Ah!

¡en tales momentos el negrito era tan feliz que no desearía cambiar su aporreada suerte ni por la de un emperador de verdad! ¡Más deslumbrantes y grandes, eran los de mentirigillas!

Durante un rato divertía esta farsa, hasta sobraba quien alternase con él, en el Don Juan Tenorio, pero al fin, aburridos, lo bajaban de su trono de naipes con alguna injuria grosera para encaramarlo en el taburete del piano: ¡era de oír, entonces, al sentirse manejado como un niño y otra vez toca que toca, con cuánta rabia rezongaba entre dientes frases romancescas!

—¡Shoish un villano, Don Nuño!... ¡Caballero, abushaish porque no llevo al shinto la eshpada! —Sus dedos galopaban sobre el teclado y sus furiosas fantasías de grandeza se traducían en el compás desbocadísimo de *Rubios y morenos*, ó de *Amor de primavera*. Los tres tiempos cadenciosos eran dos, el tres por cuatro de la pauta pasaba á ser dos por cuatro, y tenían que contenerlo con un—¡Jacintó!...—preñado de amenazas. ¡Si no se portaba bien no le consentirían recaer en sus caprichos imperiales!

¡Oh! en pos de tanta magestad, era verdaderamente desconsolador oír en labios de don Alvaro de Luna ó del inmortal y dulce Aramis, ese inevitable:—¡Una propina para el tocador sheñoresh! ¡la propina para el tocador, sheñoresh!—que venía á ser el epílogo de la fiesta á esa hora cuando sacudían al filósofo,

—¡Despierta Pitillo, ya se va tu diputado!

Mientras la Casimira apagaba el gas en el

gran salón amarillo, Jacintó salía con el cuello levantado de su raído sobretodo color avellana, y olvidando su mal humor despues de la escasa colecta, aun se iba deteniendo á lo largo del pasadizo, para discutir con cualquiera, casi siempre con Pitillo, quien era su preferido, por la religiosa atención en que le oía.

—Osh digo que shi Porthosh nohubieshe hecho aquella chambonada, todavía eshtuviera vivo.

Guardaba largo rato un trágico silencio; pero en la oscuridad, sus pupilas brillaban con la luz del ensueño. Solo ante ese mutismo despertábase Pitillo, que tenía la cómoda ganga de dormir parado, con igual facilidad que si ocupara su cama.

En el jardinillo desierto, habia ruído de puertas cerradas al golpe, y ecos de voces descompuestas. Entonces resonaba pesadamente el estribillo del filósofo.

—¡Lo que es la vida, gachó! ¡lo que es la vida!

—Sí, sí: ¡lo que es la vida!

.....

—¿Me ha extrañado?—interrogó el segundo alcalde, quien rendido por la polka con Bibelot recobraba su asiento junto á la Lucero, satisfecho de encontrarlo vacante aún.

Esta suspiró sin responder. ¡Su libertad habia sido de corta duración!

## XXIX

En el paso de baile que le dió el Jueves en el gran salón casi á oscuras, con los postigos

cerrados, Adalguisa prestóle consejos sapientísimos: no era solo bailar, había que saber engatusarles, llamarlos «gatito mio», palmearles las rodillas, y una vez en baile, ir rozándolos *así*... Eso era irresistible; por más que no hubiesen pensado pasar la noche, aquello los esclavizaba.

¡Ah! ¡era una cortesana vieja, muy ladina, esa tal Adalguisa! Cortesana de inclinación, por carácter, apasionada de su oficio, como que al rededor de ella hacía circular una historia, que sería verdadera quién sabe hasta qué punto, en que se la suponía hija de una gran familia, con tendencias tan marcadas desde pequeña, que su padre acordó enclaustrarla para quitarle esas peligrosas ideas republicanas que le permitían mantener relaciones con cocheros ó lacayos; pero en el convento, las monjas tuvieron miedo de una postulanta que amenazaba con incendiarlo. Apenas la soltaron se lanzó á todo trapo, sin freno; participó del apogeo de un gran orador que se daba vida de pachá; derramó poncheras en faldas de seda; inspiró eróticas estrofas á varios poetas, y cuando vino á menos el Gambetta de Chile, reuniendo las migajas de su despilfarro escandaloso, dotóla de aquel hotel de recojidas virtuosas para que concluyese en paz sus días. Desde entonces ella, no obstante su grave abadiato, más que en el presente, vivía en el recuerdo de aquel pasado opulento, del cual estaba agradecida. Y sintió con sinceridad á

su orador al saber que habia muerto en Méjico, donde vegetaba como plenipotenciario.

Pero tenía aquel romance vulgar, su capítulo conmovedor. Los cuidados con que envolvía la ramera á Ida, su única hija.— ¡«Esa no saldrá como yo!»—para ello la pensionaba en uno de los mejores conventos; allá muy de tarde en tarde, cada tres meses á lo sumo, iba á verla, modestamente vestida de negro y la sacaba durante el día á una quinta de San Bernardo, pasando las dos solitas una tarde deliciosa.

Más ¡qué aflicciones costábale esa comedia! A veces, en el tren, la reconocían algunos viajeros ante cuyos saludos sospechosos agonizaba de angustia. ¡Pobre mujerzuela! sustentar aquel cariño blanco, hacerle creer á su hija que era una viuda acomodada, sin que jamás sospechase su vergüenza, era su única ambición; pero sorpresivamente, por una tonta charla suya, se vió en el compromiso de que la niña quería á toda costa visitar su casa de Santiago.

Un domingo tuvieron que descolgarse cuadros y retratos, cuanto no fuese honesto. Fué cosa de ver á esas perdidas que, con el sentido moral embotado por su aclimatación en el vicio, trataban de ir entresacando lo que delatara al vicio!

Por la tarde, después de llenarlas de advertencias, suplicándoles, persuadiéndolas ó amenazándolas para que se amontonasen callandito en el segundo patio, Adalguisa trajo á la colegiala. ¡Hora de martirio indescriptible! Visitaron

las dos algunas piezas. Se hizo objeciones respecto al jardín y, como á cada momento temiese la madre que el olvido de un objeto inconveniente ó una imprudencia de las mujeres curiosas se lo revelara todo, se apresuraba en encaminarla al gran salón amarillo, donde, sobre el mismo piano de las parrandas nocturnas, Ida ejecutó composiciones suyas. Sí, señor: ¡originales de ella! La madre desfallecía de orgullo; desde entonces, cada vez que pudo, encerrábase, ella también y chapaleaba con un dedo el motivo de aquel portento musical: — Do-fa... do-fa... la - fa - mí - ré — ¡eso era para ella sola, no más; habría creído profanar su amor materno, dejando que oyesen sus amantes ó *las chiquillas*, el Dofalafamiré, siendo tan intransigente en esto, que le repugnaba una francesa por haber iniciado á su chiquilla en la carrera y veía con compasivo desprecio á Juana Lucero. ...—¡Apenas dieciocho años y ya...! Su hijita tenía solamente quince; pero ¡Dios mio, cuánta diferencia!

Bibelot, que ya había husmeado lo del Do-fa, solía preguntarse intrigada:

—¿Qué apellido se pondrá la compositora para hacerse célebre? ¿Albano ó *F* también, como el fantástico cónyuge de la Adalguisa?

\*  
\* \*

En uno de los descansos de la clase de baile y por primera vez, Adalguisa hizo referencia á su estado.

—¿De cuántos meses está ya, señorita Juana?

—Cuatro, señora.

• —¿Ya? ¡qué lástima! Si hubiera sido menos, habría bastado una medicina... pero, de todos modos, es preciso salirle al encuentro para impedir que la cosa se haga visible.

Ella no comprendía.

—¡Cómo! ¿Qué ha pensado esperar tan tranquila el día del desembarazo? ¡Nó por Dios! ¡Yo no puedo traerla al salón en ese estado! Tendrá que hacerse operación...

La otra la miraba atónita.

—Es muy sencilla y hay una especialista que cobra barato si yo la llevo; por lo demás, los gastos corren de mi cuenta.

—¡Por Dios!—dijo Juana con un miedo infantil al dolor: pero después fué la mujer la que sombríamente inclinó la cabeza: era que despertaba en ella toda la ternura por esa criatura débil que talvez soñara criar y para la cual había hecho ya una gorrita con bullones de gasa y mariposeados lacitos de cintajos, confeccionada con ese afán de las madres que ponen en cada punto una esperanza en el hijo, cual si tejieran la red en que han de aprisionar su corazón.

—No sea tonta, pues, hija; ¡si es corriente eso! La Mercedes echó dos así, porque como venía del campo, también le dieron que hacer sus amos. Cuando no se tiene para educar á los pobrecitos y ni siquiera un nombre que darles, lo que le aconsejo es lo más piadoso, lo mejor del mundo.

Y temerosa de perder á la *nueva*, porque su crudeza pudiera haberla asustado, supo tocar el infalible resorte, con ese tacto de las modernas traficantes de esclavas. ¡Bien valía un sacrificio esa chicuela tan fácil de explotar, puesto que ignoraba, (cosa nunca vista) el subido valor de su hermosura!

—Pasado mañana, hijita, sí que vá á las tiendas con Bibelot: le precisa comprarse muchas cosas.

Según ellas, de los niños ó de las mujeres se consigue cualquier cosa con un simple embeleco y Juana tiene diez y siete años.

### XXX

Lo que no sabía la comerciante de placer era que en la vida hay viejos de diecisiete años, porque no siempre la experiencia está en las arrugas del rostro, ya que las ocultas, las del alma, son más hondas, más crueles.

A un corazón bueno á quien nadie ha estimado en el mundo y que ha caído en el fango, le quitais su única esperanza de regeneración, le haceis saber que el único ser que puede amarlo, es el único que no debe existir y despues de esto pensais cicatrizar la llaga abierta, con prometerle trapos ó adornos!

¡Oh! ¡aquella mujer era una gran concedora de su mercancía, de sus hembras, sin noción de bondad, hambrientas por el lujo; pero no conocía á una pobrecita, para quien la familia,

los amigos, los seres buenos, la humanidad, se condensa en el hijo que aún no ha nacido!

¡Con qué ternura pensó en aquel hijo! En sueños se veía cosiendo junto á su cuna, trabajando como mujer honrada otra vez. Con la fantasía dispuso que fuera hombrecito para llamarle Héctor, el nombre que la encantaba; y su imaginación no se detuvo allí, fué hasta verle mediano, con pantalon á la rodilla, estudiando lecciones en su libro; y aún más allá, grande, hermoso, sosteniéndola con su apoyo, haciendo esclamar á todos:—¡Parecen hermanos!—como decían de ella al verla con su madre

Se sublevó, pues, ante la idea de matar por su voluntad su hijo y sus sueños, convirtiéndose en una desnaturalizada. No, se iría de allí, á pordiosear, á padecer, pero con él y teniéndole bien apretado contra su pecho, ¡qué le importaban desprecios ó miserias, cuando desde que un angelito viniera á anidarse en su regazo, su amor la mantendría en el cielo?

Y con eso, se acababa esa triste vida que empezara: los chismes de la Cristina, la borrachera de la noche, la obligación de llevar un hombre á su cuarto, hoy Napoleón, mañana otro y otro y otro, mintiendo arrumacos á todos á fin de sacarles un peso más, regateando con ellos el precio de placer, que á la larga se trueca en angustia y sintiéndoles siempre, (al despertar con la boca amarga á cobre,) allí, junto á ella, adolescentes ó decrépidos, en esa confianza del que ha pagado, tan brutal que

obliga á taparse la cara por no matarlos para que despierten en el sueño eterno, ó no abofectarles, á lo ménos, en sus rostros abotagados y consumidos.

Se iría mañana mismo y, tomada su resolución durante esa noche, al despertarse quiso consultarla con la Mercedes. ¡Pobre muchacha! ¡ella pasó por estas angustias y era, de todas, la única que se conservaba sencilla, llena de cariño para Juana, á quien adivinara desde el primer momento desgraciada!



¡Oh! ¡Jamás tuvo la campesina que cumplir una misión más amarga que mientras trató de demostrarle á su amiga, lo imposible de ese plan!... ¡También ella ideó el mismo al hallarse en igual caso; también hubo de desistir y de resignarse!—¿De dónde pagar á misía Rita el hospedaje y la pensión de los días que una haya estado en su casa? En caso extremo, *la ley* amparará á la alcahueta, porque la *justicia* está de su parte... ¡Mi pobre Juanita, es una cosa bien triste la vida... pero podemos leer en las cartas, ellas se lo saben todo y le pueden dar un consejo!

¿Las cartas? ¿Por qué nó?... La vida es una baraja, jugamos á la suerte y oros son triunfos; el que los roba, gana, los demás pierden.—¿Está explicado? ¡No hay más qué decir, pues!

.....

Y cuando en la noche vino Velasquez al salón de baile, despues de creer que Dios se lo enviaba, debió persuadirse que ese Dios á quien se implora, con el alma de hinojos, en todas las aflixiones, está muy alto para que lleguen hasta él los gemidos de la humanidad, átomo de molécula, polvo de átomo, á los ojos del supremo Todopoderoso,

Arturo había dejado pasar prudentemente algunos días para que su protegida se aclimatase y evitar sus reproches, y ahora que debía hallarse relajada, él venía á cobrar, con su gratitud, las primicias de aquella corrupción; á chancearse un rato, porque su matrimonio con Marta ya no se realizaba!

—Nave de amor, puerto de *spleen*—declamó enfáticamente el calavera... Entonces fué cuando Juana abrigó la esperanza que se apiadaría de ella, llevándola consigo:

—Mira ¡es algo horroroso lo que quieren obligarme á que haga! Es un crimen, ¿no es cierto?

Despreocupado, teclando sobre sus rodillas la polka que tocaba Jacintó, la oía, con el fastidio de quien espera divertirse y ve aguada su fiesta por una impertinente congoja ajena; toda su indiferencia se la dejó ver en pocas palabras.

—¿Sí? Pero hija ¿qué quieres hacer con un peneca colgado á tus polleras? ¡Tiene razón la Adalguisa!

Más ella no quiso entenderlo, aferrándose desesperada á su cuello.

—No me dejes... sufro mucho... Te quiero... llévame Arturo... Yo trabajaré... ¡Dios te lo premiará!... ¡Llévame, seré tu sirvienta, pero no quiero que lo maten!

—Semilla de viejo estuprador—gruñó él.

—¡Mira como le hace añuñúes á su Velasquito!—gritaba Cristina.

—¡Arturo!...

—¡Si la apuran llora! ¡Si le tocan baila!

—Pues hija, francamente, no me puedo echar cargas encima. Estoy muy pobre, acribillado de trampas, porque, haciéndoles ver mi casorio con mujer rica, he conseguido que me fiase mucha gente y ahora que todo se lo ha llevado el diantre, ¡casi me tratan de estafador!

Entraba en mil detalles inútiles, para excusar su crueldad, pero ella no desesperó y, en ese extremo del salón público, mientras toqueteaban una polka, mareando las parejas con su giros, volvió á acariciarlo, sin hacer caso de las burlas de Cristina; á frotar contra su cuerpo su carne joven y embriagante que él había apetecido y poseído. Lo miraba con los ardientes ojos azules entornados, recordándole sus noches de amor.

—Arturo, te quiero mucho... No te incomodaré; con mi trabajo mando criar al niño y me quedo contigo, tuya no más... ¡dí que sí! ¡dí que sí, ah?

Aunque le gimiese con el alma, tuvo que reconocer desalentada que sus palabras eran casi las mismas con que en el prostíbulo se les sonsaca el dinero á los hombres.

Por eso talvez él no se conmovía. Fué inflexible; se desprendió avergonzado de sus brazos y levantándose fríamente volvió á repetir que era imposible.

La polka continuaba; alguién sacó á bailar á Juana.

La-ri-ra-ri-ra ¡ran! ¡tran-tran! ¡tran-tran!—¿Qué buen compás, no? Y tiene un nombre muy apropiado «¡*Que Reir!*» ... ¡Más lijero Jacintó!—La-ri-ra-ri-ra ¡ran! ¡tran-tran!—Esto es... ¡úpa!... ¡Qué polka tan alborotadora, solitos se van los pies!—La-ri-ra-ri-ra-ran ¡tran-tran! tran!—¿Está cansada? no, ¿nó? ¡otras dos vueltecitas!—La-ri-ra-ri-ra ¡ran!—¡A mí me vuelve loco el baile!

—«Las mujeres son una sarta de perlas orientales, pero, ¡ay del que coloque una en el fondo de la copa del matrimonio! Ella amargará vuestro vino, envenenando para siempre todo placer.»

—¿De qué poeta dijo que era?

—De un amigo mío. ¡Es bien exacta la comparación!

¡Tran-tran, tran-tran!

### XXXI

Bibelot porfiaba que el aspecto de la ciudad era distinto por la mañana, y debía creer que todos despertaban recién ó que el alba acababa de despuntar, solo porque ella tuvo el heroísmo de levantarse antes de las diez para acompañar al *centro* á Juana. Ambas vestidas de negro, pa-

reciendo, bajo sus mantos, dos beatitas un poco mundanas.

—¿Quieres que te diga?... Estoy muy contenta—advirtió Bibelot con aire misterioso.

—¿De qué?

—¡Bah! Porque ayer viernes me corté las uñas y ví esta pintita blanca en el dedo del corazón. Despues, entrando á la cocina para entibiarme una taza de leche, el fuego chisporroteaba y la leche se subió; y como si esto no fuera bastante, ahora, al vestirme, me puse la pollera por el revés.

—¿Y qué tiene que hacer todo eso?

—¡Buena la tonta, que no aprende que cuanto hay guarda su significado! Esto quiere decir que recibiré plata en lá semana y que me harán regalos, talvez algún «porte» para mi santo que se acerca. Ya sabes: «en el pulgar, un amigo; en el otro, un enemigo; *en el del medio, regalo*, en el cuarto un novio y en el meñique, viaje»... Algo me había anunciado la adivina que fuí á ver y algo también de un jóven rubio que me quiere, pero yo me extrañé y, volviendo á leer, vió que se equivocaba porque era moreno: ¡Ese es Tiberio—grité. Asimismo se llama—me repuso revisando las cartas... Si alguna vez te roban ó pierdes algo, anda á consultarla. ¡Vieras la pila de gente que va! En coche particular, á caballo, huasos del campo... ¡Mas que donde los médicos careros!

Se interrumpió para hablar de la plata que les diera la Adalguisa. Comprarían preciosidades,

pagando al contado como señoras y pidiendo que les mandasen las compras á la casa. Despues daban una vuelta por el portal, por la calle de Huérfanos, por...

—Como hoy es sábado, pasea tanta gente, que no está lejos que nos topemos con Lavalle.

Juana, sintiendo vergüenza de esta exhibición, pensó que fuera mejor no lucirse, mas temía contradecir á Bibelot, que en ese momento enumerábale su estadística galante.

Sí, Lavalle era su último amor, (el penúltimo y ante-penúltimo murieron) y no se fuese á creer que había tenido muchos, con ese serían seis. A todos les guardó fidelidad, canina, pero, llegando á pelear, era para siempre. Los lloraba un día entero, á gritos, á sollozos, como si hubieran muerto y, al enterrarlos en su corazón, les diese su parte de pena que les correspondía, para quedar libre de un golpe y no acordarse nunca más de ellos.

—Fíjate en el vestido azul de la señora que va por la otra vereda.

—¿Con este amor está bien todavía?

—¿Con él? (Bibelot enarboló su quitasol como una espada de lealtad)—¡Pobrecito! ¿Podía no serle fiel si ni le dejan llegar á la casa por lo bolicismo que se porta! (Siempre le tocaban á ella los mete-bullas). Unas veces traía un chiquillo buen mozo, disfrazado de mujer, para que se le enamoraran los futres y tener motivos de pelea. La penúltima ocasión que estuvo, llegaron en pandilla con un amigo vestido de oso y le dijo á

misiá Rita que, ó se abría con una docena de cerveza, viendo en cambio bailar al carolino, ó le iba mal... ¡Psh! ¡Nadie como Lavalle para meter un clavo ó hacer un perro muerto, aunque peor era Justiniano Garcés que convidaba niños de familia, hacía el gasto por ellos y despues les cobraba á domicilio, amenazándoles con acusarlos si no pagasen. Así remolía meses enteros sin gastar un cobre.

Bajaron por Agustinas dejando tras ellas la masa verde y los rojos ladrillos de fortaleza del cerro Santa Lucía. Delante la angosta calle se ensanchó, frente al Teatro Municipal, en una plazoleta ceñida por cadenas, donde grandes cartelones anunciaban para esa noche el estreno de la Gabbi con *Mefistófeles*.

Me queda un solo recurso para verlo, que es pasear en coche la calle donde aguaita á su novia, y eso no me da celos porque, aunque la quieran á una, todos han de tener con quien casarse. Tiberio hasta me tomó parecer cuando supo que yo la había visto: —¿Cómo la encuentras? —¡Cuidado con que te la pegue!—le dije —¡es muy buena moza!... No, no me da celos, me basta con saber que se recuerda de mí y de eso estoy segura.

Con minuciosidad de detalles, Bibelot refirió la última visita de su amigo, cuando uno de los cocheros, entre quienes reparte la modista sus tarjetitas *reclame*, avisó que el ministro yankee esperaba en el coche que iluminasen el saloncito reservado, cuando Adalguisa se puso el mantón

de Manila en honor suyo, y las demás, escondiéndose, vieron pasar al incógnito, rigurosamente oculto el rostro por un amplio cachinez y cuando bajo el disfraz se descubrió á Tiberio Lavalle, quien, esa noche mas insolente que nunca, tuvo caprichos como el de ver bailar á Cristina en su traje natural, hasta que provocado por un italiano á un desafío en la calle, (el gallina Picono habríá salido nunca) cayó en el lazo, porque una vez afuera y cerrada la puerta tras él, fueron inútiles sus ruegos, razonamientos ó amenazas, desoidos por el traidor sus retos á combate sin igual, y contraproducentes las piedras que arrojó contra las ventanas, pues la policía lo condujo á sus dominios entre el ruidoso regocijo de aquellos cobardes moradores que lo condenaban á destierro perpétuo, ya que cometió la torpeza de ofender á Cristina, la regalona, la come azúcar, la debajito del ala de misiá Rita.

—¡Misiá Rita!... ¡Misiá Rota, deberían llamarla á esa chifonda.

Este es San Agustín, donde antes hacían la misa de una, á la moda—dijo Bibelot deteniéndose á señalar el templo.—Pasemos por la Sombrerería de la calle Estado y despues doblamos para la Casa Francesa.



Lo que se desocuparon de sus compras, condujo Bibelot á Juana á esa cuadra de joyerías y grandes tiendas donde se dá cita mañana y

tarde la *crème* santiaguina. Eran las once, hora sacramental del paseo y del aperitivo, y mientras su acera norte se hacía estrecha para contener las señoritas vestidas de trajes mañaneros, que se apartaban con asco visible de las dos mujercuelas, y los grupos de elegantes que recorrían la manzana, satisfechos de ser bonitos obstruyendo también los umbrales de Kirsinger y Garreaud, la del frente se llenaba con el murmullo de pajarera desbordado de *lo de Gège*, restaurant profano, alegre en todos los tiempos, que fué *rendez-vous* de conspiradores durante la Revolución y que parece una *cocotte* entre dos viejos verdes: el Banco de Chile, donde salen ó entran gentes atareadísimas, y el vetusto caseron del obispo Larraín Gandarillas, muestra en pié de esa sólida arquitectura colonial.

—¿Viste aquellas que nos miraron de alto á bajo? Las conozco, porque Tiberio suele visitarlas. Son de esas medio aseñoradas que, bajo el amparo de la mamá, reciben hombres para poder vivir; pero como no se dejan mas que abrazar y besar, tienen derecho á despreciarnos. No es raro que una de estas se case bien, se está viendo todos los dias, pues son las que se llevan la suerte.

Al atravesar triunfalmente entre los grupos, no dejó Bibelot de recibir saludos y manotones—Adios valiente!—...¿Cómo te fué con la Cristona la otra noche?—todos se hacían un honor en conocerla, sonrientes y orgullosos, fatuos de vicio, si á su vez eran reconocidos. Sin embargo, la

compañía de Juana oscureció algo su triunfo, pues desde la figurita caprichosa y desenfadada de la muñeca japonesa las miradas fujitivas fueron á detenerse en esa niña alta y esbelta. Su aire de distinción, sus manos aristocráticas, aquellos rebeldes rizos rubios que desbordaban del manto, sobre la frente pensativa y blanca, la pureza de los celestes ojos, la sonrisa de cortedad de los labios frescos, la nariz fina, un poco transparente, hasta el temblor nervioso que levantaba las cejas, cerca de las sienes lechosas surcadas por venitas azulejas, todo era aquilatado en su justo mérito.

—¡Mira, hombre, aguaita! Hay que ir donde la Adalguisa,

—Si yo la ví en noches pasadas; pero el segundo Alcalde tuvo el monopolio... Parecenueva...

—¿Cómo se llama?

—¡Quién sabe, pues, hombre!

Debía ser una imájen de su vida mundana, esa rápida vuelta, á través del Santiago elegante que no se dignaba reparar en ella sino para despreciarla; entre el insolente cuchicheo de los libertinos, quienes se preocuparon apenas en averiguar su nombre, seguros de su fácil posesion. Desde ese momento hasta el fin, fué esclava de la corte de amadores que iba reclutando su pobre hermosura, y el efímero recuerdo que de su paso por el *centro* quedó en aquellos calaveras, es el mismo que ha dejado al cruzar la existencia.

Habían torcido por Ahumada y entraron al portal. Bibelot miró el reloj de la Intendencia

—Las once y media. Daremos esta vuelta no más, cortamos por el pasaje Matte á comprar guantes y despues podríamos descansar en el Casino.

Las ventas de flores y de frutas se sucedían á lo largo del Fernández Concha, embalsamando la atmósfera en una confusión de olores: vagueidades de violetas precoces, las primeras de la estación, agrio de piña, fuertes amargos de los crisantemos que se erguían sacudiendo el viento su flecadura exótica. Se fabricaban también liras de botones de rosa, talvez para alguna bailarina, y Juana no pudo resistir á comprarse un ramillete.

—Tiene facha de señorita—dijo el vendedor á un gomoso, mirándola alejarse.

—Sí, fíate no más. ¡Cuando menos habrá estado en el hospital. Estas que empiezan más temprano son las mas culpables de que ande mal el setenta por ciento de los hombres.

En la continuada galería de espejos, Juana se contempló infantilmente, pareciéndole que no era la suya esa imájen que le asomaba al paso. Veía en aquella una desconocida altivez, algo como amargo jesto de revancha que desafiaba á los insolentes, manteniéndola erguida junto á su compañera.

—¡Juana, ven á ver que cosa tan linda. Es una preciosura! ¿Entremos á preguntar cuánto vale?

Bibelot se había eternizado ante una vitrina con figuritas de composición, y en su boca abierta por ingénuo deleite, demostraba todo lo que

gusta ese arte superficial y liviano, á esa clase de mujeres tan casquivanas y tan superficiales. Todas las niñerías las fascinan, se extasian durante horas, tirando el cordelito á un payaso de cartón, para que flexione los brazos ó las piernas y, avaras de dinero sin conocer su valor, lo derrochan gustosas por un juguete. Esta es la pasión pueril que, haciéndolas rivalizar en el arreglo de sus cuartos atestados de chiches, dá muchas veces motivo á sus envidias mas crueles.

—Mira, es la gata con cofia la que me encanta.

Había, además, una pareja de Tities, ella con la corona y velo nupcial, él de frac y sombrero de copa alta. Habían perros dándole vuelta el manubrio á un organillo, lauchas tocando piano, chanchos danzarines (de polca alemana, segun Bibelot) un burro que con las gafas se caló la seriedad: toda una fauna, remedo á las costumbres de los animales humanos; zoolojía de terra-cotta, cursi, inocente y grotesca, mandada hacer para adornar el salon de una solterona alemana ó de unos improvisados aristócratas.

—Entremos á preguntar, no mas. Yo soy loca por esto. Eduardo Fernández, un poeta que murió y que fué mi amigo, dijo que me parecía á esas estatuitas. Precisamente me puso Bibelot por que así las llaman los franceses.

En medio de esta charla arrastraba á su compañera hasta el mostrador, y temblando de verdadera emoción, tomó en sus manos aquel

precioso objeto artístico. Una gata con papalina.

Todas sus economías de un mes, se fueron en ello, y en un sapo vestido de general, y un pericote con chuletas inglesas. Hurgaba su portamonedas febrilmente, y si hubiese tenido una fortuna la habría vaciado lo mismo, por tal de cargar con todo el almacén.

En la vidriera volvió á pararse, cual si le costase trabajo abandonar aquellos monos; miraba los suyos, y de cierto establecía tristes comparaciones. Por fin se resolvió á seguir.

—¿Vamos á tomar helados?

Al entrar en el Casino, llevando de una mano á un chico, talvez su nieto, y con la otra una espadita de juguete, salía un pulquísimo veterano, con fecha da Napoleon III despues de Medan y otros desastres.

—Adios, linda—murmuró al oído de Juana.

—¡Vean, qué Matusalen!—dijo Bibelot, sentándose frente á una mesita de mármol.—Es capaz de volver á que le soples tu dirección. Estos son los que le encantan á la Juana... ¿De qué tomas helados?

—De lo que quiera.

—Dos bocados, José

—¿A qué Juana?—preguntó la muchacha.

—A la otra, la Juana Cotapos. ¡Es su especialidad!... ¿Pedimos pasteles?

—Si usted come...

—¡Claro! me gustan los de crema... ¡Una docena de crema, José!

—¿Es bonita la Juana, no?

—¡Psh, psh!—dió á entender Bibelot encojiéndose de hombros y soplando su cucharilla en forma de pala.

Y después de un goloso intermedio:

—Para evitar trocatintas, ¿por qué no te cambias nombre? ¡Es tan feo Juana!

—No había pensado en eso—dijo ella distraida.

—Un nombre de novela. Yo me llamo Clorinda Donoso... Come pasteles... Pero ahora no me dicen sino Bibelot...

—Oiga, ¿tiene buen carácter mi tocaya?

—¿La mosquita muerta? (La muñequilla hizo como si concentrara sus ideas, y se largó á despellejarla) ¡Esa era una hipocritona que hasta en su casa los engañaba. La creían una niña ejemplar, un santo mocarro, y de la noche á la mañana se las jugó en regla. Lavando sus platos ó cosiendo la ropa del hermano, una vez reparó en que su madre no hacía otra cosa que golpearla y se detuvo á pensar en lo futuro. Aquello era caer de las brasas á las llamas, pues aun si tuviera suerte, lo más que podía esperar era casarse con un obrero, darle larga prole y seguir fregando ollas ó zurciendo trapos sin otra retribución que una tanda de palos cada sábado, cuando el hombre volviese ébrio y sin jornal. Esto variaría al crecer los hijos, pues los hombrecitos, á emborracharse como el padre, á buscar esclava que los soporte, y las hembras, al barro, detrás de alguien que les propine una tunda semanal. Así

violó Juana Cotapos el porvenir, mientras contemplaba en un pedazo de espejo sus hermosos ojos, pensando que si fuese esa su existencia no había para qué tener unos ojos tan bonitos. Y como lo que viera del mundo por el agujero de la llave no la asustaba, largóse á rodar tierras, al principio con un cualquiera, luego lo despidió y se fué con otro, no tardando en hallar colocación. Pero seguía siendo solapada, sin confiarse ni de su amiga Graciela.

—Hará carrera porque calcula, es avara, busca su conveniencia y no guarda escrúpulos, ni cariño por nadie, ni por su hermano, que la quiso tanto. El está en la orquesta del Politeama .. ¡Otro helado, José!

—¿Y la Graciela?

En dos rasgos quedó trazada la nueva biografía, por que era otra que tal. Vivía solita con su madre, atendiendo una cantina que pasaba llena de pijes. Ellos, despechados en sus pretensiones, le pusieron *la mujer de hielo*; pero de repente vino un fulano, mas fogoso que los demás, derritió el hielo y voló con la mujer.

—Loque yo no comprendo es porqué no quiso ir al hospital, aunque le avisaron que su madre en las últimas, la llamaba. ¡Es muy orgullosa, llena de mitiquerías por que dice que tiene neurastenia y para distraerse canta, desde que amanece Dios, hasta que anochece!... ¡Págate, José!... ¿Vamos?

Se arreglaron los mantos frente al espejo.

Bibelot rechazó el vuelto con un jesto despreciativo:

—Para cigarros, José.

Cuando salieron al portal, pasó un jovencito que las miró con mucha atención.

—Ese hostigoso que disimula la cojera, estuvo enamorado de mi, y le pasó una mano... Como es poeta me dijo que era primerizo en amores; yo lo consolé diciéndole que también era primeriza... ¿Observaste de qué manera lleva la corbata? Estos artistas andan desarreglados para hacer creer que no se preocupan de la tierra; pero yo no la trago, porque viví con uno y sé que ese desórden fingido, les cuesta mas que nada,

Hacia rato que á Juana le preocupara el antojo de que pasasen á la Catedral un momento, Recién sonaba el cañonazo de las doce... Después de cotejar su relojito, Bibelot accedió.

—¿Qué eres beata? A mi, ¿creerás? me gusta rezar y cuando me acuerdo voy á misa.

Volviendo á su idea, añadió:

—¿Cómo te llamaban cuando chica?

—Mi mamá me decía la Purisimita—contestó ingénuamente. Pero notando que la otra se reía, turbóse, enrojeciendo hasta las orejas.

La indiscreta quiso salvarla de su embarazo, contándole la mano que le pasara al cojo... ¡Un cochino que con dieciocho años encima no...!

—¿Comprendes tu eso? ¡Pobre mojigato inocente. La Olga le abrió los ojos dejándolo rengo, arrepentido y sin ganas de atreverse mas! Ni siquiera luce su cojeo como otros...

Penetrando al templo helado y solitario, se arrodillaron sobre la tarima de un altar. En el fondo de la nave, bien distante, veíase la opuesta mampara de colores que dá á la calle Bandera y que, al abrirse, dejaba entrar un golpe de luz. Juana trató de abismarse en la oración, pero no halló su piedad antigua; quiso llamar á Dios para que la socorriese, mas su corazón rebozante de amargura, no subió hasta él y ella pudo sentirlo vacío de fé... «Dios está en todas partes»... ¿Se desdeñaba pues de habitar allí, ese Dios que por los humildes fué escarnecido en una cruz? ¿No sería que el tabernáculo santo estaba vacío también, y que, tras de esas celestes capas de éter que los pobres hombres llaman Cielo, tras ese enorme ojo azul que, ni llora sobre los desgraciados, ni se ilumina para consolarlos, no existe sino el vacío infinito, aterrador, que sólo es capaz de llenar el fantaseo infinito y el inagotable deseo de misterio que nace y muere con el ser humano?

Volvióse á medias para observar envidiosa á Bibelot que cuchicheaba Aves-Marías y Padres Nuestrós, con un fervor nada fingido. Entonces trató de evocar su niñez, los Domingos de antaño, y por primera ocasión acudió á su memoria el recuerdo del Ahijado; mezclaba aquel fantasma lejano, con el incienso, los cantos, el órgano, el ruido de las campanas y la salida á la plaza hecha un mar de fuego al rojo blanco. Pero ninguna emoción subía á su garganta, ni ninguna lágrima acudió á sus ojos. ¡Qué sola quedaba sin esa

fé llena de promesas, cuya esperanza consuela á los míseros y les hace soportable la vida! ¿Quién había agostado en su alma marchita esas únicas briznas refrescantes? ¿Qué le dejaron en cambio del pequeño oasis donde se refugiaba, sinó era aridez y amargura? ¡Oh! ¡Maldito fuese quien abandonándola con sus dolores, extremó su crueldad hasta arrancarle la última ilusión, indudablemente la mas loca de todas las ilusiones, pero también la mas consoladora!

—Nana ... Jua-na ... Na-na .. ¿Qué te parece Naná?

Tuvo que venir de muy lejos para entender lo que agachándose al oído le decía su amiga, que en medio del rezo no abandonaba su preocupación.

—¿Qué?

—Fíjate: Jua-na, Na-na.

¿Para que permanecer más de rodillas en esa iglesia vacía y glacial?... Volvió á inclinarse hacia Bibelot:

—No le entiendo.

—¿Que qué te parece ese sobrenombre para tí? Nana, casi lo mismo que le dicen á los niños cuando se pegan? Es una novela en que sale una tipa que hace mil locuras.

Juana seguía abstraída:

—¿Qué extraño todo lo que pienso!... ¿Quién me dice que soy yo misma?... no te conozco.

Se levantó como una sonámbula, echando á andar.

—¿Nos vamos ya? ¡Espérame!—Bibelot la cogió del brazo, volviendo á insistirle:

—¿Qué hubo de lo que te digo?

—¿Naná? ¡De veras, no?—Y junto á la pila, sus ojos distraídos miraban persignarse á la extraña devota quien, una vez concluídas sus abluciones, la asperjió triunfalmente con agua bendita.

—Entonces, lo dicho, dicho. No te llamaremos más, Juana. Estoy segura que despertará atención el nombre y que á la Adalguisa va á encantarle por lo raro.

Al poner la mano sobre la mampara, Juana se volvió lentamente hácia la Catedral desierta y fría:

—Sí, tienes razón... La otra ha muerto... ¡Es mejor que me llamen así!

## XXXII

¡Cómo llueve, ¡Dios mío! qué furia! El invierno se ha descargado bruscamente.

Naná inmóvil, oye rebotar el agua en el zinc, á veces pesada y continua, disminuyendo luego para tomar aliento y caer un rato después con más violencia.

Algo araña la puerta suplicando que la abran con un lamento quejumbroso; debe ser Tin-tin quien se ha quedado afuera y teme mojarse su bonita piel blanca; pero hace mucho frío, ella no se moverá por nada de la cama.

Como no siente la respiración del hombre que duerme á su lado y el mechero de gas, á media luz, le presta al rostro el color cetrino de los ca-

dáveres, acerca su oído á la entreabierta boca, cuyo agujero se ha llenado de sombra, y percibe un aliento muy tranquilo. En vísperas de ese día temido, más que nunca la acosa el horror á la muerte, que desde chica sintió...Ella ó el niño...de todos modos será el cadáver lúgubre, la rijidez, ...el frío...la nada, posiblemente...

Porque ya se halla resuelta á consentir la operación: ¿A qué rebelarse puesto que todos admiten esa idea? Dios se ha hecho el sordo, Velasquez la ha rechazado...¡Nadie será tan Quijoje que cargue, por misericordia, con una prostituta en cinta. Suponiendo alguna vez existiera, hoy pertenece á la leyenda la época de los cándidos ó de los generosos.

Sólo conmover á la Adalguisa no ha intentado. ¡Tiempo hay para despilfarrar el tiempo!... Además...ella cree...que el hijo...es de *la otra*...

El dormido se ha vuelto del costado opuesto y ahora ronca...Hace un esfuerzo por imitarlo... ¡Dormirse en un sueño tibio y largo que no se parezca á la yerta muerte, sinó en la confianza del no despertar!...En el techo continúa tamboreando la lluvia. Un momento consigue aletargarse; pero asesa de un modo tan ruidoso que se le figura aquel, el jadeo potente del aguacero; poco á poco se hunde en ese sopor que viene á ser la penumbra de la realidad...Percíbense los ruidos á través de una muralla acolchada, y aunque el cerebro sigue funcionando, no es definible si se sueña despierto ó se piensa dormido...¡Quién pudiera rendirse como aquel hom-

bre! Apostaron á beber ajeno y si fué vencido, bien descansa su derrota, en tanto que ella, á duras penas consigue quedarse traspuesta.

Todo esto lo medita vagamente, creyendo oír en la sonajera del agua, gritos lejanos de socorro, una vocecita aguda, que llama, que implora piedad.

—¡Mamá!... ¡mamá!...

Torna á desvelarse. Si, debe ser el Tin-tin que maulla—¡Ñáu!—¡ñáau!—¡Pobre gato, teme humedecerse su fino y albo peluche!

—¡Mamá!...

—¡Estás loco! ¿No sabes que eres hijo de *la otra*, de la que murió?... Ciertamente, ¡murió! Yo no lo sospechaba tampoco!

Se sienta en la cama y apoya un codo en el almohadon, pues ha creído ver pasar una sombra por delante del espejo... ¿Por qué la molesta siempre esa mujer extraña? ¿Qué tiene que hacer con ella, Naná, la madre de Juana Lucero?—¡No, no quiero verla!... ¡Con qué derecho viene á mi cuarto!... Yo no permito que entre...

Salta del lecho y con un pañuelo de rebozo cubre la luna del ropero, mas ha quedado destapada una punta y apenas vuelve á acostarse, mira ahí, porque está segura que por allí la espíarán... Primero estalla un chispazo de sombra, cual si rasparan un fósforo y se encendiese una pupila. Y aquel brillante punto negro que no es sinó la mirada de la tiniebla, de la noche, del terror, se clava en ella fijamente, ca-

si con crueldad. Naná *sabe* que no podrá evadirla nunca, nunca. Es el ojo que persiguió á Cain, el ojo con que mira el crimen, el remordimiento y el castigo; la única mirada inextinguible, la única justicia inevitable, por lo mismo que es un desvarío solitario y que tras de ella, para darle luz, sólo existe el alma eterna y poderosa de la nada. Querría levantarse otra vez, cubrir el hueco, pero le falta ánimo! Sosteniendo su cuerpo sobre las manos firmadas en el colchón, sin poder separar la vista del fulgor magnético, lo mira siempre, y *aquello* la mira también, la mira, la mira, la mira. De la raiz de sus cabellos brota un sudor frío, mientras el hombre ronca placenteramente, rellena de sombra la entreabierta boca.

¿Dura esto mucho? Hay un momento en que la pupila se dilata amenazadora—¡No! ¡No! ¡Eso sí que no!—y grita tan fuerte que el borracho ha despertado y se restrega los párpados. Naná se recuesta entonces. Fingiéndose dormida, lo siente vestirse con mucha prisa... Será algún honrado marido, á quien su mujercita aguarda.

¿Vá á irse? ¿Vá á dejarlos solos...? No, le implorará que se quede, que la aguarde y huirán lejos... Lo siente abrir la puerta...—¡¡Se lo suplico!!—con un poderoso esfuerzo cree haber sacudido su enervamiento y levantado la voz; mas nota con asombro que sus palabras no resuenan, han perdido todo eco... Ahora el esposo ejemplar sale á la galería, y bajo sus pisadas cruje la escalera... ¿La han encantado talvez ó es

que ha muerto ella también?... Con el oído inconcebiblemente aguzado, escucha aquellos pasos sobre el asfalto del primer patio, siente abrir la mampara, la puerta de calle, pero la catalepsia continúa hasta que una cosa pesada salta al lecho; sólo entonces se puede dejar caer y corre al espejo para arrancarle la cortina. ¡Todo, todo es preferible á esa mirada pertinaz que, aunque cierre los ojos y se cubra, traspasa la oscuridad, las ropas y los párpados... Sin embargo, en el espejo no está el fantasma... Afuera amanece un tardo día de otoño cubriendo de ceniza el cuarto... ¿Dónde se ha ido?... Escudriña obstinadamente y, tras del hálito de escarcha con que el amanecer empaña los espejos, cree adivinarlo ... ¡Sí! ¡Allí está... trayendo alguien de la mano, una niñita á la cual cree reconocer!... ¿Quién es, sinó ella misma?... Es decir... ¡ella tampoco!... ¡la otra... la que murió... la que tenía los ojos celestes y el cabello dorado!... Está igual, sonriendo candorosamente, y Naná retrocede estupefacta... ¿Luego es verdad que ha muerto?... Sigue retrocediendo y la Purisimita se aleja á su vez... Adios... Adios... ¡Bien lo decía ella! Juana ha muerto, la han olvidado ya, y ella sigue creyendo que vive aún y que es ella misma... ¿Estuvo loca, pues?... Ha muerto niña seguramente... debe hacer mucho tiempo de eso... ¡mucho tiempo que ha muerto... ¡mucho tiempo!... ¡Mucho tiempo!... ¡La han olvidado ya, y ella seguía creyéndola viva!... ¡Debe hacer mucho tiempo... mucho tiempo que ha muerto!



—¿Siente como llueve, Juanita? ¡Y yo que dejé una sábana en el patio! ¡Se va á mojar toda!

Era Mercedes que le golpeaba en el tabique. Naná trató de abrir los ojos, pero los tenía irritados, con una pesadumbre de plomo en los párpados, la cabeza le dolía mucho...¿Qué ha pasado?...Miró el cuarto con asombro, queriendo despertarse bien...¿Había tenido pesadilla, entonces?... ¡Ese terrible ajenjo, tuvo la culpa, seguramente!...Junto á ella roncaba alguien y vió, muy enroscado, el cuerpo blanco y suave de Tin-tin...¿Quién le abriría la puerta?...Recordaba vagamente su delirio...debió tener fiebre...delirios del ajenjo...¡Qué noche tan mala!

Como la lluvia arreciase, abrió el postigo, mirándola caer en finas líneas de cristal que rayaban el espacio. El sol se había hecho camino entre las bajas nubes plomizas y su zaetazo de oro descomponía el agua en facetas irisadas, haciendo destellar, cual chispitas de diamante sobre estuche de esmeralda, las gotas suspensas á las hojas del nogal, muy relavadas con el chaparron. ¡Hermoso nogal! se parecía al *compadrito castaño*!

Invadida por la pereza de los malos días, volvió á la cama, recogiendo al paso su chalón que estaba en el suelo, y reposó otro rato. Acordá-

base de los aguaceros cuando pequeña, ocasiones solemnes en que, no habiendo escuela, su madre freía picarones y calentaba *gloriado*.

Mercedes que la creyera dormida, sintiéndola toser, tornó á gritarle desde su pieza.

—¿Hace frio, ño? A mi me ha vuelto el dolor de muelas y no se me puede quitar.

—¿Qué horas serán?

—Creo que como las once. Yo voy á levantarme ya.

—¡Aaaaa!

La declinación de un bostezo vino á suspender la charla.

En su memoria repasó Naná los horrores de aquella noche...¿Ha sido sueño no mas?...¡Sin embargo el chalón estaba caido!... Por si ó por nó, ya no quiere sufrir más y ese día mismo despedazará el medallón que le puso al cuello su madre: «yo estaré contigo mientras él te acompañe...», Destrozándole, el fantasma talvez se desvanezca.

Lo estrajo de su corpiño, y entreabiendo el camafeo, contempló con miedo aquel vidrio negro de cuya superficie habían desaparecido hasta los vestigios de la imagen.

—¿Para qué conservarlo, si no sirve?—se dijo ella, que trataba de acallar importunos remordimientos.

—¡Parece que escampa!—gritó Mercedes golpeando la pared.

—Si, así parece.

## XXXIII

—¿Está lista para que vamos á ver á la matrona?

—Sí, señora. Voy á ponerme el manto, no más.

Bajó en un instante y como las calles estaban muy mojadas por la lluvia de la mañana, tomaron un coche, dándole Adalguisa la dirección:

—Manuel Rodríguez, primera cuadra. Váyase por Alameda, mejor.

La luz era muy pálida, á pesar de que en el cielo límpido y verdoso, flotaban algunos jirones arrebolados, y por eso encendían los faroles, cuyas llamas amarillas, reflejábanse inmóviles sobre el asfalto negro y resbaladizo de las aceras, haciéndolas relucir como pizarras.

Con desagradables tumbos cruzó el carruaje todas esas calles pequeñas y feas, para desembocar en el señorial paseo, ennoblecido por el otoño anciano artista que apaga los crudos verdes y encanece los follajes, donde entremezcla hojas amarillas como láminas de oro viejo, las cuales esmaltándose con el calor tibio del sol, toman visos violetas, púrpuras desvanecidos, grises finísimos, verdes de una refinada tenuidad. Por que no hay nada en que obre tan delicadamente la pátina del tiempo, como en las hojas de los árboles. Inclínase uno hasta el suelo y en una rama marchita que el viento ha desgajado, pue-

de estudiar la armonía más completa y la más rica coloración.

Naná, desde la ventanilla, miraba huir los troncos, cual fuertes columnas, de algún enorme templo que tuviese por cúpula la bóveda del firmamento. Las copas se veían envueltas en una liviana gasa que condesara el hálito de la tierra húmeda, amararatando las ramas casi desnudas. A lo lejos, naufragaba el sol en las ondas rojizas del poniente, diluido el confín del horizonte en una polvareda de fuego que hacía llamear las cúpulas de cristales, tal que si las iluminase una hoguera interior. En cambio las cordilleras apagaban ya sus tonos cálidos, y la nieve transparente de las cumbres parecía un encaje de plata sobre el terciopelo azul profundo de las montañas.

—Estas cosas se hacen mejor á media luz— dijo la voz de Adalguisa desde el fondo del coche.

Nunca había admirado Naná un crepúsculo, y aquella magestad en que toda la naturaleza colabora para rodear de mayor pompa la muerte del día, le dilató la mente, irritando sus nervios que vibraron en un espasmo de sollozos, sin una lágrima; tempestad sofocante cuya pesadez no aliviaba la menor gota de lluvia.

Sorprendida y medio molesta soportó Adalguisa aquella crisis; felizmente el coche se detuvo y la Lucero hizo un esfuerzo para sobreponerse.

—Tres casas más allá, donde se ve la plancha —indicóle la señora al cochero, golpeando con los nudillos el vidrio de delante.

Y al descender, leyó la enorme inscripción, grabada en bronce.

## INSTITUTO GINECOLÓGICO .

PENSIONADO Á CARGO DE

*M<sup>me.</sup> Letizia Schulze de Rigault*

Doctora en obstetricia

Diplomada en las Facultades de Berlín y París

—Aquí es.

\*  
\* \* \*

Tan solo el aire misterioso de los sirvientes (todas mujeres) y los tapujos de que se valían para introducir á las personas, daban ya mala espina, sobre la clase de asuntos que ventilaba M<sup>me</sup> Leticia Schulze de Rigault, profesora de obstetricia, recibida en las Facultades de Berlin y de París.

La señora Albano de F., debía ser casera, ó á lo menos corredora de la casa, porque bastó que mandase su tarjetita en francés, para que, luego de un momento de espera en una pequeña antesala sombría, con las persianas herméticamente cerradas, como la de los cafetines de mala ley, madama acudiese muy solícita y amable.

—¡Oh, mi querida señora, ¿cómo está? ¿Y la interesante niña que me trajo la última vez, ha

mejorado ya? ¡Cuánto gusto en ver por acá á usted!

—Nueva comision...—explicó Adalguisa.

La matrona sonrióse discretamente, mirando á Naná y ésta sentía raras impresiones ante aquella alta mujer, con acento alemán ó francés, talvéz de ninguno de los dos países, muy fina, eso sí, con unas manos blancas que parecía mentira se ocuparan en oficios tan bajos.

—Llega usted oportunamente, muy oportunamente. A esta hora he despachado mis consultas y apenas me quedo con las pensionistas... ¿Qué hay, pues?

Se le explicó el asunto, escuchando ella sin pestañar; solo una vez interrumpió para preguntarle á Naná si sufría del corazón.

—No, muy nerviosa sí que soy y siento una molestia en la cabeza... aquí atrás.

La matrona siguió atendiendo y propuso inmediatamente el tratamiento.

—Le diré: me la deja unos cuantos días; ensayamos el azafrán y los baños calientes. Si no dieran resultado, ahí está la varita maga... ¡Oh! ¡es cosa sencillísima y muy breve... En diez días como si tal cosa!... Hasta la van á dejar tranquila sus jaquecas.

Ya estaba todo arreglado y siguieron conversando las dos mujeres, cuyos oficios guardaban tanta relación. La una, extranjera, (impunidad y preferencia), hacía medrar la clínica, tras del biombo chino con que, sus clientes, las aristócratas, ocultan sus crímenes y aún sus san-

grientos castigos. La otra, amparada por las leyes, confiaba en la forzosa protección de los hombres para la prosperidad del prostíbulo, y ambas, la doctora y la alcahueta, convergían amistosamente en su fin común de explotar á la misma sociedad depravada. El laboratorio de Mme Rigault prepararía las esposas del porvenir; el gimnasio de Adalguisa educaba los futuros maridos. No era nimia, pues, la importancia de esas dos mujeres que tenían en sus manos caprichosas, nada menos que la suerte de la especie venidera, pudiendo torcerla á su antojo.

—¿Así que aquello sigue siendo un filón?

—Una verdadera mina. Todas las tardes verá usted una fila de coches; llegan por la esponjita, pagan mi servicio y mi reserva y se van, seguras de poder gozar sin temor. Mientras Francia no nos importe su famosa castración femenina, tan generalizada allá, tendremos que precavernos con este medio molesto y rudimentario, aunque eficaz. En Buenos Aires lo puse en práctica, á grande escala, pero me decían que aquí las damas eran otras, muy virtuosas, muy recatadas. Vea usted: despues de tantear el terreno, hace dos meses que lo implanté, llena de incertidumbre, y ya no me dejan vivir... ¡Si en cualquier parte sucede lo mismo! Es debilidad del siglo, muy razonable por cierto, el tratar por todos los medios de conseguir el placer burlando sus consecuencias.

—Debe estar muy contenta usted...

—Lo malo es que perjudicade otrolado, pues disminuyen los casos como el de la señorita, que son los mas productivos. ¡En fin! ¡de todos modos aquello es diario, y por módica que sea su tarifa...!

\* \* \*

Cuando seis días después salió Juana del Instituto Ginecológico, casi volvía con gusto á la casa de la calle del Olivar. ¡Tan asqueroso fué cuanto viera sin querer! ¡Oh! ¡que gangrena ocultaban las sedas de ese gran mundo, al cual, por hallarse en la altura, sobre la asfixiante bajeza, ella creía libre de muchas miserias! ¡Qué corrupción más hedionda encubren los rostros bellos, las flores y las joyas! Seguramente no sería así la aristocracia entera, pero la podredumbre aumentaba, amenazando contaminar, invadir, disolver por completo, ese cuerpo jóven, que vivía en un medio primitivo y por cuyas venas de raza robusta corría, sin embargo, sangre impura y pobre. ¿No era estallido del mal, advertencia del peligro, ese párvulo, envuelto inadvertidamente, por la precipitación talvéz, en paños finísimos, blasonados con el nombre de un personaje, y al que una mano vergonzante acunó, sobre la mármorea escalinata del Teatro Municipal, como una ofrenda viciosa, colocada á las puertas mismas del profano templo de la aristocracia? ¿No era barómetro de moralidad, el silencio tácito con que la prensa acogió el escándalo? *«Si se acusa á los de arriba, el maravilloso orden social puede*

*resentirse*»... ¿Acaso por esos mismos días, y con el concurso del gran mundo, no tuvo lugar aquel bullado remate de una dudosa habitación, suspendiéndose solo por un embargo judicial al propietario, dignísimo representante del pueblo desde la Cámara, lo cual no obstaba que viviese de las rentas que le producían sus casas de tolerancia? También en esta ocasión la voz de la prensa enmudeció: «Si se acusa á los de arriba, el maravilloso órden social puede resentirse y entónces: ¿qué será del mundo?...»

Volvió pues á su existencia *normal*, sin ningun asco, como si hubiesen muerto con la criatura los pudores de Juana Lucero, y cuando Mercedes, que no se acostumbrara al nuevo nombre, la abrazó cariñosamente, llamándola Juana, Nana volvió la espalda.

—¡Y lo mejor es que creen que soy yo misma! —dijo entre dientes.—¡Hasta yo lo creía así!... ¡todos están locos!

Desde entonces las compañeras le notaron algunas extravagancias incomprensibles, achacándolas á su reciente operación.

No, no había quedado bien; muy débil, acaso por el derrame de sangre, cuya vista la hizo desmayarse... ¡Quién sabe que era!... Los sufrimientos, la pérdida del niño, el miedo á la muerte ajigantado en su convalecencia... El hecho era que no se sentía bien. Su persistente dolor al cerebro le debilitó la memoria. Con mucha mas frecuencia que antes parecía vivir en sueños, riendo ó sollozando sin motivo. Y á todo esto,

ni una lágrima. La fuente del llanto se había secado por completo.

Naná rompió su talisman; pero el fantasma de Catalina no dejaba por eso de aparecer durante las noches, antes bien conduciendo ahora á *la otra*, á la Purisimita, á la de cabellos rubios y ojos azules.

Llegaba siempre con su vestido blanco, y en los brazos sostenía, apenas, una gran muñeca, un muñeco muy grande, triste como un hombre su cara de cera, arrastrándose pesadamente su cuerpo lacio de muertecito.

### XXXIV

Por esos días fué que no pudo levantarse la viejecita, la que perseguía al sol. Ahora el patio estrecho, profundo, es una fosa. Sobre su abertura cuadrada pesa el cielo como una sofocante lápida de plomo. No hay sol, franjas de oro que hagan arder la sangre congelada. La abuela se queda en cama. ¡En balde podeis preguntarle qué tiene! No sufre nada, no siente nada, sino frío, mucho frío, un frío horrible; y permanece así, toda entrapajadita, mirando por el ventanillo que dá al patio... ¿Porqué llueve siempre?... ¡Oh! ¡Cuando volverá á limpiarse el cielo, y se paseará el sol triunfalmente, quitando el frío á los viejos!

Misiá Rita es cristiana, á pesar de todo, y no quiere que su tía se muera como un perro. ¡Traigan á un señor cura para que la ayude á bien

morir, y mientras dure esa confesión, guarde la casa mucho silencio!

Solo que la abuela no habla ó no quiere hablar ó no se acuerda de hablar. Ha mirado muy sorprendida al hombre vestido de negro que se inclina á su oído y, como sólo queda una idea en esa cabeza blanca, cree que es el caso de pedirle algo, ya que se interesa tanto por ella.

—Sol... que salga el sol.

El clérigo mueve la cabeza. Nó, es imposible eso; además no habría bastante en todo el cielo para calentar á una viejecita que se muere.

—Sol—repite ella con su lengua trapajosa.

—El sol es del Señor Dios; piense en él, encomiéndose á él, y se lo mandará... ¿No quiere confesarse?

Pero ella no entiende sino que no hay sol. Talvez piense que el Señor Dios es un avaro que lo economiza durante todo el invierno, precisamente cuando más falta hace. Ya no escucha al padre cura y mira por la ventana con sus ojos tristes, tan celestes que casi son blancos. ¡Sol, sol, no quiere más que sol!

Entónces comprende el sacerdote que aquella cosa blanca no es sino un resto de mujer que olvidó irse, cuando se le fueron el pensamiento y la memoria... ¡Jamás podrá la pecadora recordar lo que hizo en la vida!... ¡Bien ó mal, ha vivido mucho, y eso basta para que haya expiado todos los crímenes posibles!... Entonces se pone en pié y extendiendo las manos la ab-

suelve solemnemente de todos los pecados cometidos ó por cometer; de las faltas de obra ó intención. Ha tomado en un sólo destajo el montón de culpasy las purifica todas en nombre de Dios... Otra vez aún, Dios perdona á una de sus criaturas, hecha á su semejanza, por haber amado mucho y por lo tanto por haber subido el eterno calvario del amor. Aún ahora tiritaba bajo la indiferencia glacial de su último amante. ¡Qué! ¿No sabe el sol que ella es su enamorada y que espera el beso ardiente entre los labios, antes que la muerte los selle por una eternidad?

Le imponen la extremaunción, el óleo santo, sobre las manos y pies pecadores; sobre la boca, llena en otro tiempo de mentiras de amor; sobre los ojos y los oídos, que aún conservan imágenes ó rumores del mundo; donde quiera que puso algo la elegancia, el orgullo ó la voluptuosidad. —*¡Lavabis me Domine, et super nivem de-albabor!* —La anciana vuelve á quedar vírgen de alma, como al venir á la tierra. Es una paloma desertora, que despues de manchar su plumaje en todas las impurezas, se ha lavado en la fuente de la gracia, y emprende el regreso, alba, casta, inmaculada, hacia el palomar lejano.

\*  
\* \*

Media semana dura, va la agonía, la vigiécita

se aferra á la existencia, ¡Podeis, espantaros señores galenos, y decir que es un caso nunca visto de robustez! No es robustez, sino apego al hermoso mundo bañado por las ondas ardientes del sol. El recuerdo de los dias pasados la retiene á esta tierra, y sabiendo que marcha hacia las comarcas del hielo y la noche, no quiere irse sin llevar para el viaje, un poco de luz y de calor.

Por fin, despues de los interminables dias de neblina y chaparrón, el ojo azul del cielo se compadece de tan conmovedora terquedad, y la contempla bondadoso, radiante, diáfano á fuerza de llorar. Sólo quedan volando algunos nubarrones, que son grandes pájaros, plegadas las alas, las alas estendidas... Icaros de nieve, el sol se las derretirá.

Un rayo de ese sol anhelado se cuela retozón por el ventanucho, hasta hacerle cosquillas á la viejecita. Y bajo esa caricia tibia se queda dormida para siempre, soñando talvez cosas hermosas, pues su boca sonrie amablemente, con una sonrisa de buena hada vieja.

Esta vez sí que «la inmóvil» permanecerá bien inmóvil... Puede irse el sol, venir otro y otro sol. ¡No volverá ella á perseguirlo con su silleta baja!

Naná, mira á la abuela y piensa que la muerte es una cosa incomprensible... ¡Oh la muerte!...

Afuera Tin-tin se despereza al calor del día; enarca el lomo, saca las uñas, bostezando con lentitud; luego recoge las patas y se queda parpadeante, con un rum-rum placentero y regalón.

—Ayer se me dió vuelta la tinta. ¡Claro! ¡tenía que morirse no mas—aseveró Bibelot desde la puerta.

\*  
\* \*

Y así sigue corriendo el tiempo para Naná; todo igual, con sus días tan parejos que no llegará á sobresalir ninguno. El fin del primer mes siempre causa sorpresa. ¡Ya ha pasado un mes! pero al concluir el segundo se invierte la exclamación: ¡Un mes no más! Pronto viene la costumbre y pues el tiempo sobra y se desea matarlo, no se percibe ni se lamenta que transcurran un año ó una vida, siempre lo mismo, sin que un minuto haya traído una emoción nueva que deje algún recuerdo remarcable.

### XXXV

Alegría! día de primavera! Se camina despacito, arrastrando los pies y permitiendo volar los pensamientos. Arriba el cielo celeste, de una pieza, con una que otra nubecilla flotante; copos de nieve suspendidos en la prodijiosa altura... llegaron tarde; el invierno había terminado y no se atreven á descender, mirando como el sol levanta en un vaho húmedo y tibio, que debe condensarse en nubes á su vez, el agua de las últimas lluvias. Se aspira con ansias, á pulmón abierto, ese sano y confortador olorcillo á tierra fresca, á vida que recomienza. Una fecun-

didad pujante y laboriosa, algo como si estuviera en gestación la nueva juventud y la nueva robustez, escóndese bajo aquella tierra tres veces santa, de donde salimos, que presta nuestro alimento en tanto trabajamos por su cuenta, y á la que nos devolveremos cuando reclame nutrirse de nosotros, pues en su incesante renovación no desperdicia un átomo del polvo infinito que ha creado.

Con el paraguas en la funda y sus zuecos bajo el brazo, se aleja como siempre Papá Invierno, muy de prisa, porque aborrece contemplar el derroche casquivano de la señorita Primavera, duquesa Buckingham, que con su estrepitosa corte de golondrinas y jilgueros, llega rompiendo su collar perfumado y sembrando en los pantanos mismos, amatistas, zafiros y topacios.

¡Oh! ¡Qué poca economía acostumbra la señorita Primavera, y qué mal distribuye sus dádivas! En las chozas humildes, donde la fortuna niega las suyas, ella hace estallar un rubí, dentro de una vergonzosa maceta de barro que alimentaba una patilla de clavel y hasta extiende sobre el árido patio de las cárceles, su alfombra de esmeraldas.

Pero es que el tesoro de la señorita Primavera es inagotable, y en esto no se parece al cofrecito del alma. Mientras ella retorna todos los años, con su falda siempre desbordante de flores, sin importarle un ardite los malos vientos que dispersan pétalos, bastan dos veces diez inviernos,

de esos que arrebatan muy lejos las ilusiones, para dejar exhausto el pequeño joyero.

Eso pensaba talvez Naná, viendo por cuarta vez cubrirse de nuevos retoños el nogal del patio. Era la alegre mañana del año, y sin embargo su corazón permanecía dormido ó ausente. ¡Cansados corazones de veinte años, cobardes de despertar ó de volver!

¡Para ella no traía nada la primavera... ni para las otras tampoco! Adalguisa, cuya hija se había fugado con un cualquiera, descubría cada mañana una hebra gris entre sus cabellos rojos, ú otra nueva pata de gallo cerca de las ojeras azulejas. Graciela vió con terror que engrosaba demasiado, forzosa contribución á la existencia sedentaria, aún cuando Bibelot afirmase que era culpa su abuso inmoderado del canto. En cuanto á la Mercedes, bebía agua helada para adormecer la picadura de sus muelas, y aguardiente para abrazar el gusanillo de sus recuerdos. Naná había llegado á quererlas á todas, hallándolas en el fondo, (un poco al fondo), buenas, jenerosas, fáciles de conquistar con la dulzura. Prueba de ello que hasta la Cristina no la acosaba, -desarmada por su suavidad; que Bibelot era su confidente, ó más exacto, vice-versa y que Mercedes habría dado su mano derecha por ella. ¿Existía mucho de servilismo en tal afecto, tributo espontáneo de la lugareña á la señorita?... ¡Bueno, concedido! Pero era conmovedor, porque en esa amiga saciaba la campesina, aquella innata sed de cariño puro que atormenta á los corazones

sencillos, vírgenes en medio de la corrupción, enemigos del amor, desde que están condenados á soportarlo y á finjirlo, idólatras por la amistad, á la que rinden un verdadero culto, y de la que reciben sus más dolorosos desengaños. Una deslealtad ó una ingratitud es para ellos lo que para otros en amor, la inconstancia y el olvido.

Interesábase tiernamente viendo á Naná tan débil, fiel á la melancolía, aniquilada por los terrores que con su constante acecho dejáronla en persistente estado de sonambulismo. Respondía á una pregunta cosas absurdas, padeciendo vértigos, frecuentes abandonos de la memoria ó nerviosos accesos de risa, y se reflejó en sus ojos algo que se iba; no las vaguedades de la mirada que viaja por el ensueño, sino la indecisión del que se interna en la sombra siniestra del caos.

¡Pobrecita Naná! sus mejillas quedaban siempre pálidas y necesitaba del colorete para animarlas. ¡Había cambiado mucho en esos tres años, por mas que la Tránsito, la misma Tránsito de todos los tiempos, (hay una edad en que ya no se envejece,) le hubiese dicho que estaba «en un ser,» un día que la topó por la calle!... ¿No es cierto que ha visto mal la pobre sirvienta? ¡Su cariño la ciega! Y luego que la araña del tiempo, teje telas invisibles en los ojos de los viejos...

—¿Cuando se viene del campo?... Misiá Loreto me dijo que por allá andaba usted.

—¿Estás segura que me conoces—preguntóle la joven con acento incrédulo.

—¡Beh que no la voy á conocer, misiá Juanita! ¡Si se parece en un todo á su mamá!

Ella la miró disgustada:

—¡Y lo mejor es que creen que soy yo misma! ¡Lo creen! ¡lo creen!

Pronto tuvo una nueva ocurrencia:

—Dime, Tránsito, tú que eres buena: ¿qué se hace para que las ánimas descansen?

—Se les manda decir misas; se les va á dejar flores... ¿Qué pena misiá Catita?

Naná no respondió. Pensaba que habría sido mejor que la Purisimita se hubiese quedado con la Tránsito, á la muerte de Catalina.

—¿Quién sabe si la irán á echar á la huera y avisa que le renueven la sepultura!

¡Cómo no se le ocurrió!... Atendiendo su lecho, llevándoles coronas, los difuntos dejan tranquilos... Mercedes pensaba que los nichos de treinta pesos, eran por seis años, y desde Julio de 1895 á Septiembre del 900, solo iban cinco... Esto la distrajo, la animó.. Si no gastase durante el *Dieziocho*, en *Todos Santos* ya tendría esa plata junta... Pero luego vino la voluntaria abstracción del desaliento. Pasaba las horas muertas mirando al cielo á través de las hojas del nogal.

Cierta vez halló sobre el velador un revólver que dejara allí alguno de sus huéspedes de una noche. Tomándole en la mano, examinóle mucho rato... Una... dos... tres... cuatro balas... De pronto un escalofrío la hizo guardar apresuradamente el arma, al fondo del cajón, cuya llave puso en su bolsillo. ¡Oh, nó! ¡La idea de la muer-

te era superior á sus fuerzas!... ¿No había muerto *la otra*? ¿Quién se acordaba de ella?... ¡Tonta, ya no sufría; mas nadie la lloró tampoco!

Lo único bueno y cierto es la vida. Nadie sabe qué hay más allá. Nadie sabe *si hay* «más allá.»

—¡Vivir, vivir! ¡De cualquier manera, pero vivir, en fin!

### XXXVI

La vez que lo vió en una de las tertulias de siempre, (sólo el tocador ha cambiado por muerte de Jacintó) no recordaba siquiera haberse olvidado de *él*, pues luego de algún tiempo, este miserable lodo hasta olvida de olvidar. Siendo de mismo: afable, tranquilo, más grave, más triste quizás, conservando intacto ese *algo* que lo caracterizaba de los demás hombres, se admiró de reconocerle, no porqué hubiesen transcurrido *tres largos años* desde la mañana que él se despediera de la Purisimita, sino porque... ¡qué tenía que hacer ella con el que quiso *la otra*!

¡Cómo se habría asustado *aquella* de saber que el virtuoso, el que no era como los demás, iba *allí* con los demás... ¿Luego, al enamorar á Juana, llevó también su fin?... ¡Pero Naná si que no se admiraba, ya que había aprendido que todos los hombres necesitan acudir inevitablemente allí, para amar despues con perfecto platonismo á sus novias candorosas, ó para no perder otras muchachas honradas. (¿No lo han sido antes las ramerás?) ¡Id á ver! «La tolerancia es

salvaguardia de la virtud.» Este es el hermoso pretexto en que se fundan los gobiernos moralistas, al reglamentarla, señalándole su sitio entre las imprescindibles instituciones sociales, tal si fuese el vicio algo incontrarrestable, fuera del dominio de la razón. «Verrugas inherentes á cada sociedad,» se dice al hablar de ello. ¿Con qué fin combate entónces la instrucción á la ignorancia, siendo esta otra de las verrugas sociales? Semejantes axiomas jurídicos convencen mejor que nada á los libertinos que, pues por esta distracción dejan tranquila á la sociedad, le perdonan la vida, ella casi debe agradecer que frecuenten las casas de lenocinio, además que no hacerlo «es superior á la flaqueza humana». —¡Cómo!— dirán, parodiando á los fumadores recalcitrantes. —¿No fumar? ¿regularizar mi pasatiempo? ¿acaso las aduanas proscriben el tabaco? *A eso no es posible poner freno, es... la bestia indomable.*—(Sin dificultad en estos casos alcahuetes, se recuerda que somos animales.) Las autoridades (¡animales al fin!) aprueban y componen nuevas leyes admirables, que amparen y fomenten la prostitución y por ende el vicio; pero á fin de escusarse y aún santificar sus procederés, sin consentir que la seguridad de la tolerancia origina la perdición y el degradamiento en la mujer, traen adjuntas compensaciones: «Así libramos de los eróticos á las mujeres honradas.» Cual si para explicar la ninguna medida tendente á restringir el abuso del alcohol, adujeran: «Resulta inútil y temerario mezquinarle, llegado

ese caso los borrachos convertirían en alcohol el agua de las cañerías.

No, no cuida su honra, sólo merece desprecio quien contribuye al escándalo, y Juana, de saberlo allí al Ahijado, hubiese sentido vergüenza por su amor; pero Juana estaba muerta y Naná... le sonreía.

El j6ven no la conoci6 desde luego, *aunque apenas hiciesen tres a6os que no la viera*. Los afeites cambian mucho, no habiendo mejor disfraz que el vicio; su m6scara, si bien conserva las l6neas, borra el aire, el gesto, la expresi6n, es decir, lo que el alma le prestaba al rostro, y desfigura, hasta suprimir todo parecido entre la muchacha buena y la prostituta. Observadlo esto en vuestros mismos retratos: el 6ltimo de la ni6ez, el primero de la juventud, (que en el hombre casi siempre es disipaci6n). Es el mismo individuo sin embargo, ¡qu6 cambio! El alma ya no es la misma.

Nada tiene pues, que el j6ven pudiera conversar tranquilamente de literatura con Olga von Schwember, la que, juzg6ndolo escritor por sus cabellos largos, le pedía un pr6logo para su famosa novela auto-biogr6fica:

—Son dos tomos de cuatrocientas p6ginas cada uno; hace m6s de cinco a6os que la escribo, siendo una ni6a al empezarla. Ya sabe: *La 6ltima hija de los condes von Schwimberg*» ¿Qu6 le parece? ¿le pondr6 la corona condal en la tapa? Yo vario un poco el apellido para que no me

reconozcan, pero muchos adivinarán que es mi historia... ¡Me gusta un prólogo suyo!

Sin entender lo que le decía al oído un muchacho, Naná miraba al Ahijado, recordando aquel oráculo que recibiera la Purisimita: «Te ama y te lo dirá»... ¡Qué mentira era lo de los espíritus!... Su amiga murió y nunca le dijo él su amor.

Con golosidades de mono, introducía el chiquillo la mano por la abertura de su escote; ella pareció despertar, restirándose cosquillosamente.

Soy muy celosa—dijo riendo, miéntas se arreglaba sin prisa el cuello de la bata.

¿De qué podía admirarse si ahora los niños ensayaban el amor con sus amas secas, pasando del colegio á los lupanares? No *ser hombre* á los dieziseis años, era una vergüenza que debían subsanar, so pena de caer en ridículo. «Ningun varon puede casarse á ojos cerrados, haría un papel lamentable ante su esposa,» con lo que se la supone iniciada en los secretos de alcoba. (Esto obliga al hombre más delicado, á proceder brutalmente la misma noche de novios). ¡Por el contrario! Viciado de cuerpo y alma, su obligación es adiestrarla en las monstruosidades sensuales. ¡No haya miedo! Maestra ya, formará discípulos á su vez, y entre tal sport nacen los hijos adulterinos ó espurios, con el jérmen de los vicios de sus padres, marcados desde la cuna por un estigma infamante, embriones de alcohólicos, de afrodisiacos, que llegarán hasta la degeneración sodomista ó el estupro criminal. Es

la mosca Zolaniana, abandonando su podredumbre, subiendo á posarse en los palacios, sobre las damas, los señores y los niños, para envenenarlos con la muerte que de abajo recogiera.

Naná tenía miedo que le conversase el Ahijado, y á un tiempo lo deseaba. Nada mas que por curiosidad quería saber si amó á *la otra*, si supo su muerte... un antojo ¿a ella que podía importarle todo eso!

De pronto sus miradas se correspondieron, advirtió que la observaba, y lo vió inclinarse hácia Olga para averiguar algo que le era concerniente, porque ambos la miraron. El movía la cabeza, como si rechazara un parecido abominable.

Haciéndose la disimulada, fingió gran interés en la conversación de su precoz enamorado;

—¿Qué me decía, denantes?

—Tú no sabes que soy sobrino del presidente.

—... Usted no tiene mamá, ¿no?

El chiquillo la miraba perplejo, todo amoscado, creyendo que se burlaban de él.

—¿Por qué?... mire.

Era agresivo su tono; sin embargo, Naná no lo notó.

—Cuando uno tiene madre, no deben dar ganas de moverse de su casa en la noche. ¡Será tan agradable quedarse al lado de ella!

—¿Y á qué viene eso?

Ella advirtió el resentimiento de su adorador.

—No, si no lo digo por usted. Fué una ocurrencia no mas; estaba preocupada de otra cosa.

Durante su diálogo no perdía de vista al Ahijado y al verle atravesar con trabajo entre las parejas en baile, tuvo la certeza que era para llegarse á ella.

—Señorita...

Sintió intensa emoción, semejante á los trastornos de la Purisimita cuando se aproximaba en la plaza, á la salida de misa.

—Me han dicho que se llama Naná; pero ese es nombre de batalla ¿no es cierto?

Con su voz enronquecida por el alcohol y las vijilias, tardó en responder, apartando los ojos, al hacerlo, pues no sabía mentir su mirada, lo único rebelde al finjimiento y que suele traicionar al más hipócrita.

—¡Si es mi nombre ese! ¿No le gusta?

—¿Hace tiempo que está aquí, señorita?

—¡¡Un pas de quatre? ¿Quiere que lo aprovechemos?—propuso incómodo el muchacho, ofreciendo el brazo á Naná.

Los ojos del otro espresaron una cólera fría.

—Dispéñeme, despues bailo.

El novel Foblas, agraviado por tal desaire, sin valor para exigirle satisfacción á semejante intruso, alejóse, con un silbidito rencoroso:

—¡Fi-fi! fífífífí; ¡fi-fi! fífífífí.

—¿Qué me pregunta?

—¿Si hace tiempo que vive aquí?

Comprendiendo su incertidumbre, quiso ser piadosa con él y con su amiguita muerta.

—Hacen cinco años—repuso resueltamente,

segura de desorientarlo. Y gozaba con la idea que creyese siempre en la Purisimita.

—¡Ah!—adujo simplemente él.

Cual si deseara disculparse de sus curiosas preguntas, añadió algo mas.

—¡Se parece usted tanto á una niña que conocí en esa edad que se cree necesario tener una noviecita á quien dedicarle los primeros versos! ¡Por dicha, pasan pronto tales chifladuras!

Es posible que deseara reirse á costa de sí propio, pero su temblor de voz, bien dijo ser esa una burla sacrílega. Mirando entre la bruma del ensueño el torbellino del baile, no pudo resistir, hizo confesión entera de su amor...—Yo...la quise...—Su voz iba anegándose en esa dulce melancolía de las cosas que no pueden ni deben volver.—Yo la quise...—Era primer vez que tales palabras se escapaban de su corazón, y él mismo parecía escucharlas como si una incontenible lengua extraña, las pronunciase. Indudablemente había olvidado á la prostituta que las evocó...—Solo á los veinte años, juguete de todas las ilusiones, se puede querer así, con tanta inocencia, entregándose de un modo tan absoluto...—Y ella asentía con leves movimientos de cabeza.—Sí, sí, mas tarde el amor se convierte en vicio ó en comercio... ¡Nunca más se vuelve á querer así!...

Quedaron silenciosos.

—¡Lo mejor es que ha creído que soy yo misma—dijo Naná con voz cambiada.

—¡Oh, no, nunca!—protestó vivamente el

Ahijado; pero luego, arrepentido de su brutalidad quiso atenuarla.

—No podía ser... tenía otra expresión... era mucho mas chiquilla... más bajita tambien...

—¿Qué fué de ella?

—La mandaron al Sur, no sé dónde... Creo que ha muerto...

—¡Lo que yo dije!—profirió Naná.

—¿Por qué?

—Por nada... porque sí... porque siempre pasa eso...

Y pues se conmoviera más de lo correcto, necesitó levantarse para ocultar su emoción.

El proseguía abstraído... Pasaron una bandeja... Con su copa en la mano la miraba el fondo... Lentamente bebióse la mitad del oporto...

—¿Por qué me puse hablarle á ésta? ¿Para qué acordarme de aquella?... Estuve borracho quizás—Apuré el licor haciendo un gesto; toda la tristeza aconchada en el corazón se había revuelto y al subir á la superficie, sorprendíalo por su amargura... Sus ojos soñadores miraban, miraban obstinadamente el fondo vacío de la copa como queriendo encontrar en él algo que no fuera tristeza...

.....,.....,.....  
 —Yo no permito que se me desprecie por el primero que llega ...

Naná dabas excusas al muchacho que desahogara su impotente furia en el pecho maternal de la Adalguisa.

—Yo no consiento que se me humille por un cualesquiera...

—¿Para qué te aflijas? ¡No seas tonto! Aquí está tu *mamasita* que te quiere... ¡Pobre mi *chiquillo*—consoló Adalguisa acariciándole los cabellos con la ofendida solicitud de una reina á quien ultrajan en la cara persona de su paje.

\* \* \*

Aquella noche tuvieron que subir á Naná á su cuarto. Había tratado de desechar recuerdos inoportunos, de no ofuscarse con mil ideas contradictorias, y como solo tuvo á mano alcohol, talvez bebió demasiado... Receta de Mercedes era esa.

La profesía de la muerta se ha cumplido: él le ha dicho á Naná su amor por *la otra*... ¡Qué feliz fuese Juana si lo lograra saber!

Pero, por una amarga ironía, ya á nadie sobre este valle de lágrimas, puede importarle un comino todo eso, puesto que la Purisimita ha muerto.

¡Oh! ¡Es preciso emborracharse para no renegar de Dios... A lo menos así lo hacen Mercedes y las demás, cuando están tristes ó algun buen sentimiento «las importuna»!

### XXXVII

...—Deja que te acompañe algunas de las *chiquillas*, mejor; andas un poco enferma y no conoces bien las calles—le objetó Adalguisa esa tarde, cuando á Naná se le puso visitar el Cementerio sin que nadie fuera con ella.

Era el 1.º de Noviembre y ántes de almuerzo la jóven había pasado al *centro* á comprar violetas, de las últimas violetas del año, con las que compuso una coronita para Catalina, obstinándose, eso sí en ir sola á dejársela.

—368. Es el número del nicho... No se me puede olvidar.

Adalguisa le hizo aún algunas observaciones. Todas estaban alarmadas, pues apénas dos días ántes, la Lucero había sufrido un ataque en el salón. De repente, en medio de un baile, rompió á gritar como histérica: — ¡Allí! ¡allí!... ¿Hasta aquí vienen á perseguirme?... ¡Nó! ¡Nó!—y dirigía los ojos extraviados y los puños amenazantes hácia el gran espejo... Aunque alguien afirmase que eran síntomas de epilepsia, nadie comprendió nada, pero tuvieron la zozobra de que Naná podía estar enferma. ¡Una lástima, pues sigue siendo la mejor *rèclame* de la casa!

—Sin asustarla, como quien no quiere la cosa, la llevaré unos de estos días donde el médico para que la examine — le dijo Adalguisa á Misiá Rita.

De veras se interesaban por ella, ya que resultó una joya esa chiquilla tan despreocupada para el dinero, que bien podían pasarle gato por liebre y contentarla con engaños. Nunca tuvo exigencias, pues tampoco tenía necesidades.

—¿Porqué no vas con Olga ó con la Graciela? Ellas pensaban visitar el panteón.

—Déjeme ir sola no más... Es para una cosa... ¿Voy á arreglarme?

No quiso contrariarla, viéndola tan porfiada, cosa rara en su llevadero carácter.

—Tú sabrás, pero no vuelvas tarde. ¡No ves que hoy tenemos jente como nunca!

Era la verdad. Día de Todos Santos y semana de Pasión son fechas que se ven muy concurridos los bailes nocturnos, no pudiendo suceder de otro modo, pues para los hombres *chic*, las noches coloniales de Santiago se reducen al club; (palabra con que se designa el tapete verde en caló de buen tono); al remate de los caballos que corren el domingo en el Club Hípico (otro juego de azar, pero sancionado por la ley); á las casas de diversión, (borrachera y crápula) y, allá durante cada invierno, á la ópera que, ocupando las primeras horas, sirve de aperitivo con la semi-desnudez ó los movimientos de sus actrices, bailarinas y coristas.

—No me demoro nada. Voy á ponerme el manto entónces—dijo Naná saliendo, temerosa que le retiraran el permiso. Estaba alegre como pocas veces, porque pocas veces había cifrado tantas esperanzas en el porvenir.

—Ahora salgo de dudas y termina todo— se decía

Llevaba la cabeza baja, como siempre. Sobre la bruñida tierra vió deslizarse en silencio un grupo de reptiles intanjibles. Por primera vez desde mucho tiempo, levantó los ojos. Eran las sombras de una banda de avechillas, que atravesaban el vibrante espacio. Pero Naná no volvió á inclinarse. Estaba sorprendida de que, por

todo lo alto, se extendiese libremente el luminoso aire azul y entonces recordó que en ese mes de los muertos, tan lleno de vida, se quita la loza de todos los sepulcros. El piadoso soplo de resurrección, acompañándose con el rayo de sol, que no retrocede ante las lobregueces entre las cuales se oculta la humanidad que *es* y que *fué*, rorida por las pasiones ó los gusanos, penetran á los sepulcros, al pecho de los hombres, para sacudir el polvo, para disipar el frio; el de la muerte y el del corazón.

Y ni ese aire ni esa luz hacen distinciones entre el alma de un poeta ó de una prostituta.

\*  
\* \* \*

—¡No quieres que te saquen la suerte?—mujer Bibelot al verla pasar.—Ya me salió á mí marido, y á la Graciela que daría la vuelta al mundo... como cantatriz talvez.

Ambas comadorean en el cuarto de la Mercedes, so pretexto que la una la ha soñado con dolor de muelas y la otra, poniéndose los dos dientes de abajo; en el almuerzo cambiaron sus presajios y viendo que coincidían, pidieron una consulta á la sibila, para aplacar los manes ó ir contrarrestando el mal augurio.

«Sabido es que soñar con dientes  
Es cosa de muerte siempre»

Mercedes se reía de estas supersticiones.

—¡Si no le tiemblo pizca á la muerte!

—¡Ya se ve que no le temes, puesto que te lavas la cabeza en Noviembre! pero ¿y si fuera yo y no tú la que se va á morir?

Para preguntarles por qué carro deberá irse al Cementerio, Naná penetra al oráculo, donde oficia la vestal, con el suelto cabellohúmedo todavía, un peine encajado entre él, y una tohalla en los hombros. Justo, en ese momento, concluye de leerle á sus amigas el libro del destino, y recogiendo sus cuarenta hojas esparcidas sobre la cama, lo coloca enfrente de la nueva consultante, quien debe cortar tres veces con la mano siniestra.

—¿Así?

—Así.

—Sobre todo, ten fé.

—¡A ver que te sale!

—¿Tomaré Independencia ó Recoleta?

Nadie se preocupa de responderle, mucho menos Mercedes, quien religiosamente coje con la misma mano zurda el montón del centro y lo coloca sobre el de la izquierda para á su vez ponerlos reunidos encima del lado opuesto.

Graciela que ha visto múltiples veces estas operaciones intrincadas, se sienta sobre el baul y ahí se dedica á extraer del rincón un diario viejo caído.

—Sería curioso que te murieses tú—murmura á media voz Bibelot, como temiendo pueda alterarse ó desvanecerse el misterioso poder que combina los naipes.

—Los hombres no contentos con emancipar-

se de nosotras, nos hacen competencia—dice Graciela arrugando el diario con un mohín burlesco ¿No se acuerdan que hace poco fué absuelto un capitán que forzó á su asistente y al muchacho lo condenaron por haberse dejado?

La sacerdotisa separa la sota de bastos (mujer rubia) que representa á Naná; poniéndola sobre cualquier carta la cubre con una al revés y dispone las demás en su redor, primero en forma de cruz, luego llenando los huecos con otras, dispuestas diagonalmente. De pie Biblot y la interesada (que no han oído seguramente el cuento del diario) miran sin comprender estos manejos cabalísticos. Es la vida misma la que se prepara allí, á sus ojos, y sin embargo, á ellas no le será dable ver sino el mudo reverso de la baraja. ¿Debajo está la desgracia ó la fortuna? ¡Quién lo sabe!

—A mí no me importaría morirme—repite Mercedes, también en tono bajo.

Naná está pálida y sus ojos se clavan con un brillo de fiebre en aquel cartón que es ella.

—*La Ley* dice que han sorprendido en la calle Mesías un Club de caballeros solos y da la lista de los socios—reasume Graciela que ha reanudado su lectura. Todos son nombres...

—Bastos.

—Nombres conocidos, y...

—¡Chit!

—Bastos... tendrás disgustos con un militar.... Por causa de una mujer trigüeña... sota de oros.... Rey de oros... el pensamiento de un

hombre moreno que quiere mandarte una carta ¿no ves? aquí está el oro para decirlo... ¡espérate!... es de amor por que ahora viene una espada.

—¿Quién puede ser él?

—Recibirás malas noticias, pues el caballo de bastos está al revés y el cinco de oros indica que te vas a confundir.

—Pero ¿malas noticias de quién?

—De tu familia será, talvez.

Una sonrisa amarga plega los labios de la Lucero. Ella sabe bien que es sola en el mundo

—Te mandarán dinero por intermedio de una amiga.

—¿Dónde está la amiga? pregunta Bibelot.

La pitonisa señala una sota de copas que medio oculta el seis de oro.

—Tendrás un incidente... por ciertas relaciones con intrigas.

—¡Nombra el palo que dice eso!

—No ves ahí, al lado, el ocho de espadas y el cuatro de copas.

...Pero hay esperanza—prosigue consoladoramente Mercedes, mostrando el siete de espadas—de que un buen éxito (siete de copas) corone el proyecto de dormirse sobre un lecho de flores...

Es la imprescindible apoteosis de toda predicción, que en esto se parece á las novelas por entregas.

—¿Cuál es el lecho de flores? vuelve á inquirir Bibelot.

—El cuatro de bastos; la carta más buena que hay.

Quedan aún por ver las que como tapas de un libro encierran á la sota de bastos. Son el dos y el tres de la misma pinta, que, reunidas, significan pesadumbre por una costosa empresa.

—¡Lo que más me ha gustado es que te haya salido lecho de flores, como á mí.

Naná se ha quedado pensativa:

—Un lecho de flores...

—Si vas al cementerio, toma en la plazuela de Santo Domingo carro con caballos, porque los eléctricos no llegan hasta allá—le indica Graciela—Yo voy á ir más tarde con la Olga y no está lejos que nos encontremos.

### XXXVIII

El día de difuntos, Santiago entero va en romería á la Necrópolis. ¿Quién no tiene nn muerto querido? ¡Oh! ¡feliz ese que no ha visto alumbrar bajo su techo los cirios amarillos! mas ¡qué perpétuo sobresalto debe ser su existencia! La muerte ha sido clemente con él, pero la muerte, como la desgracia, también se encarniza y hiere por junto á los felices.

De todos los barrios acuden gentes hacia el barrio blanco. ¡Es la pascua de los muertos! Este día los arbustos son despojados de todas sus flores y las frías lápidas parecen florecer, humedecerse, aromarse. Solo tienen flores vivas los jardines del camposanto, aun-

que nadie se atreve á arrancarlas, pues se han nutrido en el fecundo seno de la muerte. Ante la morada de una doncella, florecen las acacias blancas. Oculta casi el nombre de un artista, un enmarañado matorral de rosas, rosas erizadas de espinas. Los naranjos dan azahares, junto al tálamo de una novia. En las junturas de la piedra que cubre á una buena vieja, la cual sufrió mucho, entre la indiferencia del mundo, brotan violetas. Se atropellan los *No-me-olvides* para embellecer el sepulcro de una madre y por todas partes hay mentirosas *siempre-vivas*, irónico escarnio á la fragilidad humana.

¡Es la pascua de los muertos!

En cambio quedan otras tristes fosas, sobre las cuales no puede plantarse sino el árbol negro de la cruz, y todavía, para que el viento no lo derribe, los cardos tienen que apoyarlo. ¡Pobres tumbas, apartadas casi siempre en los extremos, en los rincones inexplorados, como si amasen aún la soledad y sintieran pudor de acercarse á los palacetes opulentos, á los pulidos mausoleos, á las sepulturas frecuentadas! cuando más estas negras cruces sostienen en sus brazos una corona seca. ¿Por qué no podría ser que la única criatura que hubiera preferido á todos, ese rincón, durmiese ya en sitio lejano, sin tener siquiera sobre la tierra que la abriga á ella, un despojo de flores marchitas que acusen un recuerdo olvidado por la vida, ó un cariño estinguido por la muerte?... El cielo del norte, más piadoso, se encarga de cubrir aquellas tum-

bas con blancos copos de nieve. Heladas rosas, que representan un símbolo, un emblema...

En los alrededores del panteón, el negocio había levantado sus carpas para lucrar á merced de la devota procesión. Vendíanse empanadas, licores y mujeres; se oían cantos, ruido de guitarras; y todos trataban de sumerjir en la borrachera su conciencia, para desechar la angustia, las ideas lúgubres.

Naná traspasó la verja, arrastrada por esa avalancha humana que venia á turbar la quietud de la ciudad incommovible. ¡Cuanta irreverencia, cuanta falsedad y futilidad, cuanta pequeña miseria, lleva consigo hasta ese lugar mismo la multitud romera! Bastaba mirar las caras, para comprender el móvil de cada cual. Unos obedecían á *la moda*, otros á las apariencias, los más á la costumbre. Las muchachas miraban, esperando descubrir al *pololo* apostado en una esquina, talvez junto á la casa solariega de sus mayores; las mujeres hermosas lucían su elegancia y su belleza; los viejos, con su triste mohín, eran como el chico á quien echan á acostar en medio de la fiesta y se acerca sin sueño á la cama, sintiendo que los otros sigan divirtiéndose; alguna viuda, aparatosamente inconsolable, acompañábase de cierto amigo que la ayudase á transportar la corona, demasiado pesada, que trajo á su finado alguna visita de ceremonia; entró para dejar su tarjeta y volver á salir... Y todas las vanidades ó pasiones, atravesaban con ruidosa

insolencia esa puerta que, en un día irremisible, deberán cruzar peremnemente calladas.

Naná trató de orientarse, pero era aquella una ciudad laberíntica, con sus calles á cordel y sus casas parecidas todas, ó á lo menos niveladas por la democracia de una cruz y un *Requiescant in Pace*.

Se veía que ella vagaba sin rumbo, buscando una persona que la guíase; parábase á leer las inscripciones, á admirar los adornos, las colgaduras de terciopelo franjeado de plata, las guirnaldas, las coronas, las flores deshojadas, con que ese mes, y particularmente ese día, se decoran los monumentos tumulares; seguía andando, tornaba á detenerse... Así desfilaron ante sus ojos nombres y nombres, casi todos de vivos, porque aquella por donde iba era una comuna nueva, de recientes construcciones, la de categoría, donde se reunían por un postrer orgullo, que divide en clases la misma república de la muerte, los apellidos que retumban juntos en las crónicas del gran mundo: Tocornal... Cerda y Ossa... Pereira Iñíguez... Valdés Cazotte... Riesco Errázuriz... los abonados á la ópera, las que llevan más costosas *toilettes* en los bailes, los oradores de banquetes, los miembros del Congreso, las damas de la beneficencia. En ese perpétuo carnaval que les exigía su alcurnia, en ese correr de mascarada en mascarada, arrastrando como cadena su propia pompa, tenían una sola previsión verdadera: la de disponerse el lecho de paz donde, más tarde ó más tempra

no venir á dejarse caer, hastiado de farsa, rendidos de placeres... Y escrito con lápiz sobre una columna, era su *Consumatum est* aquel pensamiento que Naná descifró trabajosamente:

¡Oh, cuánta lucha con la suerte en guerra  
Para hallar, cuando todo ha concluido,  
Una mísera tumba que se cierra  
Con un poco de tierra  
Y otro poco de olvido!... (1)

Ni por entrar allí, había dejado afuera su aire mundano y un sepulturero muy amable se le acercó.

—¿Necesitaba saber algo, prenda?

—Sí, el nicho 368. (Una vez que hubiese depositado sus flores, iría á renovar el arriendo antes que arrojasen á la huesa al inquilino).

—Yo la guiaré. Véngase por aquí.

El calor era sofocante; los árboles quedaban largo tiempo inmóviles; solamente leve brisa venía á despertar las hojas amodorradas. Naná, de cuando en cuando, hacía alto para respirar y maquinalmente descifraba los epitafios: versos malos, versos cojos, versos necios; muy á lo lejos una que otra inscripción sentida.

JULIA URBISTONDO, DE 18 AÑOS.

1870

Eso hablaba de una virgencita que las flores hicieron cautiva en la batalla de la Primavera

(1) Isaias Gamboa.

y á quien mantenían desde muchos Octubres, cargada de cadenas olorosas. Pero lograba evadirse siempre que algún poeta se detuviera á leer su epitalamio funeral y resurgía perennemente joven, bella y amorosa, como si el tiempo-centinela, embriagado de perfumes, se hubiese dormido custodiando el calabozo:

Esta es la tumba de tierra  
 Que todo lo humano encierra,  
 Belleza, amor, juventud!  
 Cae en su abismo profundo  
 Lo frágil, lo que es del mundo;  
 Todo, ménos la virtud!

¡Sí, eso era lo único que quedaba de tanta bambolla; lo que persistía á través del tiempo y de la muerte!

—Camínele, pues, señorita.

Las gentes daban su paseo por las avenidas plantadas de cipreses. Nuevo corso, como el de la Alameda ó el del Parque. Un hombre, caso común, la rozó intencionalmente al pasar, pero lo raro es que á Naná no le fuese desconocido: ¿Donde lo había visto? ¿En la tertulia? ...No, no.... ¿Quién era, entonces?... Iba y venía el esquivo recuerdo... ¿Sería el vecino espiritista, aquel don Pedro González?...

El guarda la encaminaba siempre á través de la cosmópolis; luego llegaron á sus interminables muros acribillados de troneras que son nichos y siguieron recorriéndolos. ¡Cuán fría, cuán

igual era aquella morada común, más triste si es posible que las demás, con sus diez mil compartimientos á medida distancia, muy vecinos por cierto! —¿Qué vecindad me tocará á mí?—pensaba en tanto andaban á lo largo de ella. Y á Naná iba pareciéndole un enorme conventillo mortuorio.

¡Oh, la tierra! ¡No hay como la madre tierra, de cuyo vientre nacimos y en cuyo regazo nos dormiremos! Lo demás es la putrefacción asquerosa y estéril. Ataúdes de plomo, sarcófagos de mármol, todo ello retarda, dificulta la incorporación necesaria y útil al seno de la tierra, frustrando nuestra mas hermosa, nuestra única esperanza de inmortalidad: la eterna evolución de la materia.

—¿Qué hay, mi alma? ¿Está cansada ya?

Nunca le pareció más repugnante que entonces la solicitud de aquel guardián que aventuraba miradas insolentes... ¡Oh! ¡á la legua había conocido que era una *niña*!... ¡Tenía un olfato!...

—Pero, por Dios, ¿hasta cuándo vamos á andar?

Seguía desarrollándose á sus ojos aquel lienzo de muralla, el cual, en un espacio de diez metros, daba cabida á cien hombres que talvez encontraron pequeño el mundo para su ambición.

—Otro poco más, no mas. ¿Le llevo la corona?

—Gracias, señor.

—¿Es bien requetebonita usted, no?

¡Cómo! ¿Hasta allí, donde venía á cumplir una santa obligación, habían de perseguirla las brutalidades del hombre? ¿Qué maldición llevaba consigo para que lo que en todos se consiente y respeta—traer una flor á sus muertos—tambien se le negara? ¿Hasta el pié del nicho de Catalina debían acompañarla las palabras groseras y las proposiciones infames?

—¿Y de quién es el nicho?

—Es de *su* madre—replicó Naná.

—¡De la mía, no!... 368... 368... ¿Qué nombre tiene?

—Catalina Lucero.

—¿Lucero? Ya pasamos uno, pero era hombre. ...¿Lucero de qué?

—Lucero, no mas.

—¡Ah!

Era increíble; mas, nunca hasta ese instante había reparado en que no llevaba el nombre de nadie. ¡Oh, la infeliz! ¡tambien sufrió la caída, pero tuvo la energía de afrontarlo todo y de criar á su hija!... ¿De qué sirvió aquello?... ¡Tenía razon la Adalguisa! Cuando no había fortuna de dinero ni de honradez, era piadoso que no viesen los hijos de la fatalidad; sinó, ahí estaba el ejemplo de esa Purisimita que sufrió tanto, tanto, toda su vida.

—¿No se llamará Juana Lucero?

—¡Qué!—dijo ella, levantándose con movimiento nervioso el indomable cadejo.

—Es que aquí hay una «Juana Lucero»; pero no en el 368.

¿Era allí donde la habían enterrado?... Se quedó inmóvil ante el nombre de *la otra*, escrito con letras negras:

JUANA LUCERO, DE VEINTE AÑOS.

Lo que quería saber de seguro. ¡Ya no quedaba duda! Había descansado, por fin, la desgraciada y tras de esa glacial plancha blanca, soñaba talvez sus sueños la incorregible soñadora.

Juana Lucero, de veinte años...

Prosiguieron caminando, mientras el hombre leía los nombres:

—Juan Sanhueza, de ochenta años ... María del Carmen Ugarte, de ocho años... Romilia Pardo, de treinta años... Juan Santis, de veintinueve años.

—Este es el 368, pero hay otro nombre—dijo el cicerone deteniéndose.

En efecto, bajo la placa festoneada de flores, los caracteres dorados eran muy visibles.

Manuel Guajardo

† el 12 de Agosto de 1896 á los...

—¡Hace cuatro años!... ¡No puede ser!—exclamó Naná.

—¿Cuánto tiempo qué murió su madre?

—¿Mi madre? ¡Ah! ¡sí! ¿Catalina Lucero?... Cinco años cuatro meses ya.

Pero si los nichos se toman por uno, ó por cinco—dijo el panteonero.—Este debe haber sido por uno.

—Entonces ¿dónde puedo encontrarla?—preguntó con amargura ella, mirando desolada su

corona inútil... ¡Oh! ¡la muerta no la abandonaría mientras no le dejase esas flores.

—En la huesera; allá los echan. Siga por aquí no mas; donde hay una puerta de fierro, esa es.

Se había aburrido, viéndola tan abstraída; además, pudieran necesitarlo en la administración... Volvió la espalda y se alejó lentamente.

Naná reanudó su marcha. Era tarde ya. A lo lejos un reloj de torre tocaba las siete, las vibraciones nadaban, se expandían en ondas, dilatábanse hasta el confin, como los círculos progresivos que se ensanchan en el agua donde ha caído una piedra... Casi era mejor que volviera otra día. Continuó adelante, sin embargo. Por ese lado el campo santo estaba desierto, y no había un alma cuando arribó al potrero de los pobres de solemnidad, apartado de los demás como un cementerio de leprosos.

Penetró entonces, llegándose al fondo, donde están las fosas rellenas, con una simple cruz; ni flores ni nada, ni siempre-vivas ni cardos, ¡Nada mas que el fatal árbol de la cruz, que arraiga en toda tierra por estéril que resulte, en todo Gólgota, por árido y abrupto que parezca... Para fortalecerse no pide sinó un riego de lágrimas ó de sangre... indistintamente!

¡Una... dos... diez... veinte cruces! ¡veinte agujeros llenos hasta el tope (solo uno, descubierto aún, esperaba que lo completasen, dibujándose el bulto de los cadáveres bajo una capa gris de tierra) y luego, otros maderos santos y otros ho-

yos! Catalina confundida con todos los infortunados, estaba en alguno de esos resumideros, de esos basurales humanos, donde sobrenadaban flacas tibias y una que otra calavera de cuencas vacías y nariz mutilada, con mandíbula idiota y dentadura floja.

Cráneos amarillentos, pelados huesos ¡he ahí la belleza física, los modelos del filósofo escultor que, desecando el lago insondable de esos ojos donde tantas almas se suicidan, poniendo igual mueca en las bocas dolorosas ó sonrientes, raspando las cabelleras brunas ó rubias, las manos blancas y finas, acariciadoras ó místicas, se complace en igualarlo todo, en volverlo *á la sola expresión verdadera!* ¡Nada de narices griegas, labios frescos, ni formas impecables! su furioso cincel las desbasta y, al convertirlas en polvo sutil que el viento mas perezoso levantaría, es como si tomase revancha de la carne soberbia que gobierna al mundo.

En el firmamento chispeaban las primeras estrellas. Naná se arrodilló y mientras oraba una oración desconocida, á un Dios que no es el de todos, sino infinitamente mas grande por ser de paz, de misericordia y de justicia, esparcía sobre las fosas, con movimientos amplios de sembrador, su fresca cosecha de violetas, perfumando con unas cuantas flores la hediondez repugnante de esos despojos humanos. Era aquella la playa de la vida. Cuanto resto de naufragio arroja la ola, estaba allí, aislado, revuelto y anónimo, y sobre ellos lanzaba Naná sus flores azules, arrancáii-

dolas á manojos de la corona. Recuerdo en comun que hacía una mísera, de todos los miserables igualados en la definitiva promiscuidad del polvo.

Llegaba ya la noche, las sombras se descolgaban para encortinar la tierra. Se puso de pié entonces y bajo el despertar parpadeante de los astros que exploran el vacío con sus indiferentes pupilas luminosas, rodeada por el silencio que engrandecía la soledad, pronunció en su corazón las últimas palabras de la plegaria:

—¡Piedad para mí que he sufrido tanto! ¡para mí que soy una sombra de la que reposa tranquila! ¡para mí que sufro mis penas y comprendo las de los demás! Yo amo á los ignorados, reunidos aquí por la misma fatalidad, hermanos todos, pues que bebieron la misma leche maldita. Ellos son los únicos que pueden perdonarme, porque son los únicos capaces de conocer mis sufrimientos y de compadecerse de ellos, ya que el dolor dilata el corazón á todas las indulgencias así como la dicha lo empequeñece con todos los egoismos. ¡Piedad! ¡piedad!

Como sombra de las sombras salió de aquel recinto, volviendo á deslizarse á lo largo de la pared de nichos. Conservaba en sus manos unas cuantas violetas y ya no sentía ni la noche que le echaba sobre los hombros su manto de tinieblas, ni el miedo á la muerte que antes la martirizara. La temible era la vida que la aguardaba afuera, pero salía á afrontarla, confortada y serena, después de su plegaria inmensa.

Para desandar el camino bajó por la misma calle de nichos, tratando de distinguir sus letreos. La luna llena apareciendo tras de los cerros de la costa, fué el enorme lampadario de plata que manos invisibles empezaron á suspender sobre la bóveda azul del camposanto, tachonada por las cabezas refulgentes de innumerables clavos de diamante; á su luz difusa, como de amanecer, que amortajaba el paisaje, descifrábanse apenas los nombres. En lo lejano, la salmodia quejumbrosa de las ranas, con su voz cantante y sus masas corales, evidenciaba el sombrío mutismo de la noche, que parecía premeditar ó esperar algo. Casi instintivamente se detuvo... Sí, allí era... «Juana Lucero»... allí era...

Empinándose sobre la punta de los pies, colocó su ramillete en el reborde de la concavidad. Era su piadosa ofrenda á *la otra* que fué ella misma, y si no fuese la Purisimita ¡qué importaba! siempre sería una Juana Lucero que sufrió en sus veinte años lo que algunos no sufren en una existencia completa.

Atravesó todo el plantío de las cruces en cuyas hendiduras juegan al escondite fuegos fátuos, cual pequeñas almas infantiles. Tras de ella la luna se elevaba cada vez más, persiguiéndola de cerca. Su lividez azulosa, sacando de sombras al vasto cementerio, prestábale la desolación de una estepa nevada y solitaria.

Sobre la arenilla luciente, el calvario que protejía un crucero dibujaba una silucta de horca. Apresuró el paso... había visto algunas formas

que huían... un guardián la miró con sospecha... iban á cerrar ya; la muchedumbre se había ido y solo quedaban algunos rezagados; sin embargo, en un banco pudo percibir una pareja de amantes unidos estrechamente.

El viento estaba quieto; con impregnación de rosas frescas la atmósfera, y producía mareos el penetrante olor de los naranjos en azahar, entre cuyo follaje habían aleteos y graznidos, Pero nada de eso turbaba la severa expectación del gran silencio. Jadeante se detuvo un momento. A ló lejos, parecía rezo de viuda el gorgoreo del agua. Reuniendo sus fuerzas siguió su ruta casi á la carrera.

Ahora estaba en el distrito aristocrático. Bajo el místico resplandor del plenilunio, entre las negras alamedas, los mármoles y los senderos adquirirían en su helada blancura, el misterio de una fantástica ciudad vista en los sueños.

Sobre los palacios mudos y las tumbas anónimas, la Virgen de la Compañía, con los brazos extendidos hacia los abismos impenetrables, alzaba acaso una imprecación religiosa, implorando redención para todos los martirios, justicia para todas las víctimas, consuelo para todos los dolores.

En el amplio firmamento, aquel bronce se destacaba jigantesco, como una angustia infinita, como una plegaria inmensa, como una esperanza eterna de toda esa humanidad que dormía confundida en el polvo, pero que un tiempo alimentó también amores, sueños ó sufrimientos.

Y chocaba que aquella augusta imágen arrojara espectro funesto, proyectando sobre el esplendor del camino la odiosa sombra de un enorme vampiro con las alas abiertas.

Naná pisó sobre él, llena de terror sagrado.

## IXL

Preguntad á los que estuvieron en la tertulia de la calle del Olivar la noche del 1.º de Noviembre de 1900. Puede que alguno se acuerde aún de la extrañeza que causó la tarda llegada de Naná, su conducta, sus palabras sin sentido y por fin el terrible acceso que volvió á acometerla, frente al espejo que todavía adorna el testero del salón. Los mismos gritos incomprensibles: Allí... allí... No, no... ya no... Los mismos ojos estraviados, la misma mano comprimida en una crispación de terror ó de cólera: —¡No, no! ¡Ya no! ¡ya no!

Se la transportó á su pieza y Mercedes, única amiga que tuvo Juana Lucero en este mundo, instalóse á su cabecera hasta que la fiebre cediese un poco. Después de mucho, la enferma pareció dormirse.

La llamaron y Mercedes fué. ¡Ah! ¿por qué lo hizo? Si hubiera vuelto habría visto los ojos de Naná espantosamente dilatados, fijos en el espejo donde surjía el vapor espectral. La habría visto levantarse y retroceder hasta el fondo con los brazos extendidos que rechazaban la lúgubre invasión. Ante ella estaban los muertos á

quienes visitó esa tarde; tampoco tenían clemencia y acudían á enrostrarle sus culpas y á aumentar sus divagaciones. Catalina le hablaba de una infancia santa y lejana; la Purisimita de inocencias ennegrecidas, desgarradas, cuyos sucios vestigios concluyeron por perderse también; el cuerpo afrechoso del muertecito que trajo en los brazos era la recriminación más terrible; ella lo conocía, ese muñeco era su hijo, su crimen, su monstruosidad, su naturaleza depravada y tras de aquellos en el vacío de pesadilla se insinuaban otros y otros y otros más; procesión, cortejo, multitud, tumulto de exhumados acusadores, quienes por su causa sufren la ignominia ó la expiación y que le pedían cuentas del dañino empleo de su fatal vida, de su cuerpo impuro que atormentó las conciencias, que manchó las honras, que vició la sangre y los instintos de toda una juventud y de las degeneraciones futuras que de ella procediesen. ¡Oh! ¡Qué infame era! Dios á quien negó permitía que, para anunciarle el castigo, los espectros se levantaran á su vista, como el remordimiento de estos enormes delitos.

Cayó de rodillas, sollozando, pidiendo el perdón de la muerte, si no podía obtener el olvido de su vida; pero como los fantasmas estaban ante ella siempre, impasibles, impenetrables, su desesperación no tuvo límites. Se retorció los brazos, se mesaba los cabellos, rasgaba sus ropas. ¡Piedad, piedad, piedad! ¡Un poco de perdón y de olvido! ¡Piedad, piedad!

¡No, no podían estar muertos esos crueles! Vivían en algún mundo infame y se complacían en torturarla; todos, la severidad de la madre, la tierna niñez de la Purisimita, la muñeca también, con su estereotipada expresión de víctima inocente, y los demás irritados, rencorosos, amenazantes, ¡Hipócritas todos! ¡Ella los tornaría al infierno de donde trajeron su misión de inmovibles vengadores! ¡Ella los haría retornar!

Corrió al cajoncillo del velador y aseguróse que encerraba el revolver con todas sus cápsulas. Fragua su crimen. Para sorprenderlos desprevenidos, no quiere que *ellos* lo sospechen. Cubre el espejo y dándole la espalda, esconde el arma bajo el colchon.

Pasaron las horas; Mercedes podía volver... entrar dos ó tres veces... Naná se fingía dormida y nadie fuera capaz de adivinar lo que maquinaba.

Espera mucho tiempo hasta que la casa está en completa calma; aguarda que duerman todos, tendiendo el oído á los mas imperceptibles rumores. Solo entónces, después de asomarse á la galería con los piés desnudos, de envolverse en la tibia noche luminosa, de ver el nogal sombrío, el patio espejeante como azogado, entra de nuevo, echa llave y con las mayores precauciones saca el revólver de su escondrijo acercándose, con el gatillo pronto, al espejo encortinado.

De un brusco tiron arranca el paño que lo cubre, y antes que puedan huir las apariciones encerradas en el fondo infinito del cristal, hace fuego sobre ellas, dos, tres veces...

¡Por fin! ¡Ya nunca volverán á perseguirla! Escápase un cuarto disparo, atravesando su mano; no obstante, descuida el dolor y permanece feliz ante el abismo plateado que ahora no refleja sombra alguna.

Al ruido de las detonaciones acudió jente de todas partes de la casa: hombres que dormían, mujeres arrebuadas en las colchas... Mercedes fué la primera en llegar con una luz; pero la puerta resistía. Hubo que echarla abajo y en el primer instante de sobrecogimiento, nadie pasó de ella.

Frente al espejo que cruzaban largas trizaduras, como la red de una telaraña, Juana Lucero permanecía inmóvil, con su bata blanca, roja por la sangre que saliera á borbotones de su mano inválida.

Al ver agolparse un grupo de gente en el umbral, la niña, serena y victoriosa, avanzó, imponiéndole silencio con un dedo sobre los labios. En su frente, como culebrilla de oro, caía tranquilo el ensortijado rizo.

—¡Chit! ¿A quién buscan? ¿A la Purisimita?... Esa murió hace mucho tiempo, y la enterraron, y la olvidaron. Yo soy *la otra*... ¡Chit! ¡No me despierten! Estoy durmiendo en un lecho de flores y tengo un sueño muy bonito... ¡No me despierten!... ¡No me despierten!...

Sí, ella dormía sobre un lecho de flores y soñaba vivir una nueva infancia *que era de ella no más*; una infancia risueña, sin preocupaciones, dolores ni recuerdos, de la que *nadie* podría privarla y de la que no saldría *jamás*.

Al ser redimida por algún Dios bondadoso de la cárcel de la razón, al romperse las cadenas de la memoria que la esclavizaban á un pasado de martirios, había muerto para el mundo en que continuaba su existencia, viviendo sólo en el mundo de su fantasía.

Aquella alma, en su breve tortura de crisálida, envidió siempre el vuelo de los astros; ahora, alada y feliz, remontábase á revolotear entre ellos. Abajo, en esta charca fangosa, aguardando su restitución al polvo eterno, no queda de ella sino el capullo inútil, inconsciente, vacío de su prisionero, el mezquino calabozo de carne que sólo sirve para soñar en él con la libertad Infinita, Inmortal y Pura, mientras llega la ansiada hora de ser libre.

¡Vosotros, los tristes desterrados del ideal y de la suerte, vosotros todos los que al firmamento levantan impacientes ojos, no volvais á la sombra en que nos debatimos, esa prófuga mariposa de luz!

Ya que no consigue aún dormirse para siempre, no despertéis al que siquiera sueña...

FIN

Santiago, Febrero-Marzo, 1902.